EL VUELO DE LA FORTUNA



SÒNIA VALIENTE

PLAZA JANÉS

SÒNIA VALIENTE

EL VUELO DE LA FORTUNA

PLAZA JANÉS

A mi hermana Manuela, mi suerte

Una verdad sin interés puede ser eclipsada
por una falsedad emocionante.

ALDOUS HUXLEY

Oh, the humanity!

HERBERT MORRISON

Prólogo

Podría ser la madre de cualquiera, pero la mujer que abre la puerta es la madre de Maravillas Poquet, una de las víctimas mortales de la tragedia aérea que sobrecoge al mundo.

La deflagración ha sucedido hace unas horas a miles de kilómetros de allí. Sin embargo, el planeta continúa girando según su plan establecido: la cafetera italiana al fuego, el pan en el tostador, el sol de la mañana en los visillos blancos. Antes de que sonara el timbre, el día arrancaba como tantos otros que preceden al dolor, con esa laxitud que es bostezo y abrazo, pereza y calma. El padre de la fallecida aún duerme ajeno al dolor. Ajeno a un nuevo día que será absurdo.

—Ya va.

La mujer despeinada luce un batín flojo y limpio. Arrastra unas zapatillas de suela gastada. Es mayor de lo que aparenta. Fue madre joven. Casi una niña. Como a su vez lo fue la madre que rehusó conocerla.

Milagros abre la puerta y se cierra la bata. Se atusa el pelo. No esperaba visita.

—Buenos días, señora. ¿Es usted la madre de Maravillas Poquet? —pregunta la redactora de acento alemán.

—Sí, pero no está en casa —duda—. Ella… hace años que no

vive aquí.

La reportera mira al fotógrafo con angustia. No quiere estar allí. No quiere estar haciendo las preguntas que le han pedido que haga y, sin embargo, las hace.

—Lo sabemos… ¿Podemos pasar? —La chica intenta ganar tiempo. Son jóvenes.

—Claro, claro. Pasen. Disculpen el desorden.

La mujer adormilada los hace pasar y se presenta. También la redactora:

—Somos de la agencia Reuters.

Milagros no conoce la empresa, ni ninguna otra corporación de noticias. Tampoco que los reporteros han pasado la noche en vela. Desde la llamada de Frankfurt, y de eso hacía doce horas, han conducido de madrugada. Una vez en el pueblo, han estado merodeando por el barrio hasta dar con la vivienda.

—Mi compañero y yo venimos de Madrid, de la corresponsalía de la zona centro.

Silencio.

Milagros se adelanta unos pasos y los guía hacia la cocina de un piso breve y estrecho. Un segundo sin ascensor de la calle Progreso del Puerto de Sagunto, la cuna de la siderurgia mediterránea que sucumbió al caos y a la pobreza tras la reconversión industrial de los ochenta.

—Es muy temprano. —El reloj no marca las ocho todavía—. Ramón, mi marido, aún duerme. Desde que cerramos la mercería no tenemos mucho que hacer —dice a modo de disculpa—. Hablemos *despacio*. ¿Quieren tomar algo?

La chica pide un vaso de agua en un intento de saciar su mala conciencia. Es evidente que la mujer de aquella cocina no ha puesto las noticias. Que Milagros ignora que su hija y su yerno Germán han

dejado de respirar. Que han perecido en un terrible incendio.

La joven rompe a sudar.

En el apartamento mal sellado se cuela la humedad de la mar.

—Verá… —acierta a decir—. Estamos haciendo una crónica sobre el Embryo. ¿Podemos tomarle una foto?

—Ah, sí. El zepelín ese enorme lleno de famosos… Pero no entiendo muy bien en qué puedo ayudarlos exactamente.

Milagros rebusca entre los estantes los posavasos de las visitas. Los adquiridos en aquel único viaje feliz en familia a Marrakech con su hija tan pequeña todavía. Mar se empeñó en comprar un recipiente de cristal para rellenarlo con arena del desierto y, por aquel capricho, los dírhams no alcanzaron para el set de posavasos completo. Unos con motivos geométricos azul Prusia que contrastaban con la vívida ciudad roja. La madre pagó por ellos el cambio restante sin llegar a conocer nunca el nombre del pigmento azulado. La cabezonería de Mar hizo que no les diera ni para media docena. Con la llegada de los reporteros, Milagros se congratula de haberlos conservado todos aquellos años. Eran solo cuatro, pero las visitas eran tan exóticas como las llanuras de Agafay. Sirvió el café en tres tazas. Reservó una cuarta para Ramón, en breve sonaría su alarma.

—¿No ha visto el informativo de la mañana, señora? —El fotógrafo se impacienta.

Milagros niega con la cabeza y busca el mando con la mirada. Camina hasta la encimera y enciende la televisión de la cocina. Las malas noticias invaden la calma. La imagen del dirigible envuelto en llamas como una profecía de cuento de hadas se pasea en bucle por cada uno de los canales de noticias. El aerostato de la Fundación Embryo, que replicaba el itinerario del Hindenburg, el Titanic del aire siniestrado en 1937, corría idéntica suerte noventa años después.

Las imágenes, en color, parecen un calco de las de Pathé News. Personas diminutas como hormigas corretean en medio del caos tratando de sofocar unas llamaradas infernales. Los gritos de terror y dolor resultan insoportables. La estructura del Embryo cruje, tiembla y colapsa. Una densa columna de humo contrasta con la noche incandescente. En el imaginario, las palabras del locutor Herbert Morrison: «Oh, the humanity!». Una sentencia que acabó con los dirigibles y su conquista del cielo para siempre.

Un rótulo blanco de letras gritonas pasa raudo como los subtítulos de un drama en versión original. Algunos rótulos del informativo transportan veloces los nombres de las personas fallecidas. Alguien ha filtrado la lista de pasajeros. El de su hija está entre ellos. El nombre de Maravillas Poquet Tirado se esconde al llegar a un extremo de la pantalla. Por el opuesto, aparecen otros nombres desconocidos que han corrido la misma fortuna. A esas horas son poco más que fantasmas.

—¿Dónde ha tenido lugar el accidente?

—En Lakehurst. Un aeródromo de Nueva Jersey.

—…

—¿Le dice algo ese lugar?

—Verán, se confunden de persona. —Una madre siempre se aferra a la menor incongruencia para negar la verdad. A cualquier agujero en la trama de los cuentistas profesionales que han tomado su casa—. Mi hija Maravillas, Mar —balbucea—. Mi hija, mi hija no… No tiene ningún sentido. Mi Mar nunca ha estado en Estados Unidos, ¿saben? Ella… ella… tiene una pequeña tienda en Castellón. No creo que sea la persona que buscan.

—Según nuestras informaciones había pocos españoles entre el selecto pasaje internacional, pero los había. Tenemos la certeza de que Maravillas… —se corrige y agacha la mirada—, de que Maravillas

Poquet, viajaba a bordo del Embryo con su marido.

La reportera consulta sus notas con las manos temblonas.

—¿Con Germán?

La madre se relaja un poco. Tiene el convencimiento de que se han equivocado de casa. Su familia le perdió el rastro a aquel chico hará cosa de diez años.

—Sí, aquí lo tengo: viajaba en el Embryo junto a Germán Casals Vila. Los dos figuran en la lista de desaparecidos. Ese es el nombre de su yerno, ¿verdad?

La esperanza se diluye.

Milagros se lleva la mano a la boca con horror.

—Siento ser portadora de noticias tan terribles, yo…

La chica pide con un gesto al reportero gráfico que baje la cámara.

El reportero continúa disparando sin flash.

—No puede ser. Germán… ¿Germán también?

Milagros no puede procesar la información.

Por fin las lágrimas acuden a sus ojos y anegan la realidad del piso con humedades de la calle Progreso. Sus manos no pueden contener el llanto.

El posavasos restallando contra el suelo despierta a Ramón.

PRIMERA PARTE

1

Dos semanas antes de la tragedia
Castellón

La mañana del último día de su vida tal cual la conoce la pilla trabajando. Teclea: «Nací en la calle Progreso el año en que cerraba el último bar». Lo borra y vuelve a comenzar como ha hecho en la decena de versiones anteriores. El cursor parpadea, inmisericorde.

Suena el interfono.

El cartero llama dos veces y la rescata de su mediocridad. Finge disgustarse, pero en realidad es un alivio dejar de escribir por hoy.

—¿Sí?

—Carta certificada.

Abandona el manuscrito.

Abre sin preguntar nada más.

—¿Germán Casals y Maravillas Poquet? —El mensajero empuja un carro amarillo y azul.

No sabe qué le produce más estupefacción: que la carta vaya dirigida a un marido que hace un siglo que no vive allí o escuchar un nombre, el suyo, que no reconoce como propio. Nadie la llama Maravillas, ni siquiera su madre.

—Firme aquí y aquí.

Obedece, y el hombre se marcha sin darle las gracias. Mar le

desea mecánicamente que tenga un buen día.

Se dirige al salón y mira el sobre con incredulidad. Allí está el envoltorio del que los informativos hablan. Lo remite el membrete de Indace, el *holding* lácteo más importante del país, y sabe lo que es. Le tiemblan las manos.

Rasga el envoltorio a toda prisa y tropieza con la estantería de su despacho. Las obras completas de Ponce Savaté se precipitan una tras otra contra el suelo. Lo hacen con la fluidez con la que se deslizaría por la pista el autor del momento. Ignora los volúmenes esparcidos por el apartamento porque se dispone a paladear su premio. Anticipa lo que va a encontrar.

Y acierta.

Allí están: dos pasajes en primera clase para el viaje del Embryo, el dirigible de doscientos cuarenta y cinco metros de longitud y cuarenta y uno de diámetro que recreará el itinerario del Hindenburg. Le divierte el paralelismo. El contexto del vuelo del Embryo es muy parecido al de los años treinta, en el que dos potencias se disputaban los cielos: tensiones prebélicas, maniqueísmo, crispación social. Entonces, conquistar el aire con enormes dirigibles suponía una muestra de prestigio tecnológico, ostentación y poder. La falla de seguridad del Hindenburg —ha leído en alguna parte— aceleró la aviación comercial tal y como se conoce hoy. La cosa no ha cambiado demasiado casi un siglo después. La obsesión continúa siendo la misma: trascender los límites. Los vuelos espaciales como última frontera.

Quizá por eso la travesía del Embryo esté recibiendo semejante atención mediática, una bocanada de aire fresco entre tantas malas noticias. Una excentricidad de unos magnates, sí, pero no exenta de glamour y de una reconfortante belleza. La expectación es máxima por conocer quién viajará a bordo. Únicamente se han sorteado siete

pasajes para afortunados.

«Los Afortunados, así nos llaman».

Mar Poquet es una de las últimas personas que cierra el pasaje del gigantesco zepelín, pero se queda petrificada al releer quién es la séptima y definitiva: Germán. «¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?».

Respira y verifica las instrucciones. El paquete incluye unas normas precisas acerca de la fecha y el lugar donde deben presentarse, en caso de aceptar, los dos pasajeros invitados por la misiva. Faltan dos semanas. El emplazamiento es la ciudad de Frankfurt.

Solo hay dos reglas y son claras:

Primera: la invitación es personal e intransferible, por lo que deben asistir, juntas, las personas cuyos nombres figuran en el billete con literalidad.

Segunda: la aceptación de los pasajes lleva implícita una exhaustiva revisión médica de los Afortunados para prevenir complicaciones a bordo.

En caso de infringir alguna de las dos normas, las localidades quedarán invalidadas.

Mar se concentra en la más compleja. En leer el nombre del segundo pasajero que indica el tarjetón: Germán Casals. Su marido. La adrenalina le impide procesar la broma de la fortuna. ¿Por qué querría nadie que viajaran juntos? Decide no darle más vueltas, porque está determinada a embarcar.

Solo hay un pequeño problema: Germán y Maravillas hace trece años que no se dirigen la palabra.

La invitación, de factura clásica y gramaje perfecto, viene

firmada personalmente por Ernesto Acevedo, el presidente del grupo lácteo Indace, y su esposa, Monika Volkers. La famosa genetista es a su vez la presidenta de la Fundación Embryo. Todo el conjunto de la misiva desprende una deliberada marcialidad. Una distinción fría y contenida que, a sus ojos, refulge como el billete dorado de Willy Wonka.

2

Un año antes de la tragedia
Madrid

Era martes el día que dieron con la cura. Tal vez miércoles. Anotó la fecha en el encabezado del informe para no olvidarla. Le encantaba aquella estilográfica con el plumín combado. Goteaba en exceso, pero se resistía a reemplazarla. Monika Volkers no se tenía por alguien sentimental, solo le gustaba cuidar de las cosas.

Llamaron a la puerta. Las esperanzas de Hans chapotearon en el charquito de tinta. La presidenta de la fundación levantó la mirada. Su marido se incorporó al comité. Ernesto le besó el pelo.

El médico hacía tiempo que había acabado su disertación. Toda la sala esperaba la respuesta de la mujer de la pluma.

—¿Qué opina?

—Una solución un tanto expeditiva, ¿no le parece?

Volkers releyó sus notas.

Tras casi una década de investigación, su equipo había dado con un patrón viable. Un puñado de personas mostraban compatibilidad con el perfil biológico de su hijo. No había sido sencillo acceder a los historiales de aquellos prodigios, pero ciertos países se mostraban más permeables a la cesión de datos sensibles. Habían dado con siete. Nanshan los llamaba los Afortunados.

—Lo explicaré de otro modo: los expedientes revelan que todos ellos están sanos, aunque ninguno de ellos haya logrado tener hijos propios.

—¿Son conscientes de su condición? —dijo Ernesto Acevedo.

—No podemos estar seguros, señor. Lo que sí sabemos es que entre ellos figura la Vaca.

—¿Vaca?

—Verán. *A priori*, creemos que cualquiera de ellos podría ser compatible con Hans. Pero solo hay un sujeto que elimina de la ecuación cualquier probabilidad de rechazo por parte de su hijo. —Se subió las gafas—. El inconveniente es que no sabemos de quién se trata.

—Pero eso no es todo, ¿verdad? —dijo Monika.

Los padres se miraron.

El hombre se tocó la montura.

—La síntesis de la cura es lenta y laboriosa.

Nanshan les habló de una enzima. Acevedo no comprendió gran cosa.

—Necesitamos reunir a los siete Afortunados en un mismo lugar, trabajar con su plasma en un entorno controlado para estudiar la reacción que buscamos en tiempo real. El proceso puede llevarnos un mínimo de cuatro días.

Volkers leyó que la extracción supondría el sacrificio de la Vaca en el siguiente estadio.

—Pero eso es imposible. —Acevedo chasqueó la lengua. El hallazgo del director médico de la fundación era un auténtico disparate—. ¿Cómo vamos a retener a siete personas todo ese tiempo contra su voluntad?

En cambio, Monika Volkers sonrió. Fuera anochecía.

Subrayó la fecha con trazo goteante.

Sí, era martes el día que supo cómo salvarle la vida al Heredero.

3

Dos semanas antes de la tragedia
Castellón

En la tienda no hay ni un alma. Se apilan las cajas de ropa por planchar y los maniquís posan indolentes como cadáveres ingrávidos. Los ve desde la acera mientras avanza hacia su negocio. Tiene la cabeza en otra parte, en la invitación del Embryo. Un patinete, en el que no repara, está a punto de arrollarla en la calle de Enmedio. Milagrosamente, frena a tiempo. Mar se trastrabilla mientras sortea a una horda de turistas lentos que arrastra equipajes baratos.

Encuentra a Elena acodada en el mostrador. Ha abierto la Fea Market, pero no ha hecho nada más. La tienda está manga por hombro. Afortunadamente, el toldo amable del edificio contiguo amortigua el caos. No está segura, pero daría un brazo a que Elena lleva pegada a la pantalla del teléfono desde las diez, la hora de apertura. La desidia se retroalimenta. Supone que sus pocas ganas de trabajar se contagian. Y no puede exigirle a su empleada una pasión por la economía circular que no siente ni comparte. A ella le gusta estrenar. Mar compra en Zara. Regenta la tienda de ropa al peso desde antes de que estuviera de moda, cuando Germán la instó a hacer algo con su vida cuando regresaron de Namie. Y ese

algo fue aceptar el traspaso de un establecimiento al que se le ha desprendido la L del cartel. La Flea Market, el nombre con que la había bautizado la anterior propietaria en honor a los mercadillos londinenses, es desde hace meses la Fea Market. La tienda favorita de las profesoras de inglés.

—¿Y esa cara? —pregunta Elena cuando la ve entrar.

—¿Qué cara?

—Pues coño, Mar, esa que traes hoy. Como de contenta. A ver si te está dando un ictus.

—Muy graciosa.

Se ha equivocado con Elena. No está enfrascada en el móvil. Tiene entre las manos la última novela de Ponce Savaté. Está leyendo en papel una edición especial. La de después de la película. Lo sabe porque el nombre del autor es más grande que el título de la cubierta. Y se sorprende. No sabía que Elena disfrutara de la lectura. En realidad, no conoce a casi nadie que lea. Y eso la anima un poco, aunque no sabe por qué.

—Bueno, ¿qué? ¿Te ha tocado la lotería?

—¡Mejor! Me ha tocado uno de esos pasajes de los que hablan las noticias. —Le muestra el preciado envoltorio, exultante—: Un pasaje doble para embarcarme en el Embryo con todos los gastos pagados.

Elena la mira con incredulidad. Los canales de televisión no dejan de anunciar que es un vuelo ambicioso, un viaje sin escalas desde Frankfurt a Nueva Jersey de precio astronómico. Los informativos hablan de un dirigible elevado por energías renovables para poner en valor la investigación de una fundación de la que nadie había oído hablar. Un viaje que replicará muchos aspectos del vuelo original: desde el itinerario, pasando por los menús hasta los atuendos de la cena temática con el capitán, y, por supuesto, sin

conexión a la red. Elena la acribilla a preguntas que no sabe responder porque lo que quiere es pasar pantalla y ocuparse de lo único que se interpone entre ella y ese zepelín: Germán.

—¿Qué harás tantos días sin internet, Mar?

Maravillas se encoge de hombros.

—Supongo que sabré disfrutar de la cena con el capitán, de las actuaciones a bordo, de los amplios salones y de las vistas. Al fin algo del glamour en esta vida de segunda mano.

Elena está entusiasmada. Comienza a recitar los nombres de los pasajeros supuestamente célebres. No conoce a ninguno. La radio dijo que los camarotes de primera se agotaron en minutos y que el dirigible estará atestado de gurús tecnológicos, nobles europeos y especuladores rusos que no saben en qué nueva excentricidad dilapidar sus fortunas.

—¡Tía, si va hasta la baronesa de Begur! Me encanta esa mujer. Qué estilazo tiene.

La baronesa la deja fría. No le pone cara. Su empleada continúa recitando su particular lista de los reyes godos.

—¡Mar! No me lo puedo creer. ¡Llévame contigo! —Comienza a dar palmitas con su voz aguda.

—Me temo que la invitación doble es personal e intransferible. —Sonríe.

Entonces Elena sorbe su atención como un agujero negro:

—¡Mira! Ponce Savaté acaba de colgar un vídeo en sus redes anunciando que es uno de los pasajeros del Embryo. Dice que se embarca con el deseo de buscar inspiración para el guion de su próxima peli…

No puede creer su suerte.

—¡¿Ponce Savaté va a bordo?! Déjame ver eso. —Le arrebata el móvil.

—¡Oye, que me has hecho daño!

Ponce Savaté, rubio y repeinado, sonríe a sus seguidores desde el dispositivo de su amiga mientras aporta detalles sobre el itinerario del Embryo.

Faltan dos semanas.

—¡Mar! Y anuncia que viajará sin su familia, deja a su chica y al crío en casa.

Su corazón atruena. Se agita. «Tengo que embarcar como sea».

La dependienta continúa hablando, pero Maravillas Poquet ya no la escucha. Elena piensa que su jefa está loca por Ponce. No es descabellado. La ha visto leyendo su obra mil veces, estudiando sus textos al milímetro. Sabe que anota los puntos de giro. Memoriza sus diálogos. Es sencillo confundir la obsesión con el deseo. Se equivoca. Ponce Savaté no es su héroe. Mar no le idolatra. Solo le envidia. Anhela su éxito, su vida… Quiere pensar como él piensa. Quiere ser él.

—Igual tienes una oportunidad. Es tan guapo…

En cambio, Mar solo puede ver el vídeo en bucle una y otra vez y fijarse en el cuaderno que el guionista sostiene en su mano mientras parlotea. El brillante del cierre de la Moleskine centellea a cámara como una promesa. El plan del robo comienza a tomar forma en su cabeza.

—¿Me estás escuchando?

—Primero tendré que convencer a Germán.

—¿Germán? ¿Tu Germán? ¿Y qué tiene que ver ese triste con tu viajazo épico?

—Todo, Elena. Todo. Sin Germán no hay vuelo.

La alegría se desvanece. Invierte unos minutos estériles en explicarle las instrucciones de la invitación. Elena exhala sonoramente por la nariz.

—Entonces no entiendo por qué estás tan contenta, Mar. Ese tío no va a mover un dedo por ti. Ni siquiera sabes dónde vive.

Niega con la cabeza. Las comisuras de su boca se amplían como las del gato de *Alicia en el país de las maravillas*.

Tiene motivos.

El primero porque tiene una idea bastante aproximada de dónde ha estado Germán todos estos años.

Y el segundo porque hay algo que él desea con todas sus fuerzas.

Y que solo Maravillas Poquet le puede dar.

4

Un año antes de la tragedia
Madrid

Un sonido atronaba en un hotel cuyo número de habitación no importa.

—Patricia. Pat, tu teléfono.

El chico la zarandeó.

Nada.

—Cariño, es tu móvil. No deja de sonar.

El dispositivo iluminó la oscuridad. Al cuarto tono, Patricia se retiró el antifaz. No le gustaba recurrir a los somníferos, pero era el único modo de apagarse por unas horas. De no pensar. Ni siquiera en el novio que descansaba a su lado, ese al que ya no quería. Desde que trabajaba para la fundación, y de eso hacía ya dos años, dormitar sin sueños se había convertido en la norma. Aquel dormir de esclavos.

—¿Diga?

Era la jefa de gabinete de Volkers. El consejo quería verla a primera hora.

—¿Qué hora es?

Su pareja no respondió.

Miró el reloj. Eran las dos de la mañana de un martes. No, ya era

miércoles.

Patricia Aguilar no tenía tiempo para disputas. Y, sin embargo, discutieron. Solo contaba con unas horas para ultimar la presentación. Debía repasar los detalles del plan de visibilidad del décimo aniversario de la organización. Era una propuesta atrevida. Más que eso. Una locura que costaba una fortuna. Se dirigió a la ducha para rehuir la hostilidad. Bajo el agua trató de recuperar algo de lucidez. Cuando intentaba hacer algo con su pelo, escuchó el portazo desde el baño. Por el sumidero, la esperanza de otra reconciliación encendida. Comprendía su enfado. Llevaban planeando aquella escapada meses. Aguilar estaba de libranza. Y ya no. No era la primera vez que sucedía. Tendría que ocuparse de eso también. Más tarde. Esa madrugada tenía que aprovechar la segunda oportunidad que le brindaba el consejo. Era buena en las distancias cortas. En cambio, en las videoconferencias, flojeaba. No en vano, habría jurado que su puesto pendía de un hilo tras la última reunión. De aquello haría un par de semanas. La cara de su jefa desde la sede en Frankfurt dejaba poco a la imaginación. De su propuesta de replicar el itinerario de Hindenburg lo único que pareció satisfacer a Volkers fue escuchar un nombre: Ponce Savaté. El escritor del momento.

5

Ponce Savaté era el tipo de persona que llegaría tarde a su propio funeral. No lo hacía a propósito. Simplemente era así. Cualquier terapeuta diría que se trataba de un gesto infantil de tener la última palabra. El célebre guionista de televisión metido a escritor de éxito sabía que la reunión de aquella mañana era importante. Se lo había dicho su agente. También la pesada del Departamento de Marketing, Patricia Aguilar. Que era importantísimo que llegara con veinte minutos de antelación respecto a la hora fijada para poder acreditarse y superar el protocolo de seguridad del edificio. Desde la fundación no habían querido adelantarle demasiado por teléfono, pero la contundente suma había aflojado cualquier reticencia inicial. Iba con la mejor de las voluntades a escuchar la propuesta, y a firmar el contrato, por qué no decirlo.

Hacía meses que Ponce Savaté no trabajaba. Que no escribía ni una línea. No desde el robo del cuaderno en el que había volcado sus ideas para un nuevo guion basado en un desastre aéreo. Detuvieron a dos personas. Una de ellas, de su círculo más cercano. Los maleantes fueron fácilmente apresados. La cuidadora, espoleada por un novio jugador que le daba muy mala vida, confesó de forma voluntaria. Sin los contactos adecuados no supieron qué hacer con la mercancía intangible. Los Savaté tuvieron que prescindir de la chica

a pesar de las súplicas. Dejarla ir, con el cariño que le tenía el pequeño. También, por prevención, despidieron al resto del servicio. Sin embargo, aquel no fue el peor de sus males. Todo el escándalo se filtró, también la idea. Y el precontrato con una conocida plataforma de vídeo en *streaming* no llegó a materializarse. En cierto modo, Savaté respiró aliviado. Declaró a los medios que tenía el proyecto más avanzado de lo que decía.

Últimamente, dedicaba sus días a dibujar en su estudio entre fuertes medidas de seguridad. Se estaba volviendo paranoico. Pero al fin parecía que la suerte le sonreía de nuevo. Quizá aquella expedición pudiera alimentar la avidez de sus seguidores y devolverle el brillo gracias a una travesía que prometía ser épica. Se las ingeniaría para explicar en casa aquello de estar tantos días fuera de España. El crío de ambos aún era pequeño y apenas dormía desde que la niñera no estaba. Tendría que enfrentarse a su esposa. Otra vez. A aquella chica portentosa con la que estaba en deuda, y cuya carrera como autora no acababa de despegar. Su mujer era la única de su círculo que elegía no creer en los rumores de infidelidad que cercaban a su relación. Su convicción en Ponce era un fortín del que el escritor había drenado el foso.

—Vas a llegar tarde a tu cita de la una, Ponce —dijo desde el salón.

—Lo sé. Pero ¿qué esperan? Me han citado de hoy para hoy.

Su agente había insistido mucho en que asistiera a la cita, a pesar de la premura, aunque solo fuera a escuchar.

—Pero no te lo vas a creer. Cuando he ido a escoger el *outfit*, tenía las solapas del traje llenas de brillos.

—¿De cuál? ¿Del azul?

—Del nuevo, el de la sastrería de la calle Serrano. Con este, todos mis trajes están quemados. Mis solapas brillan como las de un

paleto. No puedo presentarme de esta guisa. Tenemos que despedirla. La chica nueva no nos sirve.

—Pues tendrás que hacerlo tú.

—No pienso despedir a una negra. Lo que me faltaba, que me tachen de racista.

—¿Y acaso no lo eres?

—Amor, tu gesto de condescendencia me ha costado miles de euros en trajes.

—Sigues sin responder a mi pegunta —dijo ella, y continuó leyendo.

Ponce Savaté prefirió no contestar. Podría ofender a la asistenta, que sabía que estaba escuchando. No podía fiarse de nadie. Besó a su mujer en los labios como despedida antes de sacar la libreta negra de la caja fuerte. El cuaderno pesaba lo suyo. Había encargado fabricar un sofisticado cierre de seguridad que funcionaba con un código de ocho dígitos para proteger sus preciadas ideas. En caso de tener alguna. Lo de añadirle un brillante, lo reconoce, había sido accesorio. Qué le iba a hacer. A Ponce Savaté le gustaban las cosas bonitas.

Consultó su muñeca. Ya era casi la hora.

De camino a la reunión con los gerifaltes de la Fundación Embryo debería hacer una parada en boxes en unos grandes almacenes a comprar un traje decente.

Sería de colección. Tendría que valer.

6

Diez días antes de la tragedia
Cofrentes

Dos chimeneas colosales y humeantes le dan la bienvenida. Emiten dos columnas de vapor de agua como dibujadas por el trazo de un niño de una casa feliz. El valle que acoge la central nuclear de Cofrentes es un enclave precioso. Un Springfield colorista de dibujos animados. Es sábado y ha madrugado mucho. Es la segunda vez que conduce hasta allí. Mar no se atreve a dar el paso. La carretera horrible y serpenteante obliga a conducir con cuidado. Las vistas del valle son impagables. La orografía de esa zona interior de la Comunidad Valenciana es rica en recursos, verde y montañosa. Las curvas de la carretera le impiden pensar. Mantiene la mirada pegada en el firme; su conciencia se marea en el asiento trasero. Para unos instantes para tomar el aire, pero no se permite vomitar donde ha estacionado. El viento cortante la despeja de golpe en la carretera fantasma. Un recurso natural que alimenta las docenas de aerogeneradores que pueblan el enclave. El aire es limpio, huele a bosque de verdad, fresco y sutil, un aroma que no ubica porque lo asocia a ambientadores de pino que no huelen a pino. Se recompone. No hay tiempo que perder. Tiene que abrir la Fea en un rato, después de localizar a Germán. Sabe que vive en algún lugar

del valle desde que un viejo amigo, un profesor, le referenció para un puesto como controlador de potencia en la instalación nuclear. Puede que Germán resida ahí desde hace nueve años. O quizá diez, no está segura. Se lo contó una amiga común a quien entonces no quiso prestar atención. Ojalá lo hubiera hecho. Solo sabe que, como ingeniero eléctrico, trabaja en una construcción que agoniza.

Hace frío en Cofrentes. En esos pueblos apacibles del interior, siempre lo hace. Se arrebuja en el abrigo. Las ráfagas que mueven las palas de los gráciles molinos arrecian. Retoma la marcha y llega al pueblito. A pesar de ser últimos de abril, aún huele a leña. Un perro ladra en algún lugar. Como Mar, callejea, husmea. Después de varios minutos vagando por el pueblo sin rumbo fijo, regresa al coche. O lo intenta, porque no es capaz de recordar dónde lo ha dejado. De camino al vehículo, ensaya su discurso y se siente absurda. «¿Por qué nadie querría ir conmigo a ningún sitio?».

La esperan casi dos horas de curvas de vuelta a Castellón. Otro día estúpido que no la ayuda a avanzar hacia su destino. Tiene la sensación de caminar en círculos. No comprende por qué Germán la bloquea así.

Se sacude el frío y la tontería. Es hora de volver. Al fin y al cabo, es sábado, día de venta, al menos para las tiendas que venden. Antes de ponerse al volante, su atención requiere otro café. Aunque necesitaría algo más fuerte para reunir el valor de decirle a su marido todo lo que le quema en la garganta, pero debe mantener la cabeza fría y convencerle, si es que da con él.

Por una vez la fortuna le ha sonreído y está decidida a hacerle entrar en razón. La entrada a ese zepelín es su billete al éxito, la última bala de Maravillas Poquet.

—Qué frío hace —dice al entrar en el bar—. Un café cortado, por favor.

El camarero le devuelve un cortado oscurísimo. «No voy a dormir en un mes». En desagravio, afana un puñado de azucarillos y se los guarda en el bolso.

«Va bien vestido», piensa sobre el hombre tras la barra de aluminio. En Cofrentes hay dinero. El que deja la central nuclear en funcionamiento desde 1984. Los escasos mil doscientos habitantes viven directa o indirectamente de la planta de energía. Imposible encontrar a alguien que hable mal de la instalación, cuyo cierre está previsto en unos años.

—Estoy buscando una casa para alquilar por aquí —improvisa Mar.

El camarero no la cree. Está entrenado en ese tipo de conversaciones con ecologistas de incógnito o malos periodistas que persiguen un titular sobre la enésima parada del reactor. El aforismo del sobre de azúcar está de su lado y le brinda un hilo del que tirar:

«La fortuna se disuelve en lo cotidiano».

Tira por ahí.

—Vengo a una entrevista de trabajo para el balneario y, si todo va bien, quizá mi pareja y yo nos vengamos a vivir a la zona durante un tiempo —fabula—. Él es escritor, ¿sabe? Y puede trabajar desde casi cualquier parte…

El dueño del bar desconfía, pero ve negocio en el cuento sobre el alquiler.

—Mi mujer y yo tenemos una casa en alquiler en Ayora, muy cerquita de aquí. —Simula desinterés y seca el mostrador—. Es un lugar tranquilo, más grande y poblado que este. A unos veinte minutos en coche.

No sabe qué decir. Aquella conversación no va a ningún sitio. La Fea y sus maniquís pálidos la esperan. Pregunta cuánto le debe. El hombre teme estropear el trato. La evalúa. Debe de haberle causado

buena impresión. Será porque no viste la ropa que vende.

—Les haríamos un buen precio. Es una casa amplia, de dos plantas, reformada y con calefacción central, suelo radiante y fachada de piedra. La pareja que la ocupa ahora se va a casar y se quieren ir a Valencia. Se marchan a la capital, como todos por aquí… La dejan en unos días. —Y añade, contrariado—: Yo no le veo ningún sentido porque el Germán este tiene un puestazo en la central…

No puede creer su suerte. Se atraganta y comienza a toser. Tiene que asegurarse de que es él. De que el hombre del que le habla es su marido.

—¿En la central, dice? —exclama, roja, entre tos y tos.

El camarero le ofrece un vaso de agua del grifo. Se la bebe con aprensión.

—Sí, es una pareja tranquila. Me apena perderlos. No han dado ni medio problema.

Poquet suspira, impaciente.

Al propietario del adosado se le escapa el detalle que busca:

—Echaré de menos a ese pelirrojo.

De pronto, sabe que lo tiene. «¿Cuántos ingenieros pelirrojos que se llamen Germán puede haber por aquí?».

—¿Me deja su tarjeta, caballero?

—No tengo, pero le puedo anotar la dirección.

Garabatea algo en una servilleta.

Una dirección y un teléfono. Le hace una foto para no perder las señas.

Quedan en verse en una semana, fecha en que la pareja ya habrá dejado la vivienda.

«A la tercera va la vencida».

Se presentará en casa de Germán, pero no el día convenido.

El hombre sonríe. Mar, más.
—Invita la casa.

7

Dos horas más tarde
Castellón

Tras dejar el coche en el aparcamiento de Rei En Jaume, llega a la tienda pasadas las once del sábado. A paso rápido son apenas unos minutos tomando Ruiz Zorrilla. La mañana en la arteria comercial transcurre apacible y tranquila. La calle huele a café, a *esmorzars* y coca de llanda. Debería hacer inventario porque los clientes, también hoy, se resisten a entrar. En lugar de eso, fantasea con los atuendos que lucirá en el Embryo, las conversaciones interesantes en ese espejismo de vida futura. No es consciente, pero tararea. Está a un paso de dar con Germán y eso la acerca a la escalerilla de embarque de su destino. Un futuro próximo en el que inspirarse en las ideas de Savaté. Mar se sorprende de su buen humor. Pronto se le pasa. Un hombre que huele a tabaco y traspiración trae un pedido descomunal de ropa que hay que clasificar, planchar y perchar en las diferentes secciones de la tienda. Ha estacionado mal y tiene prisa. El centro histórico es un horror circulatorio. A pesar de la amplitud del ensanche, la calle de la Fea es lo que es, una encrucijada de callejuelas medievales solucionado solo en parte por la segunda ampliación de las murallas.

Un vehículo de alta gama le ha dificultado el paso y el

transportista solo quiere que le firme el albarán. Si los consumidores eco supieran de dónde se obtienen esas prendas, se cuidarían muy mucho de ponérselas: subastas, desahucios, contenido de guardamuebles embargados por impago, objetos de pisos de ancianos solitarios. Lo que menos abunda son piezas de grandes almacenes de temporadas pasadas. Desde que reciclar es un negocio, las cadenas textiles han montado sus canales de distribución de piezas de baja calidad. A pesar de la economía circular, la industria de la moda es la segunda más contaminante del planeta. Se produce tanta ropa y tan rápido que miles de toneladas acaban cada año enterradas a miles de kilómetros de las personas que no han querido comprarlas.

Mar firma el recibo y el hombre desaparece. El sol juguetea con las fachadas bajas. Cuando más despanzurrada está la tienda, suena el llamador de la puerta. Es un cliente habitual.

—Haz como que trabajas un poco, anda —le dice a Elena—. No quiero atenderle.

El comprador improvisado manosea con desdén los montones de ropa que acaban de llegar.

—No va a comprar nada, jefa. Es ese profesor pirado. Creo que viene a pasar el rato, a hablar con alguien.

Mira al cliente, que luce una camiseta lavada en la que apenas se distingue un lema, «Renovables sí, pero no así», y cruza con él una mirada huidiza. Su cara se le antoja familiar, como la de alguien cuyos quince minutos de fama le arrebataron un trabajo funcional. No consigue ubicarle.

—Ordena esto, anda —le dice con cariño—. Parece un zoco.

El aspecto abigarrado de la tienda es intencional. Mal iluminada y con pequeños montones por género para que los curiosos compren más unidades. La ropa pesa mucho. Venderla al peso es más

rentable que por unidad. Y la sensación de ganga para el cliente, más tangible. Marketing de mercadillo.

El señor menudo saca una bolsa de tela. Es una de publicidad de la película *As bestas.* Llena a Sorogoyen hasta los topes: dos pantalones, calzado profesional, camisas de domingo…

—Curro Peiró se ha echado al gasto hoy —piensa Elena en voz alta.

El tal Peiró está al fondo de la Fea. Aun así, bajan el tono.

—¿Quién?

—Sí, mujer. El profesor de la Universitat Politècnica que se hizo tan famoso por sus libros acerca del cambio climático. Llegó a ser asesor del ministerio. Antes de que Ribera fuera nombrada vicepresidenta de la Comisión Europea y dejara el Gobierno. En algún punto, se radicalizó. Perdió la chaveta, vamos. Le invitaron a dejar su puesto en la facultad por sus salidas del tiesto en redes.

Poquet la mira como si le contara una película.

—Quizá te suene porque, sin ocupación conocida, comenzó su peregrinaje por platós nacionales. La cagó pero bien, y un presentador de los gordos, muy tocada su credibilidad tras su cobertura de la Dana, decidió despedirlo…

—Y desde entonces compra aquí, en mi tienda —dice incrédula.

Peiró se acerca al mostrador con sus ojillos esquivos y su caminar nervioso. Elena cuenta las piezas de su botín. A pesar de tratarse de ropa de trabajo pesada, con botas técnicas incluidas, la cuenta no asciende a cuarenta euros.

—Buena elección, Curro —dice Elena, complaciente—. Recuerda que no devolvemos el dinero, pero dispones de quince días para cambio o para gastar el vale.

Mar ve a Elena sonreír genuinamente.

Ojalá tuviera ese don.

—Gracias, guapa —sentencia Curro Peiró, enigmático—. El vale no será necesario.

8

10 de julio de 1976
Seveso, Italia

Hacía un calor asfixiante para ser julio en Seveso.

La humedad ambiental por la proximidad de los Prealpes lombardos y la cercanía de llanuras y ríos convertía a la localidad próxima a Milán en un horno.

—*Santa Madonna!* Qué calor hace en tu casa, Clara.

Livia Ferrante, dieciocho años, alegre y espigada como un alambre, entró abanicándose con un periódico en la casa baja de los Fabiani. Dejó *Il Corriere de la Sera* sobre la mesa en la que Clara estaba remendando la camisa de su marido.

Se besaron con efusividad.

—Es verano, Livia. Hace calor en todas partes.

Lo sabía. Acababa de dejar leche fresca a las crías de la gata del callejón para combatir el bochorno. El atigrado era su debilidad. Cuando iba a contestar algo divertido e inconveniente, un ataque de tos interrumpió su ingenio. Aquella vez el acceso era fuerte. Sin embargo, continuó fumando.

—Tienes que hacer algo con esa asma, Liv. ¿Has ido al médico?

—Esta maldita humedad no ayuda.

—El tabaco tampoco.

Un niño pequeño apareció de pronto y le sacó la lengua. Livia le guiñó un ojo. Pensó que el crío era tan guapo como Michele, el marido de su amiga. Clara apenas tenía veinte años, dos más que ella, y ya era madre. Estaba a punto de serlo por segunda vez. Clara parecía feliz con su destino: esposa, madre e hija ejemplar. Allí estaba, zurciendo la ropa de su prole, bella y feliz mientras Livia encadenaba cigarrillos con la cabeza en las nubes.

—¿Dónde está Michele?

—Está en Icmesa, en la fábrica.

—Si es sábado… —dijo Livia—. Desde que forma parte del comité de empresa trabaja más que nunca, chica.

—No bromees con eso, Livia. Michele está muy implicado. La compañía ha dado vida a este pueblo. Paga esta ropa, esta casa. Por cierto, bonitos pantalones. ¿Los ha visto tu madre?

Livia sacudió sus perneras de campana de color grana. Su madre la iba a matar por aquella excentricidad.

—No me cambies de tema. Ya me ocuparé de la *mamma* luego. —Sabía de sobra que tendría sermón al llegar a casa. Su madre anhelaba que se pareciera a Clara o a las demás buenas chicas de la tradicional Seveso. Que fuera cualquier otra, excepto su hija—. Icmesa está que se cae a cachos, Clara. Un día de estos la fábrica nos dará un disgusto.

—Precisamente, Michele quiere mejores condiciones de trabajo para sus compañeros, renovar la maquinaria, más seguridad. Hoy tenían reunión del sindicato.

—Vale, vale, me has convencido. —Livia estaba segura de que Michele había salido a tomar unos vinos con sus amigotes de los plaguicidas. Cambió de tema—: ¿Qué hacemos esta noche?

—Qué haces tú, querrás decir. Yo estoy para pocos trotes… —Clara se tocó la barriga y señaló el periódico sobre la mesa—. ¿Cómo

vas con ese periodista de Milán, ese estirado que bebe los vientos por ti? ¿Lo verás hoy? Al tal…

—Stefano.

—¿Y vas a llevar esos pantalones con Stefano esta noche?

—Pues me los pensaba quitar…

—¡Livia!

Risas.

A Livia le gustaba hacer reír a su vecina. Amigas del barrio, de la calle y de la escuela, habían crecido fieras y libres hasta que a Clara le dio caza el amor. Se mostraba esquiva con el sentimiento, no así con los hombres. Hacía y deshacía con su cuerpo lo que le venía en gana. Disfrutaba del sexo como cualquier chico de su edad, una *rara avis* en Seveso. En cambio, ese sábado de julio de 1976, reía y fumaba indolente para ocultar su preocupación por un encuentro que había mantenido meses atrás y que no se podía quitar de la cabeza. Un hombre por el que le preguntó Clara.

—A mí no me engañas. A ti el que te gustaba era el español que conociste en Via Montenapoleone.

Livia trabajaba en un pequeño taller de marroquinería en Seveso. Tenía un talento natural en sus manos huesudas. La calidad de las pieles, sumado a un diseño solvente con un patronaje único, hacía que los bolsos del negocio familiar se vendieran muy bien en Milán. La tintura de las pieles tampoco era lo más recomendable para su dolencia respiratoria, pero por aquel entonces poco se conocía de las enfermedades profesionales para quienes bregaban sin seguridad y sin contrato.

El oficio no la llenaba, pero le servía para ayudar en casa. Odiaba ser una carga, pero su trabajo en el taller le permitía dos veces por semana viajar a Milán, ese universo paralelo, para abastecer a un lujoso comercio en el corazón de la ciudad de la

moda. El autobús que cubría el trayecto la trasladaba apenas unos kilómetros más allá. Sin embargo, aquella máquina del tiempo la propulsaba veinte años hacia delante, a un futuro más amable en una Italia feroz con las mujeres como ella.

No contestó a la pregunta sobre el desconocido de Milán.

—Respondiendo a tu curiosidad sobre mis planes con Stefano, te diré que hemos quedado esta tarde para ir al cine a ver *Taxi Driver*.

—¡*Taxi Driver*! —dijo Clara, sorprendida. La cinta de Scorsese había sido recibida en la católica Italia de los setenta con fuertes críticas por su contenido violento. Especialmente controvertida había sido la interpretación de una jovencísima Jodie Foster que daba vida una prostituta adolescente.

—Me encanta Robert de Niro… Pero que salga una *putana*… ¡Ay, Livia! Vas a matar a tu madre a disgustos.

—¿Por Stefano o por Scorsese?

Risas.

—Creo que debería preocuparse más por Stefano, la verdad. No creo que Scorsese pueda hacerte uno de estos. —Rio y se señaló el bombo.

La artesana demudó el gesto y se tocó el vientre de modo instintivo. Su periodo era tan inconstante como su compromiso para estudiar. Sus ciclos nunca habían sido regulares, pero con la segunda falta había comenzado a preocuparse. Le entró la prisa por borrarse de la escena y sacudirse un pálpito que, más pronto que tarde, tendría la facultad de alterar su vida.

—Se me ha hecho tardísimo. Me voy a casa.

—¿Qué hora es? —preguntó Clara—. Tengo que preparar el almuerzo.

—Las doce y treinta y siete.

Un estruendo terrible como el de una bomba cortó la

conversación. El tiempo se detuvo. Los segundos parecieron horas.

Desconcierto.

Livia y Clara salieron a la calle. El pequeño de Clara lloraba. La madre lo cogió en brazos, lo encajó en su cadera.

En la calle todo el mundo corría.

—¡Ha sido en Mena, en Mena! —dijo un vecino.

En Mena, localidad cercana a Seveso, se encontraba la fábrica de pesticidas.

—¡Icmesa, Icmesa! —lloraban las mujeres—. Ha habido una explosión en Icmesa.

Livia miró al cielo.

Una nube amarilla comenzaba a adueñarse del aire como una pesadilla tóxica, densa.

El niño de Clara comenzó a llorar con más fuerza. Llamaba a su padre.

De pronto, un grito desgarrador la trajo de vuelta.

Era Clara.

—¡Michele! —dijo—. ¡Michele está en la fábrica!

9

Nueve días antes de la tragedia
Cofrentes

Son las diez de la mañana de un domingo de finales de abril y Mar está frente a la puerta de Germán. La vivienda de Ayora es bonita. El camarero no mentía. Dos alturas, ladrillo caravista, una terraza amplia en el segundo piso, ideal para niños, donde no juega ninguno. Hay dos coches de gama alta en la puerta, ambos de combustión. El pequeño, nuevo, de líneas suaves y color empolvado, debe de ser el de ella. El grande tiene el maletero abierto. Se fija mejor. Un montón de cajas se amontonan sobre la acera. Las pertenencias de la pareja están por todas partes a medio embalar, invadiendo el jardín. Debe actuar deprisa, no quiere montar una escena. No tiene nada en contra de ella, solo quiere a su cónyuge durante cuatro días y, después, cada uno podrá regresar a su vida. Es la tercera vez que viaja al estúpido valle de Ayora y hoy está decidida a soltar la bomba. El tiempo se agota. En cinco días el dirigible partirá desde Frankfurt y tiene que hacerlo con la pareja a bordo. Se siente como un personaje de una película de tribunales con una notificación que no quiere entregar.

Mete las manos en el abrigo y patea el suelo para entrar en calor. No le extraña que se vayan. «Joder, qué frío hace en este

pueblo». Al sacar una mano, un sobre de azúcar se precipita a la orilla.

«La suerte es un trampolín, pero el salto lo das tú».

Salta.

Llama al timbre.

Como era de esperar, no abre Germán.

Lo hace una mujer joven, guapa. En mallas, coleta baja, alegre. Germán le da igual, pero le jode que haya encontrado una mujer más atractiva que lo quiera. Encima, para variar, hoy se ha vestido con ropa de la Fea. Huele a humedad.

—Hola, ¿está Germán?

—Sí —duda—, está en el sótano. ¿Quién lo busca?

—Una amiga —dice.

De pronto tiene quince años.

—¿Quién es, Mari? —dice, a lo lejos, su marido—. ¿Cariño?

La tal Cariño la mira.

—Soy una amiga de Puerto de Sagunto —matiza la vaguedad.

—¿Quieres pasar? Yo soy Cruz —se presenta la guapa—. Estamos recogiendo, nos mudamos, pero quizá pueda encontrar la cafetera por algún sitio. Creo que todavía no la hemos embalado.

—No te preocupes, no quiero molestar.

Un hombre que no sabe quién es aparece en la puerta del adosado del pueblito. Es más alto de lo que recuerda, más atlético, y no lleva gafas. Quizá se haya operado o lleve lentillas. En todo este tiempo, ha perdido un poco de su cabellera rojiza, pero ha ganado en estilo. Cruz le ha sentado bien.

La mira como quien mira a un fantasma. Lo es.

Hace trece años que no se ven. Él es un hombre cercano a los cuarenta. Mar tiene treinta y tres.

—¡Maravillas!

La expresión de Germán no es de acritud ni de mal gesto, es el rostro perplejo de alguien que odia las sorpresas.

Se alejan unos metros, donde Cruz no puede escucharlos.

Al menos, le concede eso.

—¡¿Qué haces aquí?!

Germán Casals la observa como lo hacen los ingenieros sin pretenderlo. Con esa mirada de jíbaro que conjura su tontuna predecible. Siente su cuerpo menguar, pero sus ganas de crecer junto a Ponce Savaté en el Embryo son imparables. No se detiene.

—Cuánto tiempo, Germán. He visto que la vida te trata bien…

—Me lo he ganado a pulso, ya lo sabes. Supongo que la suerte se persigue.

Le escucha hablar y la aburre. Parece que está leyendo una de esas frasecitas de azúcar que atesora.

—¿Cómo vas con la tienda de Enmedio?

—Muy bien, gracias —miente.

—¿Vienes por la tienda? ¿Es eso, Mar?

Germán ha continuado pagando religiosamente el alquiler del bajo durante todo ese tiempo. Mar cambia de tema:

—He oído que te casas, Germán.

Ve el miedo helador en sus ojos y eso le gusta. Se han cambiado las tornas.

«Ahora mando yo».

—Cariño, ¿te falta mucho? —dice una cantarina Cruz—. Quiero pasar por la pastelería antes de ir a casa de mis padres.

Mar le mira a los ojos:

—¿Saben tus suegros que ya estás casado?

—¿Qué coño quieres, Mar?

—Solo cuatro días de tu vida a cambio de tu libertad.

10

Un año antes de la tragedia
Madrid

El guionista llegaba tarde, pero a nadie del consejo pareció importarle. La presentación de Patricia Aguilar ofrecía una salida al desafío que enfrentaba la fundación desde su origen: encontrar una cura para Hans Acevedo. Se trataba de un plan tan estrafalario, una ocurrencia tan efectista, que la junta pensó que podría funcionar. En plena época de viajes espaciales, la prensa se enamoraría de la celebración del décimo aniversario de la fundación por su epicidad: replicar las condiciones del vuelo del zepelín Hindenburg de Frankfurt hasta Nueva Jersey. Un viaje de cuatro días sin escalas para las élites de la sociedad internacional.

El proyecto ya estaba aprobado de antemano. Acevedo apenas tuvo que forzar la máquina para que se dieran las desavenencias típicas de un comité. Aguilar era lista. No se hubiera tragado que un plan así se aprobara sin fricción.

—Pero vamos a ver si lo he entendido, señorita… —dijo un integrante del consejo.

Comenzaba el juego.

—Es señora. Señora Aguilar.

—Su maravillosa propuesta consiste en calcar el viaje de un

dirigible que, si no recuerdo mal, se incendió en 1937… ¿Esa es su idea?

Sostuvo el pulso. Estaba acostumbrada a esa agresividad. Tironeó de su falda. No era aquel señor de cara roja a quien debía impresionar. Monika Volkers imponía su presencia aplastante.

—No exactamente.

Aguilar explicó con voz neutra que la tragedia inmortalizada por Morrison y las imágenes de Pathé fueron un cúmulo de fatales coincidencias.

—Los factores que confluyeron en la deflagración de Hindenburf fueron tantos, y tan diversos, que la probabilidad de que se den unas condiciones similares es rayana al cero.

La lógica le daba la razón: el mal tiempo sumado al combustible altamente inflamable, un fuego de san Telmo o una chispa originada por una toma de tierra defectuosa, hicieron del aterrizaje en Lakehurst un infierno. Lo que Aguilar atribuyó a la mala fortuna sentenciaría las líneas comerciales de los aerostatos para siempre.

—Pero acabaron pereciendo decenas de personas…

Las directivas se revolvieron incómodas en sus asientos. Explosión y Embryo no era el tipo de publicidad gratuita que deseaban. Ansiaban darle una oportunidad a la publicista de pelo encrespado, pero, si la propuesta no mejoraba, votarían en contra. Los ejecutivos más jóvenes no habían sido informados del paripé. Su voto era irrelevante.

Patricia Aguilar se creció antes las objeciones, instó a consultar el anexo F para cualquier cuestión relativa al protocolo de seguridad y puso un vídeo. Cuando comenzó la proyección, los asistentes se dejaron sorprender por la magia singular del Embryo. Era soberbio.

Todo él: la envergadura, la capacidad, la distribución de las cuidadas estancias… A ambos lados del torpedo amable podía leerse en letras pastel: «Fundación Embryo».

—En unos meses se conmemoran noventa años del último vuelo del Hindenburg. Justo cuando se cumplen diez años de nuestra fundación. Una institución que, por cierto, no conoce nadie.

El cabeceo de la genetista Volkers la ayudó a continuar. Reprodujo lo ensayado ante el espejo de una habitación vacía:

—La fundación, con sede en Frankfurt, y de capital español, destina decenas de millones anuales a la investigación básica. Algo que ninguna farmacéutica haría, simplemente porque no les interesa. Los impulsores del proyecto —miró a la pareja— luchan por encontrar la cura de un puñado de enfermedades raras con una prevalencia tan irrelevante que otras corporaciones han desistido de estudiar.

Los milagros con retorno de la inversión ridículo no existían: los aquejados de progeria, piel de mariposa, huesos de cristal o la enfermedad de Lear continuaban a la cola de los avances para mejorar su vida. La lista de estas enfermedades era inacabable…

Una directiva lamentó que Indace no sacara rédito de su labor social.

—Gracias, a eso me refiero —dijo Pat—. ¿Quién conoce todo lo que hacemos desinteresadamente por cientos de personas cada año?

Pausa dramática.

—Nadie, la respuesta es nadie.

—Ya sabe, Aguilar, que nosotros no hacemos publicidad —dijo Ernesto Acevedo.

Lo sabía. Durante años la política del *holding* había sido hacer un buen trabajo.

—No le hablo de hacer anuncios, señor. —Se tocó el pelo—. Le hablo de comunicar. Con todos mis respetos, tarde o temprano tendremos que defendernos. Trabajar en una maniobra de distracción que cambie el foco de la polémica. Las nuevas protestas de los animalistas comenzaron en la red y ya han saltado a las televisiones nacionales.

Al hombre le gustó el arrojo de la chica.

—Si no pensamos en algo, se nos van a comer vivos —añadió Aguilar.

—La escucho.

—A pesar del boicot, tenemos una gran base de consumidores de apoyo. Los beneficios crecen. Las compras de los hogares continúan subiendo desde la pandemia, cada vez tenemos más margen a pesar de la inflación, la estrategia de diversificación saliéndonos de los lácteos con la adquisición de las nuevas compañías ha ido bien. Las acciones cotizan al alza. El décimo aniversario de la fundación nos brinda una oportunidad enorme.

—¿Para qué?

—Para desinformar.

Acevedo achinó sus ojos grises.

—La diversificación en energías renovables como el biometano o el hidrógeno verde son, si me permite, buenas decisiones alineadas con el compromiso de la sostenibilidad del que hacemos gala. Sin embargo, lo contamos tarde y mal.

—El hidrógeno verde es como una navaja suiza, Aguilar. Tiene todo un abanico de utilidades, y todas ellas funcionan mal —bromeó Acevedo.

La sala celebró la ocurrencia.

—Pero al menos me concederá que la industria láctea genera grandes residuos. Eso sin tener en cuenta los sabotajes de los

antiespecistas a nuestras granjas de engorde masivo o las directivas europeas sobre bienestar animal.

—La diversificación ha sido un modo de sobrevivir. —Acevedo se impacientó. Quería aprobar de una vez la iniciativa para que su heredero tuviera una oportunidad. Prosiguió—: Las leches veganas, las margarinas y las bebidas enriquecidas no dan más de sí. Es purpurina, señora, usted lo sabe mejor que nadie. Estrategias absurdas para contentar a los bobos de la bicicleta. Solo tapan bocas y decoran el porfolio. El consumo de leche animal lleva un descenso imparable. El sector se va a la mierda por culpa de lo políticamente correcto. El consumo de lácteos per cápita lleva una caída acumulada del veinticuatro por ciento en quince años. ¿Qué propone, Aguilar? Se le acaba el tiempo.

—Doblar el presupuesto anual de la fundación. Parte del importe se destinaría, por supuesto, a la investigación, pero también serviría para contratar a la mejor agencia de relaciones públicas y amortiguar el golpe por la crisis reputacional. También —dirigió el cursor de nuevo a la pantalla— para fletar esta aeronave gigantesca que replicaría un itinerario de ensueño. Un trayecto que, además, partió de la ciudad de nuestra sede.

—Un poco pillado por los pelos, ¿no? —dijo una voz.

—Además —se unió una de las dirigentes—, tampoco acabo de ver que todos los pasajes sean de pago. Como entidad sin ánimo de lucro, deberíamos regalar algunos tíquets…

—Bien visto —dijo Monika Volkers—. Dirigiremos un sorteo para asegurarnos de que esas invitaciones se destinan a colectivos multiétnicos en los que haya paridad.

—Por supuesto —dijo la ejecutiva, satisfecha.

—Yo misma me encargaré de elaborar la lista —dijo Volkers.

La atmósfera de la reunión había cambiado. Patricia pensó que

casi los tenía.

Alguien levantó la mano. Una última pregunta.

—¿Sí?

—¿También el nuestro funcionará con hidrógeno? —dijo Cara Roja.

«Touché».

—Un momento. No me joda, Aguilar. ¿Ese chisme ya se propulsaba con hidrógeno en los años treinta? —preguntó Acevedo.

—Sí, aunque no de origen renovable.

En 1937, las reservas de helio en una época de contexto prebélico estaban en territorio estadounidense. La Segunda Guerra Mundial no tardaría en llamar a la puerta. Así que los alemanes optaron por un combustible que tenían en abundancia, pero más inestable. El hidrógeno elevaría aquel Titanic del aire.

El presidente ladeó la cabeza. Buscaba el ángulo poco evidente de la estampa. El vuelo de la fortuna estaba a punto de levar anclas, con una salvedad.

—No se hable más —dijo el presidente de Indace—. El nuestro volará con hidrógeno verde.

Abrió la boca. No salió una palabra.

—Por fin podré darle salida a ese camelo… Buen trabajo, Patricia.

—Señor, con el debido respeto… —dudó—, desde el accidente del Hindenburg, el hidrógeno no es legal para este tipo de desplazamientos. En nuestros días solo… solo está permitido para vuelos experimentales o con fines publicitarios.

—¿Y me puede decir exactamente qué es este vuelo?

11

Ocho días antes de la tragedia
Grao de Castellón

Los destellos del atardecer sobre el agua la deslumbran. Maravillas teme perderse la entrada desencajada de Germán, que llega tarde a su cita en la plaza del Mar. A sabiendas, se ha sentado volteada a la terraza. Por un día ha dejado de vivir como su ciudad: de espaldas al mar. Pide un segundo café para saborear toda esa paz. La brisa le revuelve el cabello y los mástiles de las embarcaciones del puerto deportivo se mecen, como si fueran de papel. El olor a vida, a sal, lo impregna todo. Las gaviotas planean. Risas. A su derecha una bandada de mujeres solas, juntas, meriendan. Charlan animadas. Son un escuadrón colorista, desdibujado. Las ha visto mil veces, ruidosas, haciendo cola a las puertas de los teatros, a la salida del cine y su sesión de las cinco, riéndose en los viajes. Son ellas, pero no son ellas. Formaciones completas de mujeres sosteniéndose. A su izquierda, un mirador enorme le brinda la perspectiva que necesita.

Rebusca en el bolso, empuja la soledad al fondo de sus cosas y roza los pasajes de la fundación. Los tiene. Los extrae y la propuesta queda sobre la mesa. También, bocarriba, el resto de las cartas. Que Germán emprenda con ella la mayor aventura de sus vidas.

No le ve venir.

—Pues tú dirás, Mar.

Las mujeres se levantan, se llevan la alegría consigo.

Mar le tiende el papel satinado. Él toma el documento y lo escruta con parsimonia. Sus ojos deambulan por la promesa que les brindan los billetes de primera clase. Poquet lee su cara como un libro abierto.

—Pero esto es una invitación para dos personas… —dice Germán.

—¿Quiere tomar algo el señor? —Penetra en la burbuja de intimidad sobrevenida, reventando la respuesta de jabón.

—Un café con leche. Gracias.

Mar señala su segunda taza. Niega con la cabeza.

La camarera se va, y regresa el asombro.

—Mar, ¿esto es el zepelín imposible del que todo el mundo habla? No dejan de aparecer Afortunados en las noticias. Ayer entrevistaron a un tendero de Bhopal, en la India. Y antes de ayer a una anciana china…

—¿Y no te parece increíble que nos haya tocado a nosotros?

—Me parece una broma de mal gusto, sinceramente. ¿Qué pintamos nosotros ahí?

No tiene respuesta para eso, pero deja caer el precio inmoral que se ha llegado a ofrecer por cuatro días de travesía. La lista de pasajeros es un programa de famosos de casas suntuosas.

—Supongo que la organización habrá decidido sortear algunos billetes para garantizar una composición etnográfica igualitaria —repite algo que ha oído en algún lugar. No sabe muy bien lo que está diciendo.

—O sea, que somos la cuota demográfica de una fundación que no conozco.

—No lo veas así, hombre, somos la pareja europea de esta arca

de Noé.

Germán está a punto de perder los nervios.

—Mira, Mar. He venido por educación y por respeto a nuestro pasado juntos. Pero esto me parece una estupidez. No voy a subirme a ese globo. Ni contigo ni con nadie. Tengo una vida, ¿sabes? Estoy en medio de una mudanza, no puedo tomarme más días, así como así, para faltar al trabajo y…

«Y está Cruz», piensa.

El café con leche de la camarera más solícita de la historia interrumpe el nombre de quien se interpone entre Germán y ella. Entre el viaje de sus sueños y su mejor versión. Entre Ponce Savaté y su talento. Un nombre que no quiere oír.

Guardan silencio.

Mira el sobre de azúcar que él no toca:

«La suerte no se pide, la suerte se conquista», piensa en Sun Tzu.

—Y está Cruz —dice, al fin.

Charlan un poco más, Mar corteja el arte de la guerra. Intenta hacerle entender que se necesitan mutuamente. Hablan de su boda lejana, de los tres años que estuvieron juntos. De su estancia en Japón. Le enternece. Se enternecen. Lo ha querido mucho.

—A veces, echo de menos nuestra vida en Namie —dice.

Germán sonríe.

«Está guapo cuando sonríe».

No dicen nada y miran el mar.

Maravillas aprovecha la calma para tomar una servilleta. En ella, garabatea el nombre de la ciudad nipona que ha romantizado. Saca un poco la lengua. Cae en la cuenta de su gesto infantil cuando siente húmedos los labios. Le ofrece el dibujo como una niña que busca la aprobación de su padre. Germán aún obra ese efecto.

Escribe 浪江町 y Germán pronuncia el pueblito.

—Namie —lee a la perfección la ciudad próxima a la central de Fukushima Daiichi, donde vivieron dieciocho meses—. Te acuerdas de escribirlo.

—Me acuerdo de muchas cosas. —Sonríe, pícara—. También recuerdo cómo ponerte nervioso…

Germán cambia de tercio:

—Nunca me perdonaré haberte puesto en peligro…

Intenta tomarla de la mano. Mar la retira a tiempo. Casi olvida que él también está jugando. No puede permitir que la partida termine en tablas.

—No tenías modo de saberlo.

Esto último lo dice de verdad. Fue una suerte que el tsunami que devastó la planta los pillara en Iwaki, visitando a unos conocidos. Estar a cincuenta kilómetros al sur del epicentro les salvó la vida. Días más tarde, aturdidos y desconcertados, consiguieron llegar por tren a Narita, huyendo de la muerte y de la catástrofe, para tomar un vuelo de regreso a casa.

«Las personas que bajaron de ese avión ya no serían las mismas», se lamenta. Germán nunca encajó la devastación, regresar a España, a un país azotado por la crisis. Renunciar a su empleo, a su estatus y a su sueldo. Instalarse en Castellón, en la casa de sus abuelos, improvisar un autoempleo de segunda mano, la Flea Market —entonces al menos conservaba la «L», y con ella algo de glamour—, volver a ser un paria. Discutir a todas horas. Por aquel entonces ya no le hacían gracia la rebeldía de Mar ni sus desplantes. Los chequeos constantes para descartar complicaciones por la exposición a la fuga de la radiación les minaron el ánimo. La población de Iwaki

quedaba lejos, sí, pero continuaba estando en el perímetro de Fukushima Naiichi. Germán nunca soportó las agujas. Con todo, llevaba mejor los pinchazos del Hospital General que sus maravillosas puyas. Una noche, harto de tanto dolor, decidió hacer las maletas y regresar a Puerto de Sagunto, a la calle donde comenzó todo. Tras Japón, el matrimonio se desintegró año y medio después. No cerraron bien las cosas. No supieron hacerlo mejor. Mar se hizo cargo de la reforma del piso de los *iaios*, sobre la tienda; él continuó pagando el alquiler de un local cuyo precio no dejaba de subir.

—Aún recuerdo la noche que me dijiste que regresabas a la calle Progreso —dice ella.

—No fue una decisión fácil.

—Para mí tampoco lo ha sido aceptar tu dinero todo este tiempo. Agradezco tu generosidad, pero la Fea está a punto de echar el cierre.

Germán obvia la última parte. Ahora tiene otra familia de la que ocuparse, como le explicará con delicadeza: la que quiere formar con Cruz.

—Como dices, Mar, ha pasado mucho tiempo. Creo que ha llegado el momento de oficializar las cosas. Necesito el divorcio.

—Estoy de acuerdo… —Añade, cautelosa—: Por un módico precio.

Ve cómo Germán mide sus palabras.

—Dices que ese pasaje cuesta una burrada, miles de euros. Quizá puedas revenderlo, no lo sé. Yo creo que ya he aportado bastante…

—Germán, sin ti, ese pasaje no vale nada. Necesito ir contigo.

—…

—Créeme, me fastidia tanto como a ti. Además —añade a la

desesperada—, a bordo va Ponce Savaté.

Germán la mira con cara de pez. No está al día de sus delirios literarios. Ni de que le guste leer. De que escriba en absoluto.

—¿Quién?

—No importa, Germán. Si accedes a viajar conmigo, renuncio al pago del alquiler.

—Es un importe asumible.

Es obvio que le van bien las cosas.

Sube la apuesta.

—Y firmo aquí mismo el divorcio. Ahora. —Saca los documentos amarillentos que en su día le remitió la abogada de Germán—. ¿Ves? Tu firma ya está estampada desde hace más de una década en las dos copias.

Germán observa los papeles con su firma aniñada. La tinta palidece ante la noticia. El azul de la rúbrica ha perdido fijación.

Su esposo suda y se palpa los bolsillos de su americana. Le incomoda tener que darle explicaciones a Cruz.

Le tiende un bolígrafo a Mar.

—¿Eso es un sí?

Asiente pensando en qué le dirá a su nueva mujer.

Maravillas firma una de las copias y se la entrega:

—La otra, cuando embarquemos en Frankfurt.

Acuerdan verse en el hotel Florentin, el punto de encuentro de la organización, en unos días.

Cae la tarde. La puesta de sol es un espectáculo.

SEGUNDA PARTE

12

Cinco días antes de la tragedia
Frankfurt

La primera de la lista de pasajeros en llegar al Florentin es la baronesa Begur. El lujo de aquel hotel con encanto la deja sin aliento. Es un cinco estrellas ubicado en el corazón de Frankfurt, de tres alturas y de corte neoclásico. Tiene una fachada blanca y tejados puntiagudos como los de los castillos de cuentos de hadas. Conserva parte del encanto de la construcción original, una villa de estilo tradicional. Erigida en 1904, fue remozada y ampliada en años posteriores, conocida como Villa Kennedy por su factura y por su ubicación en la Kennedyallee. Sus columnas y amplios ventanales evidencian que el verdadero lujo es el espacio. Lo que más sorprende a Begur, sin embargo, son los hermosos jardines, de una luminosidad indescriptible. Las tonalidades verdosas de la vegetación contrastan con el azul límpido de los tejados y el marco de los vitrales.

Begur viaja ligera de equipaje. Serán solo cuatro días de travesía y su estilista ha elegido convenientemente sus conjuntos. El barón siempre decía que nada resulta más ordinario que viajar con bultos ostentosos. La invitación de la Fundación Embryo la citaba el 3 de mayo en el Florentin. Ha llegado un día antes para paladear el

encuentro con uno de los pasajeros que lleva buscando media vida.

El trasiego de los empleados en el vestíbulo del hotel es frenético. Sin embargo, a los ojos de Begur resulta una coreografía marcial, perfecta. El personal del hotel de superlujo imprime a sus movimientos un brío peculiar. Caminan, solícitos, para acatar una misión crucial: pedir un taxi, recoger del tinte una pieza imprescindible y llevar un té, todavía humeante, a alguna suite. Tratan de satisfacer el deseo de quienes pueden permitirse alojarse allí. Unos huéspedes que no acostumbran a esperar, sino que ven sus anhelos materializarse en el instante de ser verbalizados. Los sueños de cinco estrellas son de obligado cumplimiento.

Cuando la baronesa atraviesa el vestíbulo para registrarse ve a una mujer joven de pelo encrespado que acompaña a un grupo —deduce— de periodistas a una sala privada. Sabe que son informadores porque visten con ropa de hipermercado. «Los redactores —piensa Begur— visten fatal en todas partes». La aristócrata rebasa ampliamente la sesentena y aparenta la misma edad que tiene. Su curiosidad está en plena forma. Sus bronquios le dan guerra. Algo en aquel grupo le resulta estimulante, así que deja el equipaje en consigna y toma la llave de su habitación de la última planta, en la que entrará cuando satisfaga su inquietud. Tiene todo el día para instalarse. Decide seguir los pasos de la mujer que embelesa a los redactores como el flautista de Hamelín. La maga es Patricia Aguilar. En su ruta hipnótica no repara en que, muy cerca de allí, Ponce Savaté casi llega a las manos con Octavio Méndez. Las especulaciones del crítico literario sobre la sequía del guionista le hicieron mucho daño. Demasiadas horas de contenidos vacíos en televisión.

Ajena a la bronca, ingresa en el espacio habilitado como sala de conferencias donde aguardan unos treinta redactores. Begur toma

con discreción uno de los últimos asientos. Nadie la mira. «Los viejos somos invisibles», comprueba con satisfacción.

La joven de pelo quebradizo comienza su explicación. Hay traducción simultánea para los corresponsales de medio mundo. Los asiáticos requieren intérprete. El enviado español de una televisión nacional también. El hombre se coloca el pinganillo, por el que suena la voz que también escucha Begur. La baronesa invisible se ha hecho con un aparato.

Patricia Aguilar se presenta y explica que el pasaje y los siete Afortunados están citados al día siguiente. El Embryo partirá desde el aeropuerto de Frankfurt-Rebstock, un pequeño aeródromo localizado en Frankfurt, empleado eminentemente para vuelos privados. El destino será el aeródromo naval de Lakehurst, en Manchester Township, Nueva Jersey, donde el dirigible tomará tierra cuatro días más tarde, el 6 de mayo.

Un periodista danés levanta la mano.

—Adelante —dice Pat Aguilar.

—La de Lakehurst, en Estados Unidos, es una base naval preparada para el aterrizaje. ¿Está listo el aeródromo de Frankfurt para el despegue de un zepelín tan voluminoso?

—Gracias por la pregunta. Sí, en efecto. Ya lo estaba en 1937 cuando partió el Hindenburg, y lo está ahora. El aeropuerto de Frankfurt-Rebstock es pequeño, pero dispone de hangares, almacenes… También hay un área pensada para vuelos especiales, como es el caso del Embryo —explica Patricia—. Dada la envergadura del dirigible, es cierto que nos hemos visto obligados a tomar una serie de medidas de seguridad adicionales. Por lo demás, nos hemos ceñido a la regulación de aviación vigente como verificación de identidades, controles de acceso de las pertenencias, protocolo de embarque, etc.

—¿Podremos ver las instalaciones?

—Por supuesto, ese es el objeto de esta conferencia de prensa: contarles con toda transparencia lo que sucede a bordo, cómo ha funcionado el sorteo de los pasajes, la procedencia de los Afortunados, así como la visita guiada al hangar con los vehículos que han visto en la entrada. Dependiendo del tráfico, el trayecto desde el Florentin al aeropuerto no debería de llevarnos más de veinte minutos.

Murmullo en la sala de prensa.

Aguilar continúa:

—Yo misma los acompañaré a la sala donde el pasaje esperará mañana. Podrán ver el método de embarque del pasaje e incluso subir a bordo, visitar los espacios y realizar las fotos y los *speeches* a cámara que necesiten para sus informativos de televisión.

Otra mano alzada.

—¿Podremos grabar el despegue mañana?

—Así es. Tenemos acreditados a profesionales de más de cincuenta cabeceras y hemos habilitado una tarima para prensa para que no pierdan detalle. Estaremos encantados de contar de nuevo con todos ustedes en un día tan especial para la fundación.

La redactora alemana prosigue, molesta:

—Lo que no comprendo, señora Aguilar, es por qué no se nos permite viajar empotrados en el zepelín y hablar con el señor Acevedo o la señora Volkers.

La mujer disipa las dudas de los periodistas.

—Entiendo su inquietud, aunque no la comparta. Tratamos de preservar la paz mental de nuestros invitados. Como saben, este vuelo es una experiencia única para conmemorar el décimo aniversario de nuestra entidad. Hay personas relevantes de la sociedad civil, empresarios, deportistas, aristócratas, herederos que

son muy celosos de su intimidad. Compréndanlo, el importe de los pasajes lleva implícito cierto nivel de anonimato, de privacidad —explica Patricia.

—Lo que pasa en el Embryo se queda en el Embryo —dice una voz sombría.

Risas nerviosas.

—Venga, no sean malos, hoy podrán ver con sus propios ojos el espacio y mañana presenciar el ascenso. Hemos contratado un equipo audiovisual para tomar imágenes desde el interior que distribuiremos a los medios que lo soliciten. La señal *pool* la cederá ZDF, la televisión pública alemana, en virtud del acuerdo que hemos firmado con ellos. Eso sí, será en diferido, puesto que la propiedad ha decidido recrear la experiencia de vuelo original y, por tanto, no habrá conexión a internet.

»Dentro del programa de hoy, asistirán a un simulacro de la operación logística con las grúas del equipaje. El dirigible cuenta con dos entradas: una para el pasaje a través de una escalera retráctil y otra para embarcar con una grúa el equipaje que va directa a la bodega del aerostato.

Patricia omite que la prueba operativa de la aeronave tuvo lugar meses atrás en un recóndito aeropuerto del sur de Europa. La maniobra de distracción informativa parece contentar a los presentes. Incluida Begur, que decide retirarse a su habitación. La edad de los invisibles no perdona.

13

Cuatro días antes de la tragedia
Frankfurt

Al día siguiente, el majestuoso vestíbulo del hotel Florentin parece la cantina de *La guerra de las galaxias*. Personas de diferentes edades, procedencias, extracciones sociales, profesiones, tamaños y colores deambulan, contenidas, esperando indicaciones para el viaje extraordinario que emprenderán en horas.

La baronesa Begur reconoce ciertos rostros de los Afortunados. La cobertura mediática del sorteo ha sido abrumadora. Algunos, los más racializados y provenientes de países en vías de desarrollo, han sido sobreexpuestos por la fundación, y las televisiones de sus países han hecho de ellos poco menos que héroes anónimos. Sin embargo, a la afortunada española no se le ha dado ningún tipo de pábulo; se llegó a rumorear que había sido excluida por incumplimiento de contrato. El foco se centró en otra compatriota de la lista de espera, proveniente de Galicia.

Begur degusta su té en el jardín anexo y disfruta de la tibieza del sol alemán, nada que ver con la calidez de su amada Barcelona. Desde su bastión observa el vestíbulo y su gentío. Recorre la mirada por el espacio escrutando a quien ha venido a buscar. Fuentes solventes le han garantizado que la persona figura en el listado

provisional de pasajeros del Embryo. Ansía dar con una persona de treinta y tres años y de pelo moreno. Con esa información y las fotografías tomadas con gran angular por quien contrató en España, podría ser cualquiera. No obstante, Begur realiza su parte del trabajo y conoce el rostro del objetivo. Su corazón atruena. No sabría decir si de excitación o de pesar.

Ya es la hora convenida y el ambiente es menos tenso. Los ciento cuarenta y siete pasajeros se han relajado, han podido asearse y descansar en las estancias de sus agotadores trayectos con diferentes escalas. Algunos han llegado horas atrás, pero, al contrario que Begur, han hecho notar su presencia con ejércitos de asistentes personales y un río de equipajes conjuntados con logos que hablan el lenguaje del poder.

El personal contratado por la agencia dirige a los invitados a una sala de conferencias más amplia y luminosa que la del día anterior. Los azafatos visten de oscuro; ellas llevan el cabello recogido en un moño tirante, huelen a talco y hablan un inglés británico en un tono deliberadamente bajo. El volumen del privilegio.

Los asistentes personales pasan primero, con la mirada gacha, y acompañan a sus dueños a los primeros puestos, donde gozan de asientos reservados. Estos ya saben lo que va a ocurrir gracias al *briefing* de la mañana. Información para los jefes de gabinete de los dueños del mundo. Los herederos se saludan con ligeros cabeceos. Las fortunas se reconocen. Sonrisas de complicidad, encantados de coincidir. Los Afortunados se mezclan con el resto del pasaje. No se conocen entre ellos. Ha corrido el rumor de que los suplentes también asisten a la sesión informativa. La fundación no deja nada al azar. Puede que no todos lleguen a tiempo, que alguno se

arrepienta a última hora. Que incumplan los requisitos. Uno de los casos más plausibles es el de Mar Poquet. El hecho de que Germán aún no se haya presentado comienza a preocupar a la española. Sabe que según las normas su embarque quedará invalidado.

—Gracias a todos por venir.

El auditorio enmudece. Quien acaba de pronunciar las palabras de bienvenida es la presidenta de la organización en persona, Monika Volkers. Un paso por detrás, su marido, Ernesto Acevedo, que cede el protagonismo a la genetista.

Las luces se atenúan. Arranca una proyección sobre el aerostato. Es un documental en *time-lapse* que resume en un par de minutos un año de arduo trabajo en la construcción del coloso. La voz en off explica que el Embryo contará con energía renovable. Al contrario de los vuelos intercontinentales, volará de un modo más sostenible con el planeta. El ahorro de dióxido de carbono liberado a la atmósfera será considerable. Tan solo se emitirá el de los motores de combustión. El vídeo de la aeronave muestra los camarotes, las cubiertas, el amplio comedor, la sala de espectáculos y los enormes miradores donde extasiarse con las vistas.

El Embryo es una proeza majestuosa.

Las luces se encienden y los espectadores aplauden enfervorecidos.

Todos menos uno: Mar Poquet no deja de mirar hacia la puerta.

Germán no da señales de vida.

«¿Dónde se habrá metido?».

El tiempo se le agota al pequeño milagro.

—En unos minutos, nos desplazaremos hacia el hangar —explica Volkers con su voz grave, como de actriz de doblaje—. Pueden acudir por sus propios medios o hacerlo con las lanzaderas que hemos preparado. Recuerden, sin embargo, que solo podrán llevar

consigo las pertenencias autorizadas por el control de equipajes. Las encontrarán en sus aposentos una vez hayamos embarcado. Por favor, no olviden sus pasaportes.

Patricia Aguilar toma la palabra:

—Gracias, señora Volkers, por hacer realidad el sueño de muchos. Este vuelo transoceánico permitirá que la encomiable labor de la Fundación Embryo sea conocida en todo el mundo. —Dirige ahora su mirada al auditorio—: Quedo a su disposición, junto al capitán Heinrich Schäfer, para el turno de preguntas.

—¿A qué velocidad volaremos?

—Dependiendo de las condiciones meteorológicas, calculo que la velocidad máxima será de ochenta y cuatro millas por hora —dice Schäfer—. Pero, si me permiten, lo importante no es la celeridad, sino disfrutar de este crucero del aire. También volaremos a una altitud de entre tres mil doscientos y seis mil quinientos pies, el equivalente a unos mil o dos mil metros.

—¿Y a qué altitud vuela un Boing? —pregunta un asistente.

—Un Boing puede llegar hasta los trece mil pies de altura. Y, en cuanto a velocidad, la media son unas quinientas sesenta millas por hora.

El ayudante pregunta por la equivalencia.

—Sí, disculpe. Nosotros volaremos a unos ciento treinta y cinco kilómetros por hora. Un Boing puede alcanzar los novecientos. Es decir, que la distancia entre Frankfurt y Lakeshurt se podría cubrir perfectamente en unas nueve horas, pero…

—Pero eso no es lo que buscamos —retoma Pat Aguilar para zanjar la cuestión—. Lo que nos mueve es vivir una experiencia singular. Es recrear un vuelo histórico, disfrutando de las vistas y de la compañía de esta alfombra roja del aire. Las amistades que harán aquí pueden abrirles la puerta de casi cualquier lugar.

Miradas de suficiencia.

—Sin mencionar la serie de espectáculos exclusivos que amenizarán sus noches, la selección de obras de arte que podrán disfrutar en la sala de lectura cedidas por las mejores colecciones privadas del mundo, etc.

Entre los espectáculos figura la ilusionista Arya Devant. Un número que Mar se perderá si Germán continúa desaparecido. Mira de nuevo hacia la entrada. Nada. La chica del pelo frito continúa con sus explicaciones:

—El hecho de volar a baja altitud comporta toda una suerte de ventajas… Verán, cuando lo hacen en un avión, ¿qué divisan desde la ventanilla?

—Nubes —responde el capitán.

—Así es, nosotros volaremos por debajo de ellas y podremos deleitarnos con las vistas desde una perspectiva única. Nuestro salón panorámico les va a encantar.

Una voz interrumpe la bucólica explicación:

—A mí lo único que me inquieta es el chequeo médico. ¿Es obligatorio? —dice un acento ruso—. Mis analíticas son perfectas. Me las hago cada año en La Prairie, en Montreux.

Aguilar desconoce dónde queda la clínica suiza.

—Gracias por la pregunta. Se trata de un control médico rutinario para garantizar su seguridad a bordo. La recreación del Hindenburg no es solo estética. También hemos replicado las condiciones del itinerario, con lo que estaremos incomunicados durante las noventa y seis horas de la travesía. Viajaremos con un equipo médico al completo, por supuesto, pero tenemos que cerciorarnos de que están en condiciones de disfrutar el trayecto. Vamos a compartir muchas horas juntos, suspendidos en el aire, en un espacio cerrado. —Aguilar recita la versión aprendida, ajena a la

verdad—. Una maravillosa expedición que permitirá admirarnos con postales de cuento como la Römerplatz, el valle del Rin, los molinos de Kinderdijk o el Big Ben. Tras cruzar el Atlántico Norte, algo que nos llevará cuarenta horas, llegaremos a la costa este de Estados Unidos para aterrizar en Nueva Jersey.

«El Atlántico Norte como punto de no retorno —piensa Mar—. Cuando atravesemos esa masa de agua no habrá modo de aterrizar».

Serán una esfera a merced del destino. Un globo que se le escapa, porque Germán ha decidido romper su acuerdo.

Maravillas no se lo perdonará.

—Esa comprobación es un seguro. Nos servirá para cerciorarnos de que están sanos, libres de enfermedades infecciosas. Compréndanlo: no podemos permitirnos una epidemia en la travesía. Les prometo que la revisión es un peaje insignificante para las maravillas que nos esperan.

Una figura flamígera toma asiento.

Mar parpadea. De pronto, le pican los ojos. Germán suda cada palabra:

—Nunca te perdonaré que, encima de mentirle a Cruz, me tengan que pinchar —dice Germán. Jadea por la carrera. Está lívido, más que de costumbre por su miedo cerval a las agujas.

—Caballero —dice Aguilar—. Sí, usted, el que acaba de llegar. No hace falta que se siente. Nos vamos ya. Los coches nos esperan.

14

18 de julio de 1976
Seveso

El teléfono de casa de Clara y Michele atronaba como solo lo hacen los aparatos que portan malas noticias.

—Liviaaaaaa, Liviaaa… —La madre de Clara aulló el nombre de la amiga de su hija por el callejón que unía las viviendas.

Resultaba imposible no oírla. Sin embargo, Livia no estaba en casa aquella mañana, sino en el taller de cuero. Intentaba mantenerse al margen de la nube densa que cubría su pueblo natal hacía una semana. Trabajar era su modo de pensar con las manos, de aislarse del mundo. La madre de Clara intuyó que debía de estar en el obrador y envió a su nieto a buscarla; apenas eran cien metros en línea recta. El crío solo chapurreaba, pero Livia sonrió al verle y le acarició el pelo. El pequeño se enredó entre sus piernas en un abrazo amoroso. Livia se agachó, besó sus rizos y le ofreció su mano. El pequeño rodeó sus dedos índice y anular con su manita gordezuela. La gestualidad era suficiente para hacerse entender.

Quería que lo siguiera.

Al tacto, Livia advirtió que la piel del niño presentaba una erupción cutánea enrojecida. También la carita se le había cubierto de un extraño acné. El niño tironeaba de su mano, feliz, como solo

pueden serlo quienes habitan el momento presente.

Livia llegó al galope al hogar de Clara. Con las prisas, no prestó atención a la vegetación del huerto aledaño que se había vuelto amarillenta ni a cómo algunas plantas se habían replegado sobre sí mismas como papiros con edictos de muerte. La misma sentencia había alcanzado a los animales domésticos de Seveso. Ni rastro de su gatito rayado.

La carrera le provocó a Livia una ligera crisis asmática. Sus pulmones y sus ojos ardían. Los Ferrante no tenían línea telefónica en casa. Los vecinos de la calle utilizaban el teléfono de Clara y Michele a cambio de unos *centesimi di lira*. Un extra irrisorio, más como labor de cohesión vecinal que como compensación por el servicio, que convertía aquella casa humilde en un locutorio. Livia se burlaba de Michele y de su compromiso social, pero los detalles del sindicalista de Icmesa le hacían la vida más fácil.

—*Pronto?* —respondió Livia.

«Es Stefano, el periodista», destripó todo misterio Clara, que la besó nada más entrar por la puerta. Le guiñó un ojo cómplice. Livia temió que su amiga estuviera tentada de esperar y escuchar la conversación íntegra, como solía hacer. No obstante, regresó a la cocina, donde su madre preparaba el tradicional *coniglio in umido*, un estofado de conejo, para toda la familia. Era domingo, y, tras aquella desgracia, nada como un buen homenaje con productos de la tierra para pasar página y celebrar la vida. Un milagro.

—*Pronto?* —repitió Livia.

El periodista de *Il Corriere de la Sera* no se anduvo con rodeos.

—Livia, tienes que salir de ahí.

—Yo también me alegro de oírte, Stefano.

La risa se tornó en tos.

—No bromeo, Livia. ¿Cómo va tu asma? ¿Has tenido alguna crisis

últimamente?

Otro acceso de tos habló por ella.

—Una semana después de la explosión, por fin la empresa se ha dignado a hablar —dijo Stefano con la voz entrecortada—. Alguien de dentro me traslada que es muy posible que se haya liberado a la atmósfera una sustancia tóxica. Esas partículas en suspensión podrían explicar tu tos.

—Esto es Italia, Stefano, la gente habla… —dijo Livia, ajena al enemigo invisible que la envenenaba lentamente—. Yo me encuentro bien, Stefano. Y aquí hay mucho que hacer. Los vecinos se han volcado con la tragedia. Muchas personas de Seveso, de Mena y de otras zonas cercanas se han ofrecido voluntarias para retirar los escombros y limpiar la nave siniestrada. La voluntad de Michele es reabrirla cuanto antes.

Stefano conocía bien a Michele. Su amigo los había presentado con la intención de emparejarlos, sin demasiado éxito.

—Me parece muy loable, pero tienes que salir cuanto antes de ahí. ¿Tienes picores, alguna erupción? ¿Te cuesta respirar? ¿Te lloran los ojos?

La respuesta a cada una de las preguntas era sí.

—Icmesa está ocultando información, Livia. Están reteniendo el resultado de las muestras exploradas. Ya tienen los análisis y no los comparten con las autoridades, y menos aún con la población. He tenido acceso a los informes, Liv, la cantidad de dioxinas expulsada por la fábrica es monumental. Un simple granito de arena podría acabar con un ejército de ratas. ¿Has visto algún gato últimamente?

Livia comenzó a sentir terror porque la respuesta era no.

Lo dijo:

—No, la verdad es que no ha regresado el gato al patio trasero del taller.

—Y eso no es todo: los análisis toxicológicos revelan que la composición química es muy similar a la del agente naranja, el herbicida empleado como arma química en Vietnam.

«Napalm», pensó Livia. Un documental dijo que Estados Unidos había rociado aquella sustancia abrasiva directamente sobre la población durante la contienda. Las consecuencias genéticas se perpetuaron a través de mutaciones durante generaciones.

—Pero, Stefano, eso no puede ser. Es demasiado peligroso. Icmesa no… —Dudó—. No puede hacernos esto. Deberían alertarnos, no sé, desalojarnos.

—Livia, es una compañía suiza. Reconocer eso es poco menos que admitir su responsabilidad. Te diré lo que va a pasar: los máximos responsables de la organización dirán que no estaban al corriente y que los inútiles de los italianos no los informamos en tiempo y forma. Después, anunciarán un comité de investigación para esclarecer los hechos que, por supuesto, no servirá de nada. Y, por último, dirán que la población no corre ningún riesgo. Liv, cuando esto ocurra, cuando os digan que estáis a salvo, por favor, asegúrame que te vendrás conmigo a Milán.

Livia escuchó unos fuertes golpes que se colaron por la línea. Era la persona que urgía a Stefano a finalizar la llamada. El periodista llamaba desde una cabina. Y un vecino impaciente no dejaba de aporrear la puerta metálica. Para colmo, no llevaba más cambio.

—Se está agotando el saldo y un pesado no deja de molestar. Puede que se corte en un…

La conversación se interrumpió.

Stefano se había quedado sin monedas.

15

Cuatro días antes de la tragedia
Frankfurt

Hace frío en el aeropuerto de Frankfurt. El ambiente helador juega a colarse en los huesos mientras los Afortunados esperan su turno para subir al dirigible. La aeronave es imponente. Sus doscientos metros de eslora y su color blanco hacen del globo algo descomunal. Los pasajeros contienen la respiración al ver por primera vez la que será su casa en los próximos días. El zepelín, henchido de hidrógeno verde, levita a escasos pies del suelo, mecido por viento. Finas maromas lo amarran al hangar destinado a vuelos especiales. La aeronave, blanca nuclear, les da la bienvenida con el logotipo del Embryo en un tono pastel inofensivo a ambos lados. Como en un juego, conecta con los balones de Nivea lloviendo sobre su infancia. Mar abre la boca. El dirigible se encuentra suspendido a una altura de dos metros sobre el aeródromo. Su flotabilidad se equilibra con la ayuda del lastre, los cabos de amarre y el personal de tierra. El pasaje, cuatrocientas personas entre tripulación, personal auxiliar y pasajeros, deberá embarcar por sendas escalerillas retráctiles. Siguiendo la ratio habitual de las embarcaciones de lujo de tres personas de servicio por viajero, la tripulación ha subido a bordo de madrugada para agilizar el proceso. En el crucero del aire volarán

cocineros, personal de limpieza y mantenimiento, artistas de entretenimiento, el capitán y su equipo, así como la sobrecargo y azafatos de vuelo. Aunque el *staff* se había sometido al exhaustivo control sanitario en tierra, el procedimiento de embarque sería lento y tedioso. Con el Embryo sobre sus cabezas, los pasajeros observan cómo enormes plumas cargan sus pertenencias. También el voluminoso instrumental que requiere el tratamiento de Hans Acevedo. Al menos, el material que sí figura en el manifiesto de vuelo.

Por fin, llega el turno de los Afortunados y el resto del pasaje. Las ciento cuarenta y siete personas desfilan en una coreografía perfecta, captada por las cámaras. Recorren el itinerario marcado por la alfombra roja hasta acceder a las plataformas, similares a los pequeños peldaños de un jet privado. La ceremonia es retransmitida en directo por un puñado de televisiones en un sinfín de programas *ad hoc*. Los Afortunados son los que más atención despiertan. Los enviados especiales, desde su tarima de prensa, entrevistan a los pasajeros que posan en el *photocall*, como en la ceremonia exclusiva de la que se saben partícipes.

Una multitud se congrega alrededor del hangar, lo que le da al despegue un aire festivo. Saludan con sus manos enguantadas en prendas de abrigo multicolores. Familiares y curiosos con autorización no se han querido perder la botadura del Embryo. De su éxito dependerá que toda una flota de dirigibles de Indace surque los cielos para compensar las emisiones contaminantes de la aviación convencional.

Mar Poquet y Germán Casals son ninguneados por los corresponsales y acceden anónimamente al dirigible, para alivio del ingeniero. Van cubiertos de confeti. Germán ha alegado en casa un viaje de trabajo. En la central, unos días de permiso por cuidado de

un familiar. No mentía del todo. Obtener la firma, el divorcio de Mar, era un modo de proteger a los suyos.

Al acceder al dirigible, a Maravillas le sorprende su calidez, luminosidad y confort. Los pasajeros van entrando en grupos de diez a la sala de extracciones para someterse a la revisión sanitaria. Eso retrasa la marcha. El ambiente se enrarece y el aroma cambia. Distribuidos por Aguilar por las entrañas del Embryo, una bofetada a desinfectante y alcohol les anuncia que han llegado a la sala nívea, centelleante. Se trata de la enfermería habilitada para cualquier contingencia médica durante el crucero. Están en la primera cubierta. Mar mira a Germán, pálido como la pared de la sala futurista. Pasan juntos a la misma cabina panelada. Hay decenas. En cada una de ellas, una persona con bata les sonríe como un autómata, en una hilera sin fin de individuos intercambiables. Solo entonces son conscientes de las dimensiones del Embryo.

Como era previsible, varias personas se oponen a la revisión y otras tres dan positivo en el test de antígenos. Los cinco son conducidos elegantemente a la salida por Patricia y el equipo de seguridad. La baronesa Begur, asmática, respira con alivio. Ha dado negativo.

—Esto es intolerable —dice una expulsada.

—Hemos pasado todos por la revisión, señora. Desde la tripulación hasta la doctora Volkers. La inspección es de obligado cumplimiento —explica seria Aguilar, y se dirige al resto de afectados —: En unas horas, tras estudiar cada caso, procederemos a la devolución del importe o a una gratificación por las molestias.

Entre los pasajeros excluidos figura una Afortunada suplente que desciende del crucero inflable con la mirada fijada en el Embryo.

El gigante blanco alza el vuelo como el globo fugitivo de un niño.

Ya en el aire, el movimiento del Embryo es inapreciable. El personal de a bordo acompaña a los viajeros a sus dependencias. Mar Poquet cree ver una cara conocida de camino a su camarote, pero son tantos estímulos que desecha el pensamiento como el mal augurio que es. Aprieta contra sí su bolso repleto de azucarillos de la suerte que ha preferido no facturar. Aún no lo sabe, pero necesitará varios gramos de buena fortuna para afrontar el trayecto transoceánico. Germán, por su parte, parece haber visto a un fantasma y sus mejillas continúan lívidas. Mar lo atribuye al pánico de su marido a las agujas. La mira ausente mientras aprieta el algodón impregnado en alcohol. Mar se fija en su antebrazo musculado.

El camarote que les toca en suerte es el número treinta y nueve de la primera cubierta. Mar solo desea instalarse. La tensión comienza a pasarle factura. En el pasillo, alguien les obstaculiza la entrada. Es Ponce Savaté. Está acodado en el quicio de la habitación contigua alzando el teléfono en busca de cobertura. En persona, parece más rubio, más alto. Mar se frota los ojos. El guionista maldice por lo bajo al ver interrumpida su conexión en directo en la red en la que más seguidores atesora. Mar no puede creer que el escritor y su cuaderno anden tan cerca. A su izquierda, una mujer invisible no pierde detalle de cómo el matrimonio se instala a su derecha. Ya en el interior, Maravillas toma impulso y se abalanza sobre la cama. Un tálamo amplísimo, mullido, con almohadas que han sido diseñadas para dormir en ellas un mes seguido. La dependienta deambula por la habitación. Se descalza, la temperatura es agradable y cálida. Siente la alfombra bajo sus pies y lamenta no haber invertido en

pedicura. Saca su móvil del bolso para grabar y para informar a Elena de que todo va bien. En su búsqueda, los azucarillos se desparraman por la moqueta; en un gesto instintivo, se guarda unos cuantos en el bolsillo del pantalón. El teléfono no da tono. Comprueba, como acaba de hacer Savaté, que la experiencia de desconexión ha comenzado.

El Embryo está apagado o fuera de cobertura.

Con los nervios, Mar ha olvidado llamar a su madre. Milagros estaría orgullosa si la viera. Quizá Ramón también. «Debería visitarlos más a menudo». La nota mental pierde adherencia de camino al baño. La exclusividad de las *amenities* compite por su atención. Los aromas delicados la invitan a darse una ducha.

El rumor del agua le impide escuchar unos tímidos golpes en la puerta de la cabina treinta y nueve. Cómo su marido y otro hombre hablan en voz baja.

Cuando Mar regresa del baño, Germán aparta la vista de su albornoz entreabierto. Está húmeda y redonda.

Ve en él esa mirada. Su deseo aplazado.

Ninguno de los dos dormirá mucho esa noche.

El zumbido de la obsesión no la dejará en paz. Tener tan cerca el éxito le roba la calma. Ha escuchado en tantas entrevistas cómo es el proceso creativo de Ponce… Sabe de su fijación de pensar con las manos, de su necesidad de dibujar, de anotarlo todo. Tiene que hacerse con el cuaderno. Lo necesita para conjurar a sus propios lectores.

En el caso de Germán, la vibración constante del sistema eléctrico le brinda la excusa que busca para acometer su propio plan: acercarse al casco.

Germán aparta la vista.

La tensión se agranda.

La chispa del Embryo no tardará en prender.

16

Ha sido un día intenso de emociones en el camarote treinta y nueve. Cae la tarde en el primer día de travesía del Embryo. El zepelín blanco, como el sueño del capitán Ahab, surca los cielos con la suficiencia de un cetáceo que sabe lo que hace. Sobrevuelan la región de Brabante Septentrional, al sur de los Países Bajos. Un mosaico de campos verdes, ríos serpenteantes, molinos y casitas apretadas se exhibe ante los ojos de Mar, ajeno a su belleza. La tensión con Germán parece haberse disipado a pesar de su nueva salida de tono. Germán ha acabado por insinuar un cambio de camarote. Y han discutido. La primera de muchas. Las vistas son gloriosas: una combinación de tradición, naturaleza y modernidad. El teatrillo entre ambos la agota, pero es consciente de que aquello acaba de comenzar. Nada va a desviarla de su objetivo: absorber cuanto pueda de Ponce Savaté. Ni siquiera un marido que a, estas horas, no sabe dónde se ha metido.

—Querida, ¿está usted llorando?

El cansancio de los ojos de Mar se dirige a quien le habla. Una señora elegante que no ha perdido ripio de su desembarco en el camarote desde su llegada. Estaba en la cabina contigua, en la primera planta. «Por fin ha encontrado una excusa para hablarme», piensa mientras se enjuga las lágrimas. Ni siquiera es consciente de

estar hipando:

—No sé qué me pasa… Todo esto es tan hermoso —improvisa.

—Ay, querida, el síndrome de Stendhal es la mar de inoportuno.

La luz del atardecer baña la sala panorámica en la que medio centenar de pasajeros se distribuye alrededor de la zona acristalada. «Son pocos», se dice. Intuye que el resto debe de estar descansando y preparándose para la cena del capitán de la primera noche. La quietud los abraza.

—¿No es increíble que podamos admirar cada detalle con tanta nitidez?

Asiente. Su mirada sigue el curso de un río que no sabe cómo se llama.

—Es precioso el río Mena, ¿verdad?

Sonríe sin ganas a la mujer, que parece leerle la mente.

—Volamos bajo. Schäfer me ha comentado que a unos trescientos metros. Somos unas afortunadas. Venga, venga conmigo, querida. Me disponía a tomar el té.

La mujer parece haber decidido adoptar a Maravillas y esta la sigue con mansedumbre. Se sientan en unas preciosas sillas de mimbre de la sala, frontales al ventanal. Sirve el brebaje caliente para acompañar el atardecer de galleta. Los azucarillos corren por cuenta de Mar. Coloca las profecías junto a las cucharillas de plata. Begur lee su sobre y sonríe. Deja la buena fortuna para más tarde.

—¿Quiere usted una manta? —Amenaza con arroparla como lo haría una abuela.

Niega con la cabeza. Solo puede pensar en cómo acercarse a Savaté y a sus preciadas ideas.

—Llevo aquí desde que izamos, querida. —Mar la mira con el pelo húmedo—. La pongo al día: se ha perdido la panorámica del Römerplatz, la catedral de San Bartolomé y los castillos del valle del

Rin. He de confesar que se me ha escapado una lagrimilla con la majestuosidad de la catedral de Colonia. —Begur muestra su vulnerabilidad ante la belleza y la respeta por eso. Admira la fortaleza de las personas frágiles—. Pero no se apure, en nuestro itinerario podremos llorar a placer sobre las vistas del Canal de la Mancha o la estampa del palacio de Westminster. Espero que el capitán haga un pequeño desvío para ver la misteriosa Stonehenge desde el aire… Son sobrecogedoras.

La mira con horror. «Esta mujer piensa contarme el itinerario completo». La baronesa ha pagado su buen dinero y está dispuesta a exprimir la experiencia. Mira en derredor. «¿Dónde se habrá metido Germán?». En su búsqueda, los ojos de Mar tropiezan con los de Ponce Savaté, al fondo de la sala panorámica. Desvía la mirada y se ruboriza como una adolescente.

—Estoy deseando atravesar el Atlántico Norte y observar los fiordos de Groenlandia. Por supuesto, también la Estatua de la Libertad, pero atravesar el Atlántico a esta altitud, a esta velocidad durante más de día y medio, tiene algo de… de épico. ¿No cree?

Begur parlotea sobre la grandeza de reposar en la era de la inmediatez. De tomarse tiempo, de disfrutar de la compañía y las vistas pudiendo realizar el mismo itinerario en unas cuantas horas. La escucha como quien oye llover: una lluvia insistente y tediosa que repiquetea contra los cristales de una casa vieja.

—¿No les inquietan las cuarenta horas que nos llevará atravesar el océano? —Una voz varonil la rescata del sopor—. No me digan que no sería un argumento estupendo para el guion de una película de misterio —dice Ponce Savaté.

El escritor las observa divertido.

—¿Puedo? —Toma asiento junto a Maravillas.

No puede dejar de mirarlo. Ni a él ni a su cuaderno.

Es muy alto.

—¡Ponce, querido! —exclama la abuela.

—Cuánto tiempo, Begur. Me alegro de verte. —La tutea sonriente.

—Desde la fiesta de aquella firma de cerámica de Villarreal… —puntualiza ella.

Ambos sonríen, cómplices, evidenciando que fue un fiestón. Maravillas piensa que todas las personas influyentes se conocen. Y está en lo cierto.

—Ponce, imaginaba que estarías a bordo, pero no te tenía ubicado, hijo. ¿En qué camarote andas?

—En el treinta y ocho, en la primera planta.

—Eso me figuraba, en primera clase. Me congratula que te vaya tan bien con la literatura.

Ponce Savaté no se molesta en aclarar que es un invitado de la misteriosa fundación, aunque la reinversión de sus regalías por *La luz más vibrante* en las minas del Donbass le haya reportado cuantiosos beneficios. Es conocido por manejar los tiempos como nadie. Supo esperar y proteger sus inversiones en los territorios invadidos. El resto de los fondos europeos aún debe de estar huyendo.

—El truco, como en todo, está en resistir.

«¡¡En el treinta y ocho!!». Mar no puede creer su suerte.

—Y ¿quién te acompaña, Begur?

—Te presento a mi amiga, a la señora de… Ay, disculpa, querida, con tanta cháchara se me ha ido el nombre.

—Hola, Ponce. —Le tiende la mano cordial al escritor que admira —. Soy Maravillas Poquet…, señora de Casals.

No sabe por qué he dicho eso último. Quizá porque es consciente de que viaja de prestado. Y se le nota. El máximo premio

que ha obtenido en su vida ha sido un reintegro. Y, ahora, ese pasaje envenenado a bordo del Embryo. Una especie de gato de Schrödinger de la buena fortuna. Está de suerte y gafada al mismo tiempo porque tiene que compartir su aventura con el señor Casals.

—Encantado, Maravillas —dice la sonrisa de Ponce—. Tienes un nombre muy bonito.

Ya le habían hablado de las dotes de seducción del guionista metido a escritor. Pero Mar es inmune. «Este hombre —piensa— tontea por deporte».

—Gracias —dice, lacónica—. Los nombres milagrosos vienen de familia.

Begur se agita en su silla.

—¿Decías algo de un argumento, Ponce? ¿No será un misterio de los tuyos mientras atravesamos el Atlántico?

—Verás, Begur, es lo que denominamos un *whodunnit*. Un crimen en un lugar cerrado. Y el argumento de la película se centraría en averiguar quién de todo el pasaje, y somos cuatrocientos, ha sido el culpable y por qué. Ingredientes a la trama no le faltan: ricos, misterios, incomunicación…

El hombre coqueto insiste en tutear a la baronesa para hacerla sentir como una colegiala. Lo consigue. Es un profesional del *flirt*. Mientras las ilustra, teatral, anota palabras ilegibles en su libreta mágica. Previamente ha introducido el código de apertura. Mar no ha alcanzado a ver la contraseña.

—¿Como hacía Agatha Christie? —Begur es una gran aficionada a las lecturas de misterio.

—Exactamente. Christie adoraba encerrar a sus personajes en ambientes claustrofóbicos de los que no podían escapar: trenes, mansiones, islas, etc.

—O en un dirigible.

«Así que este es el proyecto confidencial en el que Savaté está trabajando con la productora. Si yo fuera capaz de pensar así, de hacerme siquiera con una sola de sus ideas…».

—Un aeroestato que atravesará el Atlántico Norte… ¿durante cuántas horas?

—Cuarenta nos dijo la chica del pelo frito, ¿no?

Ríen.

Begur le hace sentir como en casa.

—Menos mal que alguien presta atención —bromea.

—Pues eso, ya tenemos misterio. Y el enigma tendría que resolverse, y los malos que ser detenidos antes de aterrizar en Nueva Jersey. ¿Qué os parece?

Begur hace palmitas.

Una mano helada se posa en la espalda de la mujer morena. Es Germán.

—Por fin te encuentro.

La magia se esfuma como en un truco de Arya Devant.

—Si me disculpáis —dice Ponce—, me retiro a escribir un poco y a prepararme para la cena.

Mar se pone mala al recordar que la reunión con el capitán es de gala. La temática son los años treinta.

Los hombres se despiden con un cabeceo.

17

Mira el reloj, faltan dos horas para la cena del capitán. Por una vez, su inseguridad va con tiempo. Tiene la ropa extendida sobre la amplísima cama. También los complementos. Duda con el calzado.

Germán pone sus nervios en pie de guerra.

Suelta la bomba.

—No me lo puedo creer, Germán. ¿Que quieres qué? —dice Mar.

—Un cambio de camarote —repite.

La primera vez que lo insinuó, pensaba que bromeaba. Que solo quería castigarla.

—Esto es alucinante.

—¿Acaso no lo oyes?

Silencio.

—¡¿El qué?!

Un sonido imperceptible, una pequeña vibración constante, se deja escuchar en la primera cubierta.

Lo desecha.

—No, ahora mismo solo escucho tus sandeces. —Se cruza de brazos—. Yo de aquí no me muevo.

«Maldita sea. Ahora no puedo dejar de oír este estúpido zumbido».

Tiene que hacerse fuerte en la estancia de lujo de la primera

cabina, como sea. El cuaderno y su rey Midas están ahí, justo en la habitación de al lado, cualquier concesión al cambio sería una gran pérdida.

—Es el hum constante de los sistemas eléctricos.

Mar no ha oído hablar del «hum» en su vida.

—Sé que tú también lo oyes, Mar. Ese silbido se produce por la vibración de los motores y transformadores cuando la corriente los atraviesa.

Pone los ojos en blanco.

—Me he informado, ocurrió lo mismo en el Hindenburg. Y el Embryo ha copiado paso a paso su diseño. Puede que haya, y habrá, posibles fluctuaciones de potencia —dice Germán—. Las cabinas de primera clase están demasiado próximas a los paneles de distribución. Ya no es por el ruido, Mar. En caso de apagones, la primera cubierta no tardará en verse afectada. En el casco, donde están los motores, es muy probable que los ingenieros hayan reforzado el cableado. Abajo estaremos más seguros.

Su esposa no entiende una palabra. Pero es evidente que Germán ha hecho los deberes. Su decisión de cambio de compartimento es firme. Tiene sus pertenencias empaquetadas.

Se rinde.

—¿Y cómo vamos a conseguir un cambio de cabina así como así? El pasaje está completo, Germán.

El ingeniero le enseña una tarjeta magnética. La llave de su nueva estancia. No da crédito. Ha conseguido un camarote en las tripas del Embryo. Uno de los destinados a la tripulación con galones.

—Es la número veinticuatro.

«Ahora ya sé dónde estaba Germán mientras yo tomaba el té con Savaté», pero se equivoca.

Unos minutos antes, Ponce Savaté había mentido al despedirse. Lo hace a menudo, mentir. Su trabajo consiste en escribir historias que jamás sucedieron. A veces, un engaño es el camino más corto para eludir una discusión, proteger autoestimas. Ponce Savaté no se había retirado para acicalarse para Schäfer. Tampoco para escribir. Tenía una cita con Pat Aguilar para un tour privado por las instalaciones. En la reunión de hacía un año habían acordado cierto trato de favor a cambio de narrar la experiencia a bordo del dirigible: acceso a la lista completa de pasajeros y entrada libre a las estancias del Embryo. «Salvo a los dormitorios —puntualizó Monika Volkers tras la reunión—. Al menos, a aquellas alcobas a las que no haya sido invitado. Convendrá conmigo, señor Savaté, que lo contrario sería de muy mala educación». Sus miradas se electrificaron. El guionista, de camino a verse con Aguilar, rescata la mirada refulgente de Volkers. El deseo afilado.

El autor no puede escapar de la maldición de su belleza. La pulsión ajena planea sobre él enturbiando su trayectoria. Vive atrapado en un estúpido cliché como un personaje plano de su invención. Ya no combate el placer. Para qué. Se ha rendido al efecto que surte sobre ciertas personas. Bellas y poderosas. Desde la reunión, llevan viéndose un año con sigilo, a caballo entre Madrid y Frankfurt. Ser el amante de una de las mujeres más poderosas de Europa comporta ciertos riesgos. El más peligroso tiene nombre propio: Ernesto Acevedo.

—Tan impuntual como siempre —dice Aguilar.

—Y tú tan bella.

Ponce no sabe descifrar su mirada. Por alguna razón, sus encantos no funcionan con la publicista, y eso le desconcierta. Le molesta. Lo intenta con una broma.

—El tráfico, ya sabes, cada vez está peor.

Le sale bien. Ríen.

La mujer le guía con soltura por los recodos menos conocidos del aerostato. El peinado de la chica es terrible. Necesita con urgencia un tratamiento hidratante. Su desastre capilar, encrespado y quebradizo, hace juego con el estado de nervios de esa mujer fiera y capaz. Está triturada por la coordinación de aquel prodigio volante. Ponce Savaté no puede obviar el fuego de los ojos de Patricia, alimentado por otra pasión muy distinta a la que espera: la satisfacción por el trabajo bien hecho. Había oído hablar de esos especímenes corporativos difíciles de encontrar, pero nunca había dado con uno. Perros fieles cuyo salario emocional pasa por tres palabras del amo exigente. «Buen trabajo, Aguilar». Pat, como buen cánido rescatado, se desvive por la aprobación de su patrón. El respeto de Acevedo es su galleta.

Savaté mira a la chica sin disimulo. Imposible calcular el valor de las exquisitas prendas, sus zapatos a medida. Sin embargo, un directivo sin tiempo para el salón de belleza no es más que un siervo. «Los amos del mundo siempre van bien peinados», piensa. La esclava dice:

—Y, por aquí, enseguida accedemos al panel de control.

La información le saca de su ensimismamiento. Han recorrido una gran distancia, bajado escaleras. Segundos antes de adentrarse en la góndola exterior del centro de mando, muy próxima a los motores, una puerta se cierra con estrépito.

Acierta a entrever otro laboratorio distinto al de esta mañana en la cubierta superior.

—¿Para qué sirve esa sala?

Aguilar mira el plano que se sabe de memoria.

—Me temo que en este nivel del dirigible no hay laboratorios, Ponce.

Patricia se rasca la cabeza y dibuja un interrogante sobre el plano cuando dejan atrás el pasillo del casco del Embryo. Ya están en la góndola externa. No hay tiempo para regresar y subir el segundo tramo de escaleras. El guionista extrae el cuaderno de su bandolera, introduce el código de seguridad y la libreta se abre como una flor solícita.

Anota con premura. «¿Laboratorio?».

—Interesante caligrafía.

—Sí, es ilegible. —Sonríe presuntuoso—. Desde que sufrí el robo del anterior, mejor prevenir. Escribo en lenguaje encriptado.

Busca admiración en los ojos de Aguilar. No la encuentra.

El capitán los saluda en el cuadro de mando. Cae la noche.

—Le presento al capitán Heinrich Schäfer —se limita a decir.

—Buenas noches, capitán.

Patricia explica que la visita al puente de mando se suele obviar por cuestiones logísticas y de seguridad.

—El señor Savaté está muy interesado en conocer esta cabina y profundizar en el uso de los aparejos para su nuevo proyecto.

—Sí, parece un milagro de la aeronáutica. Todo este panel es una maravilla, ¿es original? —dice Ponce mientras observa elementos cuyos nombres desconoce. Resultan ser manómetros, altímetros, velocímetros y giroscopios.

Todo reluce de un modo mágico. El ruido es ensordecedor por los motores de gasoil. Schäfer se complace de tener un espectador tan reconocido.

—Esta parte frontal, la analógica, es original, sí. Por supuesto, hemos incluido por seguridad pantallas led e instrumentos de navegación actuales como mapas por GPS, indicadores de sistemas eléctricos que nos avisan de las condiciones meteorológicas, estado del combustible… Resumiéndolo mucho, tenemos ante nosotros el

corazón y el cerebro de la bestia: aquí los controles principales —señala Schäfer—, allá los canales de comunicación.

—Pensaba que no había comunicación con el exterior.

—Y no la hay. Es una frecuencia interna para hablar con mis hombres. La radio, de onda corta, solo conecta con las torres de control en las maniobras de despegue y aterrizaje.

Savaté acaricia los objetos de medición con la mirada. Sus ojos curiosos saltan de un panel a otro, de una luz a otra. La cabina es metálica y pequeña, como el frontal de un minibús escolar. Para hacerla acogedora, se ha revestido con listones de abedul. La mezcla de laca y lubricante se le pega en la nariz. El calor es asfixiante. Caben a lo sumo cinco personas. Para hacerles hueco, ha tenido que salir un operario mecánico de botas gastadas, de saldo. Junto a Schäfer, otros dos técnicos trasiegan pacíficamente con el instrumental de vuelo.

Trabajar en esas condiciones, al frente del mastodonte, no es idílico. Pocas comodidades para una responsabilidad hercúlea, apenas compensada por las vistas.

La negrura de la noche es alucinante.

—¿Es cierto que estos trastos tienen dos timones? —Aguarda la respuesta como un niño la Navidad.

—Sí, acompáñenme —les dice—. Miren. Son estas dos palancas.

Ponce parece un tanto decepcionado. Quizá esperaba el timón de un barco pirata.

«Demasiadas películas».

—Esta palanca es el timón vertical y la contigua es el timón horizontal. Subimos y bajamos, pero, al contrario que los aviones, también podemos desplazarnos hacia los costados. Estos interruptores corresponden a los motores.

El novelista infiel lee para sí las etiquetas bajo los indicadores:

Motor izquierdo, Motor derecho, Luz de navegación y Alarma.

Un pequeño bandazo alerta a Ponce y a Aguilar. El capitán trata de mantener la calma y lo consigue. En cambio, una luz roja comienza a parpadear. No responde. La tensión eléctrica baja imperceptiblemente y la góndola se queda en la penumbra unos segundos. Schäfer se encoge de hombros.

—No se alerten, llevamos con fallos eléctricos desde el despegue. Afortunadamente, no tiene la menor importancia.

La seguridad del capitán no da opción a réplica. Tras un manotazo seco contra el panel metálico, el Embryo deja de titubear. La luz recobra su aspecto sereno. El altímetro cesa en su empeño de avisar sobre una caída libre imposible que no ha ocurrido y el velocímetro regresa diligente a los parámetros de la normalidad.

Las agujas continúan temblonas cuando Ponce y Pat salen de la cabina.

18

Minutos después de la bajada de tensión eléctrica, Mar acaba de maquillarse en el camarote veinticuatro. La luz ha titubeado justo cuando se pintaba la línea del párpado. Ha vuelto como si nada, coincidiendo con el regreso de Germán, que entra y sale del camarote como una aparición. Contra todo pronóstico, el delineado ha salido estupendo. A juego con el otro ojo. Algo que ocurre una vez de entre un millón. El peinado es elegante. Hoy su cabello no la desafía y ha resuelto seguir el camino pautado de las horquillas. Ha estrenado un carmín caro que la hace sentir indulgente con su autoestima. En sus lóbulos pequeños, las perlas de la joyería diminuta de Namie.

—¡Llevas mis pendientes!

Asiente de buen humor. El nácar le imprime luz a la cara. «Él también está guapo». Se muerde la lengua y se traga el piropo. Sigue molesta con él. Por su capricho, le será más complicado coincidir con Ponce y acceder al camarote del escritor desde el sótano. La habitación actual es más contenida. Y bonita, es cierto, pero no es capaz de encontrar nada. Por fortuna, ha hallado acomodo, junto al hervidor de agua, para sus sobres de la suerte. El azar siempre encuentra su lugar.

—Ayúdame con la cremallera. —Gira sobre sí misma y deja a la

vista una espalda desnuda, sin rastro de sujetador. Le ofrece su nuca delicada y ríe. Él la ayuda y se voltea.

Mira a Germán. Está elegante. Repeinado. Sus cabellos cobrizos han perdido su fuego por la gomina, pero su porte continúa ahí. Parece haber nacido para llevar ese traje. Tiene la quietud de los que duermen bien, de los que compran el sueño de otros.

—¿Ya estás?

—Un segundo. Los zapatos.

No localiza los que busca. La mudanza ha sido apresurada y las pertenencias de Mar están desparramadas por el coqueto aunque oscuro camarote. Se percibe más ajetreo que en la primera cubierta, además de los pasos de la tripulación y personal de mantenimiento. No escuchan el zumbido del hum, pero sí los quejidos del Embryo: los asentamientos de las tripas y del puente de mando. Sonidos que Mar no sabe identificar. El camarote la aleja del cuaderno, pero acerca a Germán a una de sus obsesiones: la electricidad. Ahora, el cambio no se le antoja tan arbitrario. Le reconforta estar cerca de los controles.

El fuerte de Mar no es hacer favores.

Tampoco marcará las distancias con la pareja de Cruz cuando los venza el sueño.

La cama es más estrecha que en la habitación de primera. Y, en algún momento, tendrán que compartir ese elefante.

—Aquí están tus zapatos.

Están encima del somier, junto a la estola de piel.

Los dos miran la cama.

Ninguno de los dos dice nada.

Caminan en silencio y ascienden al salón. Se pierden varias veces

por los pasillos del Embryo. El zepelín blanco es un laberinto de lujo. Sin embargo, la espera ha merecido la pena. Han llegado. Mira por primera vez el salón comedor con asombro. Es inmenso. La decoración, exquisita: amueblado con maderas nobles en tonos suaves que contrastan con las luces bajas. Las líneas rectas con motivos geométricos imitan las líneas de la naturaleza con destellos en oro y plata, el sutil encanto del art decó. Al fondo, un conjunto de jazz tras los pesados cortinajes granates del escenario. Dándoles la bienvenida, el capitán Schäfer con su traje de gala y su barba cuidada. Las mesas redondas, preparadas para la cena, salpican la superficie del salón dispuestas con escuetos pasillos para maximizar el espacio. Junto a la entrada del salón, una lista establece el orden de las mesas. Maravillas levita.

Germán toma su mano enguantada y se dirigen hacia la mesa número diez. Los comensales visten de etiqueta para la primera cena. El *mood*, los años treinta.

Mar celebra las vistas fabulosas. Tienen el escenario enfrente. Se lo dice a Germán.

—Mira qué buena mesa.

Disiente.

El deporte favorito de su marido es llevarle la contraria.

—Las buenas mesas son las de los vitrales. Mira qué estrellas.

Ya hay varios desconocidos a la mesa de copas de vidrio talladas, mantelería de hilo y cubiertos de plata. La elegancia de los comensales es desigual y la dependienta se mira complacida. Vestido negro de cuello *halter* de satén, escote de vértigo en la espalda. En el pelo, no se ha atrevido con las ondas de agua. Moño bajo, pequeño detalle de fantasía para fijar el recogido, en solidaridad con las horquillas. Y los pendientes de Germán. Los guantes de su tienda le dan un toque de distinción. Levanta la mirada y le sonríe una cara

conocida.

—¡Qué suerte, querida! Nos volvemos a encontrar. —La baronesa desmantela de un plumazo la complacencia de Poquet. Sus gemas refulgen como criptonita. La pedrería de Mar muestra inerme su condición de baratija.

Se sientan juntas. Se presenta al resto de invitados. Hace un poder. Saris florales y kimonos de seda occidentalizados para adaptarse al protocolo. Dejará que Germán lleve la voz cantante con el inglés. Comienza la cena y busca a un aliado en la mesa. Encuentra el vino blanco. Cuando ha perdido la esperanza de que algo interesante suceda esa noche, aparece Ponce Savaté, peinándose con los dedos y ajustándose la camisa. Tiene prisa y solo busca pasar desapercibido. La mesa del matrimonio queda lejos de las estrellas, pero cercana a la entrada. Hay una localidad vacante: la silla que da la espalda al escenario.

Ponce se deja caer desfallecido sobre su butaca, perlado de sudor. Es evidente de dónde viene.

La mesa celebra la adhesión del nuevo comensal entre alharacas.

El escritor de moda está frente a Mar Poquet y no parece haber saciado su apetito.

Le gusta lo que ve.

Aprueba su atuendo exánime.

Sus baratijas vuelven a brillar.

19

18 de julio de 1976
Seveso

En Seveso el teléfono volvió a sonar de forma inesperada. Stefano había conseguido una moneda del buen samaritano de paciencia corta que aporreaba la puerta. Desde el teléfono público, logró arañar unos minutos decisivos para alertar a Livia.

Al tercer tono, Livia descolgó. Los dos anteriores, mientras el aparato rugía, los había invertido en cubrir la distancia entre el callejón y la casa de Clara. Necesitaba despejarse para asimilar la información de Stefano Biagi, el redactor de *Il Corriere de la Sera.* «Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá no hubiera salido a tomar el aire». Ahora, las bocanadas le abrasaban los pulmones. Descolgó con los ojos arrasados. No tanto por la atmósfera irrespirable, sino por la certeza de lo que le había ocurrido a su gato y al resto de la camada. El montoncito de animales desmadejados parecía dormir.

—Soy yo de nuevo —dijo Biagi.

—¡Stefano!

—Te decía que tienes que ponerte a salvo, Livia. Tengo información acerca de la nube de dioxina. Por algún motivo, no me dejan publicarlo…

Icmesa, filial de la multinacional Roche, tenía sus mecanismos

para comprar voluntades en una Italia corrupta.

—Este jueves, la empresa ha reconocido el escape, pero no nos dicen de qué —dijo Livia—. Nos cuentan las cosas con cuentagotas y la gente sigue con su vida. Michele está yendo a la fábrica a desescombrar. Los obreros no tienen material, lo hacen con las manos desnudas. ¿Has averiguado algo más?

—No, solo pura lógica. La sustancia afecta antes a los pequeños, a aquellos de poco peso…

—¿Qué quieres decir?

—Verás… Ha pasado más de una semana desde la fuga, Livia. Según mis cálculos, ya deberían de haber comenzado a… —dudó— morir los animales más pequeños. —Stefano no podía verla, pero Livia asintió al otro lado del auricular—. La sustancia debe de estar haciendo lo mismo en…

«Dios mío, los niños». No era tonta. Stefano continuó:

—Y los niños pequeños ya estarán presentando erupciones en la piel como reacción a la dioxina. Es cloracné.

«El tacto de los granitos del hijo de Clara», recordó Livia, y la estremeció el tacto de aquella mano.

—Y las personas con problemas respiratorios pueden ver agravadas sus afecciones.

Más toses.

—Livia, os estáis envenenando. El anuncio sobre la toxicidad del vertido es inminente. —Sus fuentes eran sólidas—: Van a evacuar Meda, la población que acoge a la fábrica. Se ha filtrado que mañana se llevarán a los setecientos habitantes de la zona A. Vosotros estáis en la zona B. Pero esas demarcaciones son un chiste. La nube tóxica cubre una superficie de dieciocho kilómetros cuadrados. Tienes que salir de ahí. Vente conmigo.

Stefano se mostraba angustiado. No hacía falta ser un genio

para saber que la evacuación sería un caos.

—No es tan fácil, Stefano. Mi madre se moriría del disgusto. ¿Cómo voy a irme a vivir con un hombre a Milán?

Ni siquiera la desgracia podía reprogramar las convicciones de una *mamma* rural. Y menos en aquel rincón de la Lombardía de los años setenta.

Livia se asfixiaba.

—Livia Ferrante, ¡escúchame! He hablado con el corresponsal del diario que cubrió la guerra del sudeste asiático. Me ha confirmado que el compuesto es sumamente nocivo.

Trataba de ahorrarle la jerga técnica. El tiempo era vital y podía notar su terror. Le explicó, sin suavizar, que la dioxina conocida como TCDD era una de las sustancias más peligrosas creadas por el hombre. Su toxicidad se medía en nanogramos, es decir, en milmillonésimas partes de gramo. Ocho mil nanogramos serían suficientes para fulminar a una rata.

—Stefano, no te sigo. Esas cantidades me aturden. Di lo que tengas que decir.

—Livia, se han liberado dos kilos de dioxina a la atmósfera. ¡Dos kilos! Las consecuencias sobre la salud pueden ser devastadoras. Mi colega ya lo reportó en Vietnam: problemas respiratorios y cutáneos, los más inmediatos. A largo plazo…

—Cáncer.

—Sí, entre otras alteraciones.

—¿Qué quieres decir?

Le habló de una probable infertilidad química en el medio plazo. Y de algo más preocupante: las mutaciones para los embarazos en curso, documentadas en Vietnam.

—Es pronto para hablar de esto, Liv, sé que es demasiada información, pero me preocupan… —dijo al fin— las mujeres

gestantes.

Livia levantó la vista y vio a su amiga Clara, embarazada de seis meses, canturreando y ayudando con el almuerzo en la cocina. Stefano añadió:

—Tras el napalm, se reportaron numerosos casos de abortos espontáneos —bajó la voz—, y decenas de niños nacieron con graves alteraciones.

«Malformaciones». Livia temía por la gestación de su amiga.

—Ya no puedo hablar mucho más. El hombre de afuera se impacienta. Mañana, antes del anuncio de evacuación de Mena, te llamo y organizamos tu salida. Dime al menos que te lo vas a pensar.

—Me lo pensaré.

—Una última cosa.

—Dime.

—No comas nada que provenga de la tierra. Nada. Ningún alimento del huerto de casa de tus padres, nada de animales de granja ni de aves de corral. Las autoridades locales lo alertarán mañana con un bando.

—Stefano, tengo miedo.

—Yo también.

—Verás… Creo que no me entiendes —dudó la artesana—. Creo que podría estar embarazada.

—Lo sospecho desde hace tiempo.

—Stefano, creo que el niño no es tuyo.

—Eso no cambia lo que siento por ti.

Cuando la conversación agotó el saldo de las palabras, Clara la arrastró hasta la cocina que daba al huerto. Desde el dintel, Livia observó la mesa humilde, decorada y festiva para recibir a los parientes de localidades cercanas. Celebraban la vida en aquel domingo abrasador. Allí estaba Michele cubierto de un polvo

blanquecino de pies a cabeza, sonriente como un niño. Clara, con su barriga abultada, y el que sería su hijo mayor ofreciéndole la mejilla sin sarpullido en busca de un beso. Gente buena en manos de malnacidos, ajenos a la verdad que saldría a la luz, imparable, como un escape de gas.

La madre de Clara gesticulaba orgullosa. Había cocinado durante horas el conejo casero con verduras de su propia huerta. Livia miró el plato principal.

El *coniglio in umido* parecía sonreírle desde la cazuela, humeante y beatífico, conforme con su destino.

La voz de Stefano resonó en su cabeza.

«No comas nada que provenga de la tierra».

Vomitó allí mismo.

20

Cuatro días antes de la tragedia
Embryo

—¿Puedo preguntarte por tu cuaderno, Ponce? Es tan famoso como tú. —La mujer del sari pregunta el secreto mejor guardado del guionista.

—Pero antes, querida, deberás contarme la historia de ese sari…

«Esto ya no es coquetería, es narcisismo». La sorpresa de Mar le nubla el juicio, no la deja ver que Savaté solo está siendo amable, que está tratando de vender libros.

—Pues soy de origen catalán, pero vivo en Jaipur desde hace mucho tiempo, de ahí la vestimenta. Me temo que no soy muy exótica. —Resulta llamarse Aurora. Se presenta.

Begur celebra la coincidencia de compartir mediterranía con la Afortunada de la mesa diez. La respuesta satisface a Ponce.

—Mi bloc de notas está a buen recaudo, Aurora. Pero debería haberlo traído. Uno no sabe dónde puede encontrar la inspiración.

—¿Y qué apunta?

—Pues casi cualquier cosa. Dibujo mucho. Cosas que me llaman la atención. Palabras inconexas. Que usted viva cerca del observatorio de Jantar Mantar, aunque haya nacido a miles de kilómetros de allí. La bajada de tensión eléctrica de esta mañana. No

sé —confiesa—. Es todo bastante arbitrario. Cabos de los que poder tirar, conceptos que esconden una buena historia…

Mar mira a Germán. La conversación le aburre y finge ir al baño.

La fanática del escritor aprovecha la salida del único caballero de la mesa para saltar a su lado y pedirle una foto. Su bolso de mano es diminuto. Ha dejado su teléfono en el camarote. El ídolo pone a disposición el suyo. Poquet se ofrece a hacerles la foto. Antes de intercambiar posiciones, llega a tiempo para quedarse con el código de desbloqueo del terminal.

No se lo cree.

Es una combinación de ocho dígitos que reconoce al instante:

27042023

La fecha de un acontecimiento inolvidable en la vida del escritor. Y no es la de su boda ni la del nacimiento de su único hijo.

«El 27 de abril de 2023. La fecha del lanzamiento de su novela más icónica, *La luz más vibrante*, con la que llegaría a alcanzar su primer millón de copias». Mar cae en la cuenta de la relevancia de ese hallazgo casual. Es muy probable que reutilice la contraseña en otros dispositivos.

Begur, la mujer y Ponce sonríen a la cámara.

El flash ciega sus sonrisas.

Una obsesión congela la de la escritora sin talento.

«Te tengo». Y pulsa el botón de nuevo.

El júbilo por las instantáneas la anima.

Les muestra la imagen que acaba de tomar, en busca de su aprobación. La amplía. No advierte que, tras sus sonrisas encantadoras, el objetivo ha captado de fondo a un Germán en actitud hostil con un operario.

Solo tiene ojos para visualizar cuándo escabullirse de la cena y

colarse en la habitación de Ponce para probar suerte con la combinación.

Tiene un código y le quema en las manos.

Ponce Savaté continúa ajeno al peligro que correrán sus secretos en las manos de la fotógrafa casual y disfruta del ágape con Schäfer. En cambio, ese enigma no es el único que Maravillas ansía resolver: Germán está de nuevo en su punto de mira. Tarda demasiado en regresar. Se dice que las continuas ausencias de su marido, además de una falta de respeto, son una provocación. La indignación la quema en la garganta. En ese estado, Mar no puede mantener la compostura del corsé social. Se retira de la mesa con una excusa.

—No tardes —dice Begur.

—Tranquila, estaré de vuelta antes de los discursos.

Lo que tengan que decir los patronos de Aguilar la trae sin cuidado. Solo quiere gritar. «¿Dónde demonios se ha metido Germán esta vez?». Si se trata de una estrategia para captar su atención, sin duda, está funcionando. Camina sin rumbo por el dirigible. Pasear siempre la ha ayudado a decantar ideas. A cada paso, la adrenalina se transforma en claridad mental. Le sorprende su actitud hacia su pareja después de tantos años. Esa pasión enervante, tan alejada de la indiferencia, solo puede significar una cosa. Y eso la aterra. Últimamente no puede dejar de sentir miedo, esa sensación pegajosa que se le adhiere a la piel fría. Atraviesa a zancadas las zonas comunes. Ni rastro de su marido. El tiempo apremia. En breve, comenzarán los discursos grandilocuentes. Como Afortunada que se sabe, debe rendir ciertas pleitesías. Decide regresar. «Maldito Germán». Ya de vuelta, al fondo de la biblioteca, encuentra una sombra derrumbada sobre un mueble bar amplio que hace las veces

de barra. Se acerca un poco más. Reconoce la figura recortada en la penumbra, el traje a medida, los zapatos caros. El peinado salvaje, por domesticar. Es Patricia, pero la ve distinta. En privado, se acoda sobre la barra como un animal que devora su alimento. Desmadejada, ni huella de su diligencia, quebrado el mecanismo interno del payaso de una cámara de pega.

—Buenas noches.

El saludo la pilla por la espalda. El resorte se activa torpemente. Un hilo invisible tira de su testa y la postura de la soldado de Indace se reestablece. Sus ojos acuosos no engañan: está borracha. Examina a la Afortunada: Maravillas Poquet. Se dicen sus nombres, aunque no hace falta. La invita a acompañarla.

Mar se arrellana en uno de los taburetes. Un camarero les toma una comanda que no les apetece beber.

Se hace cargo. La tensión de las últimas horas en el Embryo ha hecho mella en la publicista; la escena de expulsión de los pasajeros que se negaron a someterse al control médico violentaría a cualquiera. Solo necesita hablar con alguien.

Mar mira con pena a la ejecutiva que no va a la peluquería. Se la imagina acumulando horas durante todo el año para arañar diez días de vacaciones en los que coronar una cima lejana con dos móviles a tope de batería. Tras minutos de charla intrascendente, hablan de su eterno viaje aplazado:

—¿Sabes? Había planeado ir a Perú este verano con mi pareja, pero…

—Las personas se cansan de esperar —concluye Mar.

Asiente.

Maravillas no ha sufrido ese tipo de presión corporativa, pero reconoce la mirada de los mártires del esfuerzo. La soledad de quienes solo trabajan.

—¿Y no has pensado en buscar otro empleo? No sé, otro comienzo. Regresar.

—¿Regresar a dónde?

—No sé. ¿Qué tal a casa, por ejemplo? ¿De dónde eres?

—De Artana.

Mar se sonríe al compartir tantas cosas con Aguilar. Apenas cuarenta kilómetros separan sus lugares de nacimiento. Ambos con más pasado que futuro. Comprende que no es viable regresar a la Plana Baixa. En el municipio a los pies de la sierra de Espadán las oportunidades son escasas.

—De Artana al mundo.

Aguilar sintetiza su vida en un resumen ejecutivo: formada en la UJI gracias al programa de la fundación, saltó a Madrid a una *big four*. Parte de su pellejo aún debe de estar pegado en el respaldo de una silla ergonómica de la planta veintidós.

—Y hace unos años alguien me habló de este empleo. Pensé que viajaría, que vería mundo, que esto me llenaría. Y durante mucho tiempo, quizá demasiado, así ha sido.

—Pero ya no.

—…

—Tus padres deben de estar muy orgullosos.

—Pues no sabría decirte. No los veo mucho.

Apura su pisco *sour*.

—Creo que solo necesitas unas vacaciones, Pat.

—Lo que necesito es vivir sin miedo. —Acaba de presentar su renuncia silenciosa. Y ni siquiera lo sabe. Demasiados cabos que no casan en el vuelo de la fortuna. Como aquella maniobra de carga en el aeropuerto de Castellón. Aguilar se ha cansado de justificar que todo va bien. Ante la prensa, ante sí misma.

El camarero interrumpe la conversación de las discípulas de

Paulo Coelho.

Unos pasos presurosos les trasladan la prisa. Deben volver para los parlamentos. El taconeo de Arya Devant se dirige hacia el salón principal. No pueden ver que el rostro de la maga está arrasado por las lágrimas.

El tiempo de las confesiones ha acabado.

La farsa debe continuar.

21

Mar ocupa su asiento justo a tiempo. Un segundo después, Germán se une a la mesa.

—Te estaba buscando. Has tardado mucho.

—Estaba en el baño, ya te lo he dicho.

El tintineo de una copa cercana mata la disputa.

El foco de atención se centra en la anfitriona de la cena, Monika Volkers. La mesa de los dueños del mundo, a la que se sienta el capitán Schäfer y un puñado de elegidos, está estratégicamente ubicada, cerca del escenario. El cañón de luz recorta la figura esculpida de Monika como una aparición imponente. Ondas en el pelo, vestido gris oscuro de seda, diamantes discretos, auténticos. La inteligencia, un aderezo incómodo que se confunde con soberbia.

—Gracias por acompañarnos en este primer día de travesía —dice Monika Volkers—. Este itinerario es muy importante para nosotros por varias razones. Pero la mollar es difundir la misión que realizamos en la Fundación Embryo desde hace una década. Nuestra labor comenzó cuando mi hijo Hans fue diagnosticado con el mal de Lear. Tenía cinco años. El peregrinaje médico fue angustioso. Nadie sabía decirnos qué tenía. —Ernesto Acevedo tiende la mano a su mujer y ella la estrecha suavemente. El anillo de su marido se le clava por la presión—. Cuando al fin obtuvimos el diagnóstico, fue

un jarro de agua fría. Una enfermedad de las calificadas raras, incurable, que afecta a uno de cada cuarenta mil nacidos en el mundo. Y uno de ellos fue mi niño.

A la gran sala se le encoge el corazón por un adolescente de quince años que no aparenta más de nueve, por complexión y desarrollo. La mente de Monika continúa clavada en el instante que lo alteraría todo para siempre. El día que el pediatra dictó sentencia de muerte: el Heredero no viviría mucho más. Gracias a la determinación de sus padres, y, por qué no decirlo, a su dinero, Hans Acevedo Volkers había logrado llegar a la juventud con una calidad de vida decente, pero el tiempo extra se le estaba agotando. Monika se culpaba. Ser madre nunca había entrado en sus planes. Conocer a Acevedo los trastocó. El amor tiene esa cualidad dúctil para moldear creencias. Al verla, él resolvió que cambiaría de esposa. Tuvieron a Hans tarde. Él sobrepasaba ampliamente los cincuenta. Volkers entraba de puntillas en los cuarenta. Aquello no fue determinante para la suerte de Hans. Como averiguaría más tarde, las mujeres Volkers habían sido portadoras de la enfermedad durante generaciones. Desde entonces, decidió entregar su vida a salvar la de su hijo. Así nació la Fundación Embryo. Su cometido: desarrollar tratamientos para los desahuciados por las grandes farmacéuticas.

Ponce Savaté disimula un bostezo y mira el reloj. Admira a aquella mujer entregada, pero está agotado por un viaje tan exigente en cuestiones amatorias. El discurso deprimente de Volkers le borra el gesto. El drama no acaba nunca:

—Una de las complicaciones del diagnóstico de la enfermedad de Lear es que los síntomas suelen confundirse con cualquier otra dolencia. En fin, no quiero aburrirles. —Alza la copa—. Solo quiero trasladarles que su dinero en estos pasajes irá destinado a una

buena causa. —Mira al chico—. Por ti, hijo.

El cañón de luz se dirige ahora a una silueta que se ha mantenido en la penumbra, como lo están las cosas que nadie quiere ver.

La mano escuálida del muchacho levanta la copa. Está extrañamente flaco, con el trazo de los huesos en *sfumato* sobre su piel de papel pintado. Su cuello apenas se mantiene, como el de un ave fuera del nido.

La mirada entelada hacia los gritos ahogados.

—¡Salud! —El corazón de Hans aletea por el esfuerzo. Se desmadeja en su silla con motor.

—¡Salud! —responde el auditorio.

El cuarteto de jazz toca con voluntad de borrar las penas que empañan la velada. Su talento está a punto de conseguirlo. La reunión comienza a fluir, el alcohol a correr. La vida sigue. Los viajeros del Embryo están de vacaciones. El zepelín blanco se aleja plácidamente de los Países Bajos.

El capitán Schäfer se deja querer por el pasaje, atiende solícito a las preguntas. Danza por las mesas en una coreografía invisible como la reina del baile que se sabe. Es el turno de la mesa de Begur, Savaté, Casals y Poquet.

Sin saberlo, la polémica sale a la pista.

—Seguro que está harto de responder a la misma pregunta, capitán. —La baronesa está achispada—. Pero ¿cómo diantres vuela este aparato?

El alemán está encantado de ofrecerle la explicación corta.

—Imagínese, baronesa, que el dirigible flota como una pompa de jabón. Simplemente conseguimos que la masa de las cámaras del

Embryo pesen menos que el aire. Así es como conseguimos levitar.

—Increíble.

—Queda el pequeño detalle de la propulsión. —Germán abre la boca que, hasta el momento, solo ha empleado en beber.

—Sí, eso es más complicado. El Embryo es más eficiente en energía que cualquier otro vehículo porque, al contrario que los aviones, no necesitamos combustible fósil para levitar, solo para desplazarnos.

—¿Y qué carburante emplean?

Schäfer se siente en un examen. Sabe por dónde va.

—Los motores consumen combustible ordinario, sí. Pero la maravilla radica en el hidrógeno verde que nos mantiene en el aire.

—¿Verde? —pregunta la baronesa.

—El término indica que se emplean energías limpias como el sol o el viento en su elaboración.

—Y a usted, Schäfer, ¿qué le parece pilotar un dirigible sustentado por este tipo de tecnologías? —se encona Germán. Busca pelea.

—Disculpe, no entiendo la pregunta. Mi inglés no es tan fluido como debería…

—Todo este vuelo es un camelo, una pantomima, y usted lo sabe —dice Germán, alterado. Está borracho.

Schäfer balbucea una respuesta políticamente correcta, deseando reconducir la conversación. Germán se atrinchera en su postura apocalíptica.

—El hidrógeno verde está fallando a gran escala. La industria automovilística ya lo ha descartado. También la aeronáutica. ¿Electrificación de la economía? ¡No me haga reír!

La baronesa se incomoda. Toda la mesa lo hace.

Schäfer se calla. Es inútil hablar con alguien que ha elegido su

verdad.

Germán fabula ahora acerca de las causas del Gran Apagón. Tiene las orejas rojas. Los comensales escuchan por educación. Son personas formadas que saben que las energías renovables no fueron las culpables del fallo a gran escala. El guionista mira divertido a Mar Poquet. No envidia la noche que le espera a esa mujer aguantando la turra de su marido.

A Savaté el cambio climático le da dolor de cabeza.

—Díganme, ¿de dónde demonios sacaremos la energía cuando cierren las centrales nucleares de medio mundo por el buenismo imperante?

Schäfer se va con la música a otra parte. Mar Poquet se disculpa ante su mesa:

—De verdad que no sé lo que le pasa esta noche. —Y es cierto que no lo sabe, porque Mar ignora el plan de Germán: asustarla para recuperar su atención—. Le acompaño al camarote a dormir la mona y regreso para el número de magia. No quiero perderme el espectáculo de la Devant.

Los trucos de la artista internacional serán lo único que Mar Poquet verá desaparecer esa noche. El cuaderno y su código de apertura tendrán que esperar.

22

Germán y Mar descienden con dificultad a su camarote en el casco. El espejo del baño, enorme, consigue hacer la habitación más amplia. La ebriedad del hombre les lastra el paso. Farfulla. La leonera los saluda en cuanto pasan la tarjeta magnética. El camarote veinticuatro está destrozado. No necesitan llamar a seguridad. Mar conoce al vándalo. El culpable reprime sus ganas de vomitar en el quicio del dormitorio. Germán se deshace de la mano que sostiene sus pasos y arroja su frustración sobre la taza de inodoro. La bilis la guarda para Mar.

Si ha sido él, la única pregunta que le ronda la cabeza es cuándo ha armado ese desastre. Concluye que orquestó el caos tras ausentarse de la cena mientras Mar lo buscaba sin éxito. Los problemas de ira de Germán vienen de lejos.

Contempla la habitación dislocada y en ella quiere ver la obra de un hombre acorralado en busca de su libertad. Sin embargo, no ha dado con los documentos.

Su relación continúa hibernando bajo la cama.

—¿Por qué me haces esto? —dice Germán mientras le acuesta. Su aliento apesta a alcohol—. ¿Por qué me has traído aquí? Yo solo quería llevar una vida tranquila con Cruz y ahora no voy a tener más remedio que hacer lo que debo hacer…

Mar rehúye su vaho, ignorando sus palabras enigmáticas. Germán le arrastra el jergón con su abrazo de oso. Se desploman sobre las sábanas revueltas. Es inútil forcejear, Germán le lleva treinta kilos. Decide tumbarse a su lado. Esperar a que el licor le venza. El cuerpo de Poquet recuerda cómo acoplarse al suyo. La soledad no entiende de voluntades tenaces.

Yacen vestidos unos minutos sobre su condena.

Abre un ojo. El reloj se acerca a la una de la madrugada. «¡Maldita sea!». Ni Arya Devant igualaría su truco de escapismo: se libra de la mano de Germán, gira sobre mí misma y se sacude el mullido edredón. Él se agita y su anatomía perfecta la busca. Le esquiva. Se incorpora, sale de la cama y busca a tientas un calzado más cómodo.

Aún es buena hora y quizá pueda hacerse con las notas de Savaté. Apostaría un brazo a que el escritor no está dormido como un buen chico. Eso solo puede significar una cosa: sus ideas están desatendidas mientras el autor se ocupa de otros menesteres. «El cuaderno me espera».

El suelo crepita bajo la punta de sus pies cuando sale con un código en la yema de los dedos. Mira el plano que se ha salvado del naufragio de la ira de Germán. Uno de esos que dicen «Usted está aquí» y que no sirven de gran cosa. El mapa del tesoro le indica qué camino tomar hasta la habitación treinta y ocho de la cubierta superior. A la primera de cambio, se pierde.

Abre la portezuela de un pequeño cuarto cercano a la góndola del puesto de mando que en el croquis figura como un armario. Gira la manecilla entreabierta. Sale una persona , que para su sorpresa, le espeta un sucinto «Buenas noches» y bloquea la cancela. Su

cabeza le traiciona. Está borracha de adrenalina. Sus ojos acaban de dar con un segundo laboratorio, el del casco interior. Un laboratorio que no existe sobre el papel; la realidad se empeña en llevarle la contraria. En ese momento, no lo procesa. Solo quiere la Moleskine. Recalcula la ruta. A su paso, ve habitaciones modestas. El personal de a bordo duerme al amparo de la noche estrellada. Sube las escalerillas. El ambiente festivo impera. El destino sonríe a los de primera clase. Risas, carreras, persecuciones de amantes. Algún ronquido pese a la mala conciencia. Continúa por el que ha sido su pasillo durante unas horas y reconoce el camarote de Begur, la anciana de nariz entrometida. Mar reza para que duerma. Muy cerca, da con el treinta y ocho. Pronto, se siente estúpida. «Aquí acaba mi plan sin fisuras». Está en traje de noche y babuchas frente a una puerta que no tiene ni idea de cómo burlar. «Estúpida», se fustiga. No se da por vencida. Palpa la puerta. No está sellada. La empuja con su hombro. Sin mucho esfuerzo, la batiente se abre.

Se ha equivocado.

Savaté está en el interior.

El chico parpadea. Como si necesitara enfocar lo que acaba de ver.

Mar tiembla.

La puerta está entornada porque claramente esperaba visita. Y esa persona no es Maravillas Poquet. El cuaderno está ahí, dejado caer. En el mueble auxiliar, junto a la entrada. Podría tocarlo si quisiera.

Ponce se ajusta la bata.

—¡Esta sí que es buena! —dice perplejo.

Al escuchar voces familiares, la habitación número cuarenta se abre de par en par.

Alguien la llama por su nombre. Es Begur.

—He dejado a Germán en la habitación —dice— y quería reunirme con vosotros en el salón, pero me he desorientado.

Los ojos de Ponce en su calzado. Las chinelas pisotean su coartada.

El escritor evalúa sus opciones. La baronesa la salva:

—No tienes por qué mentir, querida —dice Begur, enternecida—. Toda la mesa sabe que tu marido no es la mejor compañía esta noche. Anda, pasa.

23

El camarote de Begur es maravilloso.

Mientras se adentran en Reino Unido, la mujer de la cabina cuarenta la recibe en un elegante pijama de dos piezas. Prepara dos bebidas humeantes y le ofrece asiento en una mesa redonda al fondo de la habitación, con dos butacas con pinta de mullidas. Al igual que Ponce, ha decidido retirarse hace unos minutos.

—¿Qué líos te traes con Savaté, hija? Es evidente que tu marido te adora.

Mar cambia de tema.

—Gracias por el capote, Begur. ¿Te importa si paso la noche aquí? No me apetece regresar a mi cuarto.

—Claro, querida. Me vendrá bien la compañía.

Se ponen cómodas.

—¿Sabes? —Begur camina de puntillas sobre la escena con Germán. Intenta protegerla, pero no hay modo fácil de abordar lo evidente—: Con quererse mucho no basta, Mar. Lo he visto otras veces… El amor es maravilloso, pero cambia. Con los años, se convierte en otra cosa. Solo hay que prestar atención a las señales para que ninguno de los dos salga herido. No es una cuestión de física, querida. Ni siquiera de química. Solo es cuestión de tiempo.

Razón no le falta, pero el matrimonio acabado deberá continuar

manteniendo el tipo hasta Lakehurst. «Nuestra coartada —piensa Mar— será querernos», pero dice:

—Los matrimonios discuten.

—El mío con el barón no.

Maravillas se arrellana para escuchar una historia de esas que ya no quedan. Una con final feliz.

—Nos conocimos en la Barcelona de finales de los noventa y el amor nos arrolló. Al principio lo gestionamos bien. Quedamos, muy civilizados, a tener la conversación en una cafetería elegante y discreta del Born.

El barón por entonces estaba infelizmente casado.

—¿*La conversación*? —pregunta.

—Sí, ya sabes. El protocolo estándar de la ilegitimidad. Esa charla que mantienen dos personas comprometidas para sentar las bases del lío desde que el mundo es mundo. «Esto tiene que ser divertido», «Me encanta mi vida» y estupideces por el estilo que por supuesto jamás se cumplen.

No sabe de qué le habla. Pero hace ver que sí.

—Yo a esas alturas de la vida, con cuarenta tacos, imagínate. Estaba de vuelta de todo. Tenía un trabajo estupendo en la Fira de Barcelona como directora de Tèxtil Llar. No fueron fáciles los comienzos para una italiana, pero la ciudad implacable para algunas cosas era refugio para los que nos dejábamos la piel en el trabajo. Me iba bien. En el amor, regular, así que acudí sin muchas expectativas a nuestra cita.

—¿Y cómo fue la charla?

—La charla, fenomenal. —Ríe—. Continuamos debatiendo los límites difusos de nuestro acuerdo en un hotel aquella misma tarde y durante las semanas siguientes. «Es solo sexo», alegó cuando su mujer nos cazó. Continuamos viéndonos durante muchos años. De

forma intermitente. Y yo mientras hacía mi vida.

—Pero no era solo sexo.

—Nunca lo es.

—Y dejó de ser divertido.

—Sí, porque dolía. Dolía no vernos. No tocarnos, no reírnos a todas horas. Albert era un tipo brillante. Ingenioso. Tenía cincuenta y cinco años, muchas responsabilidades y no quería un escándalo en la rancia sociedad catalana. Nacido en Girona, casadísimo, con cuatro hijos y un alto cargo en banca. La indiscreción en la caja de la estrella pasaba factura. Hasta que un día me citó en la misma cafetería en la que habíamos comenzado a tontear. Yo tenía preparado mi cierre infalible.

Mar no pregunta. Sabe que se lo va a contar.

—En estas ocasiones —continúa Begur—, lo más limpio es hacer pensar a la otra persona que la ruptura ha sido idea suya. Digamos que es la cara B de la charla de arranque. La decantación del «No eres tú, soy yo». Pero, para mi sorpresa, me quedé con la palabra en la boca. Sin ejecutar mi afectado jaque mate: «Amor, no quepo en tu vida».

—¿Y qué pasó?

—Pues que hincó la rodilla. Imagínate el cuadro. Y yo le dije que no, claro. Nunca necesité un hombre para hacer mi vida. Le dije que no por la unilateralidad de ese romanticismo absurdo de los hombres, pero, sobre todo, porque quería que tomara esa decisión sabiéndolo todo acerca de mí. Algo que nunca le había contado a nadie.

Begur es mejor que Sherezade. Maravillas no quiere dormir nunca.

—¿Compartes conmigo tu secreto?

—Tuve un bebé hace muchísimo, Mar. Una personita a la que

nunca llegué a conocer.

Los ojos de la aristócrata se enturbian. El ambiente animado del camarote se apaga. Como al ingeniero, le abruman las situaciones que no sabe gestionar. No le pregunta por el bebé. Tanta intimidad la anula.

—Pero al final todo acabó bien.

—Si por acabar bien entiendes que fuimos felices y comimos perdices la respuesta es sí. Mucho. Lo fuimos.

—¿Qué te hizo aceptar su propuesta?

—Su empeño. Albert renunció a su vida, a su patrimonio. Enturbió la baronía. Sus hijos le dieron la espalda. Tan solo conservó un par de propiedades en Alcossebre, una de ellas próxima a la cala Mundina.

—Conozco esas casitas con vistas al faro de Irta. Son hermosas.

Piensa en Begur y en su amor de película. En Germán y en Cruz, y en si alguien la ha querido alguna vez así.

Está llorando y ni siquiera lo sabe. El recuerdo feliz del faro de Irta la persigue. Mar llora por una baliza de regreso a casa que ya no es.

—¿El barón fue tu faro?

Niega con la cabeza.

—No, cariño. El de Alcossebre es diseño de la brava Lorite.

Ríen.

Begur siempre ha sido su propio faro.

24

19 de julio de 1976
Seveso

La evacuación por la nube tóxica había comenzado al día siguiente de la conversación con Stefano. Tan solo para los residentes de la zona A.

Livia decidió huir.

Seveso había escapado de la delimitación arbitraria de las zonas contaminadas por milímetros. Un caos irrespirable lo invadía todo. Personas corrían de un lugar a otro por el trazado errático del pánico. Prisas, carreras confusas bajo el sol entelado. Un campesino suplicaba al operario de una camioneta que le llevara consigo. El conductor, un astronauta de mono blanco, guantes, máscara antigás y gafas de protección, ni siquiera le miró. Estaba demasiado ocupado trasladando gallinas y otros animales de corral agonizantes a una montonera. Allí, otro cosmonauta los introducía en bolsas herméticas para ser incinerados. La protección de los técnicos contrastaba con la vestimenta de los vecinos: mujeres en falda con las piernas desnudas, pieles infantiles devoradas por el sarpullido, al descubierto de los pantalones cortos.

Una mujer enorme arremetió a la carrera contra Livia y casi la hizo caer sobre su maleta. Avanzar no era sencillo. Livia trataba de

abrirse camino entre una turba a contracorriente. Una muchedumbre se dirigía hacia el ayuntamiento y la arrastraba con ella. Un megáfono atronaba, en algún lugar, dando órdenes contradictorias.

Se iba, dejaba Seveso.

Tras hacer el equipaje y despedirse de sus padres salvó los metros que la separaban de Clara. Tenía poco tiempo, el autobús partiría en minutos. Aun así, Livia trató de convencer a su amiga para que huyeran juntas. No se había atrevido a confesarle la verdad sobre su estado, pero si de algo estaba segura era de que ninguna debía permanecer un minuto más bajo la nube amarilla. No quería pensar en el efecto que tendría el veneno que respiraban sobre las nuevas vidas en curso.

Cuando logró alcanzar la casa, jadeante, la encontró saliendo por la puerta.

—¡Qué bien que has venido! —dijo Clara—. Nos vamos al ayuntamiento. Michele dice que van a indicarnos cómo proceder.

—Clara, esto es un desastre. —Dudó, agitada—. Me voy a Milán. Me marcho con… con Stefano.

La miró confundida.

Sabía que le debía una explicación. Sus padres jamás habrían transigido a que se marchara a vivir con un hombre, ni siquiera en aquellas circunstancias. Livia se anticipó:

—Sé lo que estás pensando. He dicho en casa que me voy a Milán, que dormiré durante unos días en la trastienda de Via Montenapoleone. Mi afección respiratoria se está agravando, así que no me han hecho demasiadas preguntas.

La madre se había rendido. Tosía demasiado. Hubiera preferido conservar a su hija pequeña. Las *mammas* de Seveso se aferraban a la tierra y a la familia. Livia había escuchado que se avecinaba una profunda descontaminación de los cultivos y un sacrificio masivo de

animales de granja, pero la información llegaba con cuentagotas. Mientras tanto, los vecinos se aferraban a salvar cuanto podían. El día de su marcha, la madre trasegaba en el huerto tratando de conservar alimentos y proteger los conejos contados que habían sobrevivido milagrosamente. Las pérdidas se estimaban millonarias, pero si les quitaban ese pequeño terruño y el corral entonces qué. Su padre se había encerrado desde la explosión en el pequeño taller para no pensar. Sus manos lo hacían por él. Pero los ingresos de aquello apenas daban sin el complemento de los frutos de la tierra. La preocupación los hacía envejecer por momentos. No se quedaría para ver eso.

Al salir por la puerta, su madre se había limitado a abrazarla fuerte y a susurrar a voz en grito: «Cuídate, hija, cuídate».

—Clara, tienes que venir conmigo.

No dijo nada.

—Stefano está de acuerdo. Nos apretaremos.

Su amiga se tocó la barriga y la miró como a una extraña.

—Liv, estoy bien. Estaremos bien. No puedo dejar a Michele solo. Ya sabes que sin mí no sabe ni atarse los zapatos. Además, está haciendo mucho por Icmesa. Sé que la empresa nos lo recompensará de algún modo. Confío en ellos.

—¡¿Que confías en ellos?! La gestión está siendo desastrosa. —Su mente en la agonía de los animalillos del callejón, en las plantas mustias, los rostros arrasados por el acné de los niños. Su respiración aleteó. Los ojos doblemente llorosos por el vertido y por la despedida—. Si está afectando así a la vegetación, a los gatos… ¿Has pensado en cómo puede afectarle a…? —Le miró el vientre.

—A Davide. Ya tiene nombre. Este nacerá en enero y será tan fuerte como su hermano. Entiendo que te quieras ir tú, con esas toses y pitos, Liv. Pero yo… Además, tengo que cuidar de este.

El futuro hermano mayor de Davide se escondió tras las faldas de su madre.

—Y ahora, Livia, de verdad, tengo mil cosas que hacer. Están llegando los equipos de descontaminación. Medio pueblo está ya en el ayuntamiento, junto a la iglesia. La reunión informativa debe de haber comenzado. Michele dice que habrá autobuses para quienes quieran dejar sus casas en unos días, pero yo no me muevo de aquí. Esto es seguro. No estamos en la zona A.

Livia no dijo que también ella esperaba un hijo. Que ya iba para tres faltas. No pudo o no supo encontrar las palabras para expresar su terror. La vida que albergaba era, con certeza, del asturiano, de aquel español altivo que compró unos guantes bonitos para otra mujer. Ya no recuerda ni su cara. Solo sus ojos fríos, sus dedos delgados. Y un curioso anillo de oro.

Se tomaron de las manos.

—Prométeme que me llamarás todos los días —dijo Clara.

Entrechocaron sus frentes.

—Y tú a mí. ¿Tienes para apuntar?

Buscó un papel y un lápiz de punta exánime. Le resultó fácil hallarlos en aquella casa espartana. Le dictó el número que su amiga anotó sobre el papel manchado de aceite. Los lamparones de la pobreza. La lentitud de Clara era exasperante. Aquella mujer de veinte años apenas si sabía escribir. Liv tomó el relevo, nerviosa. El tiempo apremiaba. Tenía que llegar antes de que el autobús a Milán partiera sin ella. Escribió también la dirección de Stefano.

—Por si cambias de opinión. Sois bienvenidos, todos. —Le tendió el papel.

—Apunta una última cosa.

—Dime.

—Pero…

—Que lo escribas.
Lo escribió.
—Con mayúsculas.
—«Yo, Livia Ferrante, me comprometo a volver».
Lo anotó con mayúsculas.

25

Tres días antes de la tragedia

El Embryo continúa surcando los cielos. Los minutos transcurren laxos como en un país en el que siempre es verano. Hace horas que Mar le ha perdido la pista a Germán. Cuando ha regresado de pasar la noche con Begur, ya no estaba.

La conversación con Sherezade le ha sentado bien. Maravillas se ha rendido con la primera luz del alba. Ondea la bandera y depone las armas cuando surcan el Canal de la Mancha. Hace lo que cree que se espera de ella.

Firma el divorcio. Deja la segunda copia del documento sobre la almohada.

Faltan tres días para llegar a Lakehurst.

Ha pasado el resto del día deambulando por el dirigible, caminando para recuperar la calma tras el numerito de ayer con Germán. No es sencillo. El mar tiene memoria. La espuma de la resaca, en la cresta de las olas.

Después de comer, pasea a la espera de una nueva oportunidad de

adueñarse del cuaderno. Las ideas crecen entre los dedos de Savaté como la levadura. Begur le explica que ha sido visto en cubierta, en la sala de exposiciones y admirando las vistas con Hans Acevedo y su nefrólogo. También charlando con algún que otro Afortunado, como Aurora Mengual, la catalana del sari. Incluso ha intercambiado palabras amables con Germán en el casco interno de la aeronave. Habla y escucha. Y escribe, escribe. Todo ello supervisado por Patricia Aguilar, que, con cara de fastidio, no entiende una palabra de lo que anota. Se lo cuenta con naturalidad mientras disfrutan del té en su sala favorita. Sobre el regazo de Begur, un ejemplar de *La ratonera*. Parece tan obsesionada con Ponce como la propia Maravillas. A Poquet le enternece la permeabilidad de la aristócrata a la belleza.

—Tiene los ojos amarillos por la ictericia. —Habla de Hans Acevedo—. El pobre casi no ve. Los riñones de ese chico están al borde del colapso. Tengo entendido que no le queda mucho… En cambio, no sé, Ponce parecía emocionado al contármelo. Como si fuera detrás de algo, lo conozco…

Paladea su té. El instinto de la baronesa le dice que algo terrible está sucediendo a bordo del Embryo y que él está dispuesto a desenmarañarlo.

—No es la única persona a quien le encanta jugar a los detectives, baronesa. —Mar señala la novela de Agatha Christie.

—Todo ese dinero… —Cambia de tercio Begur, misteriosa—. Esos pobres padres. Y el chico se les va ante sus ojos. La salud es lo único que no se puede comprar.

Ninguna de las dos sabe entonces cuánto yerra.

Mar endulza su té humeante. La profecía de azúcar se desparrama por el platillo.

«El azar baila con el final en el último baile».

26

—Soy un imbécil —dice cuando Mar regresa.

La habitación, lejos de estar ordenada, presenta un aspecto bastante aceptable, aunque nada está en su sitio. Germán se encuentra sentado sobre la cama, cabizbajo. Oculta algo a su espalda.

—Coincido.

Le tiende un ramo de flores absurdas. Naturales. Hermosas como todo lo efímero.

Mar ni parpadea.

—¿De dónde las has sacado?

—Las he robado para ti.

Mar se imagina a un Germán cuadriculado yendo por los búcaros del salón principal, afanando la cantidad justa de cada centro para que nadie repare en su delito botánico.

—Si te viera tu madre…

La complicidad, a pesar de todo, sigue ahí, palpable. La conexión. La soledad. El deseo. Fueron tres años muy intensos y fueron felices. Lo justo para recodarlo con amargura. Con las flores en la mano, la asusta el cañón de luz que va cogiendo temperatura en la comisura de sus labios.

—Me da mucha vergüenza que me veas así.

—Las pondré en agua.

Obvia preguntarle si esos episodios con el alcohol se repiten con frecuencia. Si su madre, la directora retirada del ambulatorio de Begoña, sabe de la deriva de su hijo. Si siquiera Cruz está al corriente. Germán ya no es su problema.

—¿Sabes? Mi madre te continúa odiando —dice él.

—No es ningún secreto. Madre médica, padre ingeniero; nunca llegué a encajar en tu familia de cuento…

Germán no quiere discutir. Contra toda lógica, está en ese zepelín voluntariamente. La invitación fue una sorpresa mayúscula, sí, pero una vez superado el pasmo inicial decidió aprovechar la señal definitiva que llevaba trece años esperando. Pasar cuatro días con una mujer que le habitaba como el espectro de una casa encantada. El último intento absurdo por recuperar lo que tuvieron. Lo había probado todo: borrar su rostro. Olvidar su orografía en otros montes de Venus. Muchos. Refugiarse en la alegría baldía de Cruz. Beber le ayudaba a olvidar que quería lo que anhela todo el mundo. La misma monotonía que a la vez se detesta. Pero, sobre todo, le ayudaba a irse a negro. El hecho de revolver el camarote buscando el acuerdo de disolución era solo fachada. Debía presentar algo de resistencia para que su plan resultara creíble. A Mar nunca le fueron los mansos.

—No eres la persona favorita de mucha gente, Mar. —Intenta hacer una broma. Da en el clavo: ríen—. A mi psicóloga tampoco le gustas.

Mar abre la boca de par en par. Germán descartó la ayuda terapéutica después de lo de Fukushima.

—¿Desde cuándo vas a terapia?

La primera vez que entró en la consulta no fue como esperaba. Acudió el día que Mar le citó en la cafetería del Grao. Necesitaba gestionarlo. Nadie le había contado que, para que la cosa funcione, el tratamiento requiere de mucho trabajo. El principal: querer rehabilitarse.

Por la cara que traía, la terapeuta supo que lidiaba con un primerizo. Se lo puso fácil:

—¿Primera vez?

Germán dijo que sí.

—¿Y qué te trae por aquí?

—El pasado, supongo.

Si aquel hombre no ponía de su parte y ella tenía que seguir sacándole las palabras con sacacorchos, la sesión se iba a hacer muy larga.

Germán le habló entonces de la invitación del Embryo. De Mar, de Namie. De su regreso a Castellón, de los gritos. Del adiós. De su deriva desde entonces. De Cruz, de las otras mujeres. De la hipoteca, de una nueva vida a estrenar con unos hijos que no quería. Sueños que no olían a nada.

—¿Y vas a ir?

La mujer fingió indiferencia ante la epicidad de la misión de Germán y del trayecto: recuperar a una desconocida.

Cuando llevaban dos horas de sesión, pidió que le despejaran el resto de la tarde. Aquel hombre necesitaba ayuda de verdad. Jugar al gato y al ratón con una chantajista en lugar de confrontarla. En lugar de hablar con sus dos mujeres. Aclarar las cosas. Decir la verdad.

En aquellas condiciones, un paciente tan voluble era una bomba cuyo temporizador había echado a andar. Un peligro para la mujer de apellido pequeño, y para sí mismo.

—Gracias por abrirte así, Germán.

—Ahora viene cuando me pones deberes.

La terapeuta asintió.

—No tan rápido. Quiero verte todos los días antes de que te enroles. Prométeme que vendrás.

Germán no dijo nada.

—Y, ahora sí, aquí viene tu pauta.

Se la dijo. No volvió más.

—Nah. Solo fui un par de veces, cuando se acabó lo nuestro. Hace mil años. No eres tan importante —bromea.

Maravillas le tiende un jarrón feo. Las flores son bonitas. Germán las coloca con mimo.

—¿Qué nos pasó? —Mar abre la caja de Pandora.

Germán se tensa. Encoge los hombros.

—Yo solo quería lo que tienen todos. No sé: recogerte a la salida del trabajo, pasear de la mano. Decirte «Te quiero» cuando lo sentía. Que tú también me lo dijeras.

Mar se muere por decirle las palabras mágicas.

Por decírselas a alguien.

Sus labios no se despegan.

—Supongo que me cansé de esperarte. De querer que sucediera algo bueno. ¿Sabes? Alivia vivir sin esperanza.

Lo sabe.

—Quizá teníamos algo bueno, Germán.

—Tú no sabrías identificar algo bueno aunque lo tuvieras delante. Esa obsesión tuya con triunfar, como el gran Ponce Savaté. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo lo miras?

«Así que eso es todo. A eso se reducía la escena de la otra

noche, el desbarajuste de la habitación». A Maravillas le desconciertan los celos de su marido. Le hacía felicísimo con la alegría naif de la guapa. Entonces recuerda por qué aquello naufragó. La convivencia infernal. La pasión extenuante. No es posible habitar el incendio.

—No es lo que crees —dice Mar, dolida.

Germán se le acerca. El jarrón se precipita por su manotazo involuntario. Una esquirla roza el zapato de tacón y una gotita de sangre, roja y perfecta, asoma por el tobillo de Mar.

—Lo siento muchísimo. —Se apresura con el control de daños. Se arrodilla. Levanta su falda ligera. Comprueba que se trata de un rasguño superficial.

—Germán, si esta va a ser la dinámica hasta que lleguemos a puerto…

—¿Ves? Interpretamos a la perfección lo que se espera de nosotros. El papel de un matrimonio que no se soporta.

El ambiente se destensa.

—Y respecto a Ponce…

—No tienes por qué darme explicaciones, en serio.

Mar agradece la tregua.

—Ah, Germán, una última cosa.

—Dime.

—Gracias por las flores. No hacía falta.

—Voy a por un recogedor. Me ha parecido ver uno en el armario de herramientas de aquí al lado —dice él.

—Sí, buena idea. Recoge este desaguisado antes de que nos cortemos otra vez. Voy a cambiarme —dice, distraída, y elige el atuendo para la segunda actuación de Arya Devant.

Por fortuna, la cena de esa noche no es de gala.

El desastre floral acaba en la papelera.

27

En la cocina del lujoso zepelín se ultima el ágape de la segunda noche a bordo. Como cada detalle, el menú ha sido cuidadosamente elegido por Monika Volkers. La recreación de las minutas del vuelo original del Hindenburg tiene que ser perfecta.

—Dicen que devora a los señores para desayunar.

—¿Quién?

—Arya Devant, quién va a ser. La diva de sonrisa triste, la del póster que me has obligado a colocar en la despensa. —Una imagen de una mujer de piernas formidables los sonríe con la mirada vacía desde el estante de los dulces. Es bellísima. En el cartel promocional la mujer luce suspendida, etérea, enredada en sus telas rojas—. El repostero en jefe del Embryo cierra el armario y se dispone a rematar su premiada *crème brûlée*. La misma que el pasaje a dieta dejará sin tocar en sus platillos de Limoges.

—Tú solo devoras pastelitos de Belén, envidiosa —dice el chico filipino—. Para las *bakla* como yo, la Devant es poco menos que una diosa. Así que un respeto para la reina del aire.

El repostero adora que su amante emplee expresiones en tagalo.

—Dicen que tiene una memoria prodigiosa y que la nemotecnia de sus números es tan sofisticada… El mismo don que la catapultó a la fama internacional ha sellado su desgracia.

—¿Qué desgracia? —El chef prefiere un buen chisme a los dulces lusos.

—A la muerte de su hermana pequeña. Sí, la ayudante que no salía en las fotos.

La ráfaga de una noticia lejana acude a la mente del portugués: la muerte de la menor de las Devant en un brutal accidente de tráfico. No sabría decir cuánto tiempo hace de aquel horror difuso. Tal vez dos años. Arya acababa de consolidarse en Estados Unidos y el incidente en una de las principales arterias de Los Ángeles abrió los informativos durante semanas. La cobertura no cesaba, primero, por el caos circulatorio; después, por el impacto en la vida de la *socialité* del momento. Hasta hubo redactores colándose en la iglesia. El auténtico drama quedó en ángulo muerto. El suspenso de la gira, la caída de una estrella. El lapsus de una mujer que resultó ser fatal. Su terapeuta le insistía en que nadie debe culparse por un accidente. Arya se mortificaba. Nunca se perdonó olvidar la fecha en la que Sira regresaba de aquella audición. La ayudante, además de encargarse del mantenimiento del atrezo y apoyar en los trucos de mentalismo simulado, perseguía sus propios sueños. Las malas lenguas ubicaban a Devant haciendo acrobacias con el marido de otra, en un hotel cercano al estreno al que había sido invitada. Nunca trascendió el nombre del autor cuya adaptación cinematográfica se estrenaba a lo grande, en letras de neón.

Cansada de esperar, tomó un taxi en el aeropuerto. El vehículo enfiló la I-405 North, justo saliendo del aeropuerto de Los Ángeles. Era tarde y apenas había tráfico. Sira pensó que estaba de suerte antes de cerrar los ojos.

El impacto se oyó a dos millas.

—Desde entonces —continúa el filipino—, trata de llenar el vacío que siente con cualquier espejismo de calor. Su mirada acuosa le da

ese punto, no sé, como… de animal herido.

El chef observa al portento del cartel y a su fiereza impredecible.

28

Cae la noche, por fin. Una vez disipada la tensión entre ambos, Maravillas y Germán hacen su entrada en el elegante salón. Él se muestra más relajado y le ofrece su brazo. Parece algo desmejorado, pero es el hombre más atractivo de la sala. En apariencia, ha aceptado su señal de rendición en forma de contrato y ha resuelto que pasen los días a bordo del modo más cordial posible.

Como en los cruceros, la disposición de los comensales de las mesas es la misma durante el trayecto. Alguien se ha tomado muchas molestias en cuadrar gustos, edades y procedencias para que esas pausas fluyan en armonía. Ese alguien ha sido Patricia Aguilar. Solo de pensar en toda esa carga mental, Mar la compadece. En cambio, a Begur le divierte contravenir las normas e ir saltando de mesa en mesa con su mirada de niña atrevida. Su intención es sentarse cerca de la mesa presidencial. Mirar de cerca al hombre de los ojos mercurios.

Maravillas decide dejarse llevar, por una vez. Arrastra en su cambalache de puestos a Germán. Ponce Savaté se suma al peculiar baile de las sillas. Supone que el guionista siente que con la baronesa deja de ser un personaje. Que no actúa, por unos instantes. Se siente a salvo. También con Maravillas Poquet, aunque no debería.

Aguilar los reprende sin pasión por el cambio. La improvisación no entra en sus planes. Desde ayer, a la mujer imperturbable se la ve tan encrespada como a su cabello. La vista huidiza, la ropa más holgada. Sin embargo, hay algo más que fatiga: es desencanto. Por su modo de mirar a Ponce, se diría que la perra fiel se dispone a morder.

La mesa de esta noche es divertida. Entre los comensales, un señor de Bhopal que no habla mucho y una diseñadora de Toulouse que habla por todos ellos. La velada es animada. Ríen. En la *crème brûlée* se acerca Aurora Mengual a saludar. Ponce Savaté tuerce el gesto ante la fanática de las letras que hoy no lleva sari. Y regresa a su papel de galán. Sonríe como un autómata.

—Buenas noches, querida.

—¿Qué me he perdido? —dice la del sari sin sari.

Le hacen un resumen.

—Hablábamos de las casualidades del destino —resume Begur.

—Me encanta.

—De lo que estábamos haciendo cuando decidimos embarcarnos aquí.

—Bueno, yo en realidad no hacía gran cosa —aclara la mujer—. Me llegó la invitación por correo certificado. Soy uno de ellos, de los Afortunados.

—No me diga —dice Savaté—. ¿Y en qué camarote se encuentra?

Se lo dice y Savaté escribe una información que conoce desde la noche anterior. Lo hace en la aplicación de notas de su teléfono. La libreta está a buen recaudo.

—Yo también soy un Afortunado —dice el señor que no habla.

—Y nosotros —dice Germán.

La energía de la mesa se carga de un modo extraño.

—También yo —dice la chica francesa.

Todos se miran. Ninguna de las caras de los agraciados, excepto la de Aurora, le decían gran cosa a Poquet.

Nunca ha seguido mucho las noticias.

—¡Qué mesa más densamente poblada por la fortuna! —Palmea excitada Begur.

Mar se revuelve, inquieta.

Tanta suerte le da repelús.

El guionista juega a desentrañar el punto de giro de la trama de sus vidas. Busca un nexo de unión. Comienza por enumerar las ciudades de residencia de los huéspedes:

—Tenemos entonces: Castellón, Bhopal, Toulouse y Jaipur. —Ponce pasa revista en busca de un patrón—. Y Madrid y Barcelona —se excluye—, que son nuestras ciudades, baronesa. Es decir, que somos afortunados de disfrutar de la compañía de esta mesa.

—Disculpa que te contradiga —dice Aurora Mengual, encantada de ser el centro de atención—. Yo vivo en la India, aunque soy originaria de Alcanar.

—¿Alcanar? —pregunta Ponce.

—Sois demasiado jóvenes, tal vez no recordéis la tragedia de Tarragona, la del camping de Los Alfaques.

—Cómo olvidarlo —dice Ponce.

El accidente del camión de propileno es uno de los accidentes químicos más graves de la historia reciente de España. Imposible olvidar aquellas imágenes de los setenta, todos aquellos cuerpos calcinados.

—¿Estuvo ahí, Aurora? —pregunta Begur.

—Sí, pero no recuerdo gran cosa. En 1978 tenía cuatro años.

Solo retengo ese terrible olor…

—Ese olor acre no se olvida. —Rajay Kumar muestra su mano deformada. Se la destrozó aquella noche mientras se abría paso entre el gentío que huía del desastre industrial más terrible de la India. Murieron tres mil personas. Desde entonces, Bhopal es sinónimo de muerte, y dice—: Regalo de Bhopal. Fuga tóxica de 1984.

Estupor.

—El olor y el color del cielo es algo que yo nunca pude borrar —dice la francesa—. Esa nube amarilla…

La afortunada de Toulouse les cuenta cómo sobrevivió a la explosión de la fábrica AZF, la misma que cambió la fisonomía de la ciudad para siempre. También les relata cómo se endurecieron las normativas sobre perímetros de seguridad en torno a fábricas de residuos.

—Toulouse. Accidente químico de 2001. —Alza la mano—. Presente.

La baronesa intenta decir algo. Ahoga sus palabras al entender que el destino está pasando lista. Silencia un nombre a medio camino. El de una ciudad que Maravillas no conoce, que no reconoce:

«Seveso», susurra.

No la entiende.

— Todas las mejoras de seguridad siempre llegan *a posteriori*. —Germán sabe de qué habla—. El tsunami de Japón sirvió para implantar nuevos protocolos en las centrales nucleares, sobre todo en los muros de contención contra el oleaje.

Todos se miran perplejos.

—Terremoto de Fukushima. Marzo de 2011.

Mar y Germán levantan la mano.

«Esta mesa es una gran falla del sistema».

—Presentes.

La curiosidad de Begur, con su inocente juego, ha hackeado el plan maestro de Volkers, que limitaba la coincidencia máxima de dos agraciados por mesa. No estaba previsto que los Afortunados hablaran entre ellos.

—¿Cuál es la probabilidad de que precisamente nosotros estemos a bordo del Embryo? —Mar rompe el mutismo—. ¿Nos han hecho creer que somos siete, pero a estas alturas podemos confiar en que eso sea cierto? ¿Cuántos más estamos atrapados en este vuelo?

Ponce la mira:

—Estamos obviando la madre de todas las preguntas, Maravillas.

—¿Y qué cuestión es esa?

—Para qué demonios os han reunido a todos aquí…

29

19 de julio de 1976
Seveso

En Seveso, Livia consiguió alcanzar el apeadero sin problemas. El diminuto autobús que la llevaría en línea regular a Milán estaba prácticamente desierto. El conductor reconoció a la usuaria habitual. Sin dejar de fumar, la ayudó con la maleta. No pesaba gran cosa.

Cuando se acomodó en el vehículo, el cochero dio el pasaje por completo: una artesana, un grupo de muchachos, un par de ancianos y una enfermera. Apenas diez personas. «Esto es todo», se dijo, y subió pesadamente con la colilla prendida entre los dientes. La normalidad persistía en no ser alterada. El tumulto, ser evacuado, pero pocas personas sabían que la línea con Milán continuaba en funcionamiento. Algunos, como vería a lo largo del trayecto, abandonaban sus casas acarreando los bultos a pie.

—En breve interrumpirán el servicio —dijo el hombre, lacónico.

El motor rugió con apatía.

Livia sintió un escalofrío. Pronto se complicaría burlar el perímetro de las zonas contaminadas. Intentó dormitar en vano los veinticinco kilómetros que la separaban de la capital. El silencio le ponía los pelos de punta, como si el puñado de ocupantes hubiera acordado contener la respiración al unísono. Demasiados problemas.

En unas horas, se encontraría con el menos importante: Stefano. Sabía que su ofrecimiento no era desinteresado.

Miró su muñeca. Con las paradas pertinentes, tardarían en alcanzar Milán casi una hora. Por la ventanilla, veía a los valientes del éxodo que no habían querido esperar las confusas directrices. Algunos de ellos llevaban pañuelos alrededor de la nariz y la boca para no respirar las partículas dañinas. Transportaban fardos grises, de colores difusos.

Sintió cómo su mente se aquietaba por el traqueteo, contagiada por la sensación del vidrio contra la frente. Poco a poco vistas más agrestes y amables tomaban el relevo a la vegetación devastada, al paisaje fabril. Sonrió con ternura.

Los Alpes, lejanos, acordaron regalarle un nuevo comienzo.

La puerta se abrió para dejar bajar a la enfermera en la Stazione Centrale. El chirriar del mecanismo la despertó. Se había quedado dormida, después de todo. La vista imponente de la estación contribuía a su sensación de irrealidad. El bullicio, el ruido y la alegría continuaban ajenos a la ruina de Seveso. La Stazione Centrale se erigía orgullosa ante sus ojos como el símbolo de la reconstrucción posbélica que era. La misma necesidad de pasar página, de progresar, que había llevado Icmesa a la Lombardía, una bomba de tiempo en una época donde el entorno era paisaje. Y el desarrollo económico, religión.

Cientos de personas, migrantes del sur en busca de prosperidad, salían aturdidos de aquellos trenes por la emoción paralizante de las nuevas promesas. De una vida por estrenar. El transporte continuó, zigzagueando entre una ciudad furiosa y viva, hasta la piazzale Cadorna. Solo un muchacho y Livia desembarcaron en la última

parada, cercana a la residencia de Stefano.

Tomó el tranvía hasta la casa del periodista. Tuvo que caminar unos metros cuesta arriba hacia el Parco Sempione. Alucinada, comprobó que el follaje de los árboles del parque continuaba siendo verde y que los pájaros trinaban. Cuando alcanzó el número sesenta y tres de la dirección manuscrita, se desfondó. Las fuerzas le vinieron justas para llamar al timbre. Por supuesto, Stefano no estaba en casa. Eran poco más de las cuatro de la tarde.

Se debatió entre ir a la redacción de *Il Corriere* o quedarse donde estaba. Stefano no debería tardar; sabía que era el día convenido para que Livia se mudara con él. Así que se dispuso a esperarle en los escalones de la entrada. Hizo un ovillo con el pañuelo de su cabello para apoyar la cabeza, sería su cojín, y se sentó sobre la maleta para proteger la falda.

La voz de Stefano la cogió por sorpresa.

Su alegría la esperaba.

Cuando el redactor la despertó, la noche no tenía luna.

30

Cuarenta y cuatro horas antes de la tragedia

El foco del escenario alumbra la mesa de la fortuna como un interrogatorio en busca de la verdad. Arya Devant busca un voluntario.

El agraciado es Ponce Savaté.

Los aplausos del público jalean el pasmo.

El guionista se dirige hacia la maga con paso vacilante. Sube al escenario. El truco de magia sienta bien a los comensales para centrar la atención en el lugar equivocado y reír un poco. Arya Devant, la prestidigitadora de talento formidable, se centra en la tarima de Ponce Savaté, con la mente en el misterio del Embryo. Le birla la cartera y el reloj con desparpajo mientras le susurra algo al oído. También el móvil y la tarjeta opaca que abre la habitación número treinta y nueve.

El espectáculo continúa vitoreado por la borrachera de risas contagiosas y Ponce regresa a la mesa. Arya desvalija a unos cuantos pasajeros más, incluida Volkers, quien no coopera demasiado.

La fama de la maga es absolutamente merecida.

Los objetos sustraídos son colocados en un enorme sombrero de copa, tras el escenario, y se conmina a las víctimas a recogerlos al

final de la noche para no entorpecer el curso del espectáculo. A continuación, Arya Devant sorprende con un majestuoso número de telas aéreas. Sus acrobacias son hipnóticas. Sus piernas dúctiles, como de vidrio soplado, crean figurillas inventadas a decenas de metros sobre sus cabezas. Las esculturas de cristal podrían quebrarse en cualquier momento por la terrible altura. Los espectadores contienen la respiración con expresiones aisladas de «Oooh» y «Aaah», como niños asombrados de circos antiguos. Los corazones palpitan a ritmo de redoble de tambor.

Maravillas aprovecha la coartada del encantamiento, sumado a las luces bajas, para escabullirse de su asiento. Algo le dice que Savaté es más listo de lo que parece: les lleva varios cuerpos de ventaja en la investigación del misterio de los Afortunados. «Quizá con el robo mate dos pájaros de un tiro y logre averiguar algo más». Sin ser vista, se dirige a la parte posterior de la tramoya, donde los ayudantes de Devant sueñan con irse a dormir. Las pertenencias del blanco de su talento están desatendidas.

El sombrero con la llave de Ponce está a centímetros de Mar. Otra clase de peligro la seduce. Desde su posición eleva la vista hacia las cabriolas de Arya. Su número es excepcional, y su equipo, descuidado. Intenta captar el truco de su baile con la muerte, pero no lo halla. Esa noche actúa sin arnés y, de cerca, las telas se ven deslucidas, quebradizas. Cualquier gesto podría costarle la vida. Los tejidos que la salvan podrían truncar al cisne vidriado. Aparta el mal presagio de una manotada. Se decide. Mete la mano en la chistera. Su conejo blanco es una tarjeta negra. El corazón desbocado. «¡La tengo! Tengo la llave de la habitación de Ponce Savaté». La Moleskine la llama.

La adrenalina le impide pensar.

«Calma».

Se acelera. Tiene que darse prisa: llegar al camarote, coger el cuaderno y estar de vuelta antes de que el número finalice para retornar la tarjeta. Por suerte, el salón se encuentra en la misma cubierta. Calcula que a Arya Devant aún le quedan unos diez minutos de piruetas mortíferas.

Llega con solvencia a la habitación del escritor. Introduce la tarjeta opaca en el lector. La luz verde parpadea. Está en la guarida del genio. El orden del camarote treinta y ocho la exaspera. Mira en derredor y le cuesta hallar el cuaderno. Está sobre el mismo mueble, pero en una posición ligeramente distinta. Es evidente que alguien ha accedido al contenido antes que ella. Aún no lo sabe, pero la vida le brinda la resolución del que será el primer asesinato del Embryo en bandeja. Savaté despierta un sinfín de apetitos, pero solo su talento aplaca el hambre de Mar.

El cierre del mecanismo brilla con el resplandor sobrenatural de su deseo. Sostiene la Moleskine. Sus manos tiemblan y se le precipita de entre los dedos. Los segundos transcurren raudos. Las piernas le fallan. Se sienta en la butaca junto a la entrada y teclea el código memorizado:

27042023

La misma combinación que desbloquea el teléfono.

No pasa nada.

Vuelve a intentarlo.

«Agua».

El cierre de seguridad cumple su cometido. Diseñado ex profeso por un suizo amigo, resiste a los embates de Poquet. Similar al de los diarios de su adolescencia, solo que sin llave, el candado joya

parece inexpugnable. Solo se abrirá con el código exacto. El mensaje del *display* es claro: último intento. Sin embargo, Ponce Savaté es Ponce Savaté, y sabe que el ego es el mayor de sus enemigos.

«Piensa, Mar. Piensa».

El tiempo se agota y quizá sea la última oportunidad de echar un ojo a su cabeza, de saber cómo piensa, antes de que lleguen a destino. Solo faltan cuarenta y cuatro horas. Hace repaso mental. Una vez descartadas las fechas de su boda y el nacimiento de su hijo, hitos de sobra conocidos por las entrevistas que colecciona, insiste con la misma data. Sabe que está tan obsesionado con el éxito como ella. Y que celebra cada paso. Con su superventas *La luz más vibrante* se le abrieron de par en par las puertas del mercado internacional.

De pronto, una corazonada.

Último intento.

Invierte el orden de las cifras de lanzamiento de su novela fetiche.

32024072

«Bingo».

Los ojos sedientos de Maravillas recorren las páginas de aquel oasis. Sin embargo, no hay nada. Solo dunas. La libreta de Ponce está prácticamente vacía. Le cuesta entender. Toda aquella pose afectada, la actividad frenética… Y de pronto comprende que los rumores acerca de la etapa baldía del escritor son ciertos. Hay muchos dibujos, eso sí, y unas cuantas anotaciones aquí y allá. Bosquejos de zonas del Embryo, retazos inconexos que no logra identificar.

Frenética, pasa las páginas, nada a simple vista que valga la pena. Mira el reloj, menos de cinco minutos para que todos

aplaudan a Arya. Saca su móvil y fotografía cada página. Quizá pueda ampliar los detalles y estos la catapulten a una gloria en diferido. Escucha unos pasos. Los nervios la traicionan. Cree que es Ponce que está de regreso. «Dejaré las últimas páginas para luego». Sale espantada de la habitación. El caminar vacilante pasa de largo y, con él, la presión desaparece, pero la peor decisión ya está tomada: se ha llevado la libreta consigo.

Llega justo a tiempo para ver cómo Arya celebra las mieles del éxito. Entra por la puerta opuesta, los pesados cortinajes de terciopelo rojo la protegen, y regresa la tarjeta opaca a la chistera en el momento en que los voluntarios suben a por sus pertenencias. Mar se incorpora a la mesa con el cuerpo del delito en el minúsculo bolso. Germán la mira con la cabeza en otra parte. Los ojos brillantes por el alcohol.

—Estoy cansada. Me quiero ir a dormir —dice Mar.

—Te acompaño.

«¿Me acompaña? ¿En serio?».

Le concede treinta minutos. Mar ha alegado la necesidad de un baño tranquilo; sabe que su desnudez le perturba. Treinta minutos: es el tiempo del que dispone para fotografiar las páginas restantes y devolver la Moleskine sin testigos.

Baja hasta el camarote veinticuatro. El propietario no bajará a esas horas al pabellón de servicio. En la seguridad del compartimento de Mar y Germán, introduce la combinación. El cuaderno se abre a la primera. Fotografía las páginas que quedaban. La tensión eléctrica vuelve a bajar, como el aviso de una salva que ignora. Cuando sus ojos se aclimatan de nuevo a la iluminación, consigue dar con una

especie de patrón en la esquina inferior de cada plana de la libreta. Una suerte de matrícula por cada apunte en un código inventado. «Así que el pequeño ególatra sí es creativo, después de todo». Última foto. Su teléfono está a punto de apagarse por la ausencia de carga. «¡Maldita sea!». Necesita apuntar. Rebusca entre el caos de la habitación. Abre el bolso. Un puñado de azucarillos salen a su paso. Busca lápiz y papel. No encuentra nada donde anotar. Se desespera. La libertad sale a su encuentro: el acuerdo de divorcio está donde lo ha dejado por la mañana. No quiere invalidarlo, causar más daño a Germán y a su ridícula novia. Sin embargo, escribe lo que ve, con trazo vertiginoso, en el dorso de la última página. Le aterra cometer un error. No poder consultar el enigma, sin las instantáneas completas, cuando tenga que regresar la Moleskine a su dueño. Copia de la fuente con los ojos achinados, como en trance.

Esto es lo que ve:

SYLL1VYRYM_T€∞QØP_YM1HS∞K∞F_Y3 -> 42

NYMREG_SYLSYC_YM1HS∞K∞F_Y3 -> 42

Y1V1L_€TNYRR€F_Ø5€V€S_04

€NN€1L∞J_∞Y€RØM_€S∞ØL∞ØT_54

ØRR∞C_ØR1€P_Y1X∞M_32

YRØR∞Y_LY∞GN€M_RYNYCLY_63

YYJYR_RYM∞K_LYPØHB_14

???ØN1TS€DNYLC_Ø1RØTYRØBYL

«¡¿Qué mierdas es esto?!».

Hay símbolos subrayados y una última línea envuelta por un remolino profundo. El guionista ha trazado círculos tan virulentos que su inquietud ha traspasado las hojas. No tiene tiempo para averiguarlo.

«Germán ya está aquí».

Guarda los misterios bajo el colchón y se atrinchera en la ducha. Mientras el agua humedece su cuerpo firme, confía en que Germán se duerma rápido y pueda regresar a la primera cubierta.

El deseo está de su lado.

Las acrobacias entre Arya y Ponce, a tenor de sus miradas, le darán unas horas de margen antes de que perciban la falta.

31

Unas horas antes
Embryo

Esa misma mañana, Hans Acevedo ha sufrido una nueva crisis. Su vida languidece. Los riñones del chico están comenzando a fallar y la presidenta de la fundación ha reunido de urgencia al equipo médico. Las caras son graves en el laboratorio fantasma.

—¿Qué tenemos?

—Los tenemos a todos, señora. —El portavoz pasa lista a la sucesión de ciudades malditas—: Toulouse, Muxía, Fukushima, Alcanar, Bhopal, Casón, Tianjin, Seveso y Durban.

Volkers traslada la enhorabuena a su equipo.

Ernesto Acevedo se muestra más crítico con los Afortunados provenientes de un puñado de ciudades que no sabría ubicar. Sus pupilas grises parecen tener vida.

—Yo cuento nueve localidades, doctor Nanshan. ¿Cómo puede ser? ¿No necesitábamos a siete sujetos?

—Sí, son nueve ciudades, pero es probable que haya más de un pasajero por ciudad. O personas que, debido a la movilidad geográfica, hayan nacido en uno de los puntos de interés y ahora vivan en otra población. Eso no podíamos saberlo *a priori*.

Acevedo achina los ojos.

—Verá, presidente —continúa el director médico—, el número siete es un concepto simbólico. Era la muestra mínima de donantes compatibles para poder encontrar a la Vaca. Al realizar el procesamiento de plasma del pasaje al completo, incluido el personal de a bordo, hemos averiguado que hay más individuos compatibles. Ha sido una sorpresa.

Lo que comenzó siendo un mero trámite, dotar de credibilidad a la extracción masiva, una condición universal para que las cuatrocientas personas pudieran acceder al zepelín, ha resultado sumamente útil para la localización del donante.

—No contábamos con eso. Nos ha llevado más tiempo procesar todas las muestras, pero ha valido la pena.

—¿En qué sentido?

Acevedo parece confuso.

—La fundación cursó más de veinte invitaciones a personas compatibles con Hans. De cara al exterior, nos beneficiaba que muchos de los Afortunados con el billete fueran de países en vías de desarrollo como China, la India o Sudáfrica, entre otros. Ya sabes, Ernesto, todas esas estupideces sobre paridad, integración de personas racializadas, etc.

Ernesto Acevedo suspira.

—Lo sé.

—Cursamos dos decenas porque contábamos con que no todos los Afortunados accederían a embarcar, que no cumplirían algún requisito. O habría mercadeo con las invitaciones, pasajes falsos, Afortunados que no querrían someterse a la analítica…

Y así fue. Cinco personas abandonaron el Embryo entre grandes alharacas por incumplir las exigencias médicas. Volkers parece leerle la mente. Son muchos años de matrimonio.

—De los pasajeros, solo un Afortunado compatible fue

expulsado. La gallega coincidente con el Heredero dio positivo en el test de antígenos.

—Una gran pérdida —dice el hombre de las gafas—. Por suerte, hay muchas más coincidencias.

—Hablaba de sorpresas, Nanshan…

—Sí. De esas nueve ciudades con doce individuos compatibles a bordo, hay un nombre propio y dos personas emparentadas genéticamente.

Acevedo desecha el segundo argumento. Es fácil que viajen hermanos o familias acaudaladas que quieran vivir juntos la experiencia completa. Se vio en el Titanic, también en el Hindenburg. Pregunta por la primera premisa:

—Pues sorpréndame.

—Ponce Savaté ha resultado ser compatible.

La mirada de Monika Volkers se congela de pavor.

—No me joda, doctor Nanshan. Ese petulante no puede ser la Vaca.

La pareja sabe que si Savaté fuera sacrificado en pleno vuelo eso dificultaría mucho las cosas. No es lo mismo hacer desaparecer a un paria de un país ignoto que al escritor del momento. A la llegada al aeródromo de Nueva Jersey habrá un ejército de cámaras internacionales cubriendo el aterrizaje. Demasiados interrogantes. ¿Cómo extraer el cuerpo? ¿Cómo justificar ante su familia y la prensa internacional que una estrella se había volatilizado durante el trayecto?

—Eso haría peligrar la operación en su conjunto —dice Monika con un hilo de voz.

—Siempre podría sufrir un accidente. Caerse por la borda, no sé. Los accidentes ocurren…

—No sería muy creíble, un cuerpo sin ni una gota de sangre

llamaría la atención —sentencia otra doctora.

Miradas de pánico.

—No se inquieten. —Nanshan apacigua los ánimos—. Ponce Savaté no es la Vaca.

El matrimonio se desfonda.

—Pero sí hay algo que me preocupa del escritor.

—…

El médico se toca las gafas.

—Verán, su comportamiento ha sido reportado como errático. Al parecer, está haciendo demasiadas preguntas sobre el azar. Las casualidades… Creemos que está a punto de dar con el nexo de unión de los Afortunados, y eso no ha podido hacerlo solo.

—¿Un topo?

—Sí. Alguien le está suministrando información desde dentro.

—Tiene sentido —dice Monika—. Me han llegado rumores de su estúpido cuaderno.

Ni la mente más creativa podría soñar con lo que sucede a bordo. Sin embargo, Savaté es un tipo listo.

Ernesto zanja la conversación.

—Hablaré con seguridad para que se anden con ojo. Tenemos que dar con la rata. —La mirada de Acevedo se ensombrece—. Y respecto a las notas del escritor…

Nada enerva tanto al poder como la divergencia.

Monika se adelanta al edicto. Tiene que proteger a Ponce. Es una estupidez, lo sabe, pero continúa prendada del guionista.

—No te preocupes, querido, de ese bloc me encargo yo.

Sabe a quién recurrir. A una mujer mágica de memoria prodigiosa.

32

12 de agosto de 1976
Seveso

El sonido de una ejecución es algo que no se olvida.

La descontaminación de las tierras de labranza de Seveso había comenzado. También las ejecuciones masivas de ganado intensivo: cabras, cerdos y vacas. Ese sonido.

Lóbrego, rítmico.

Livia seguía las noticias por la RAI. Temblaba con cada detonación del percutor de aquella granja. El zumbido sordo que acababa, una a una, con la vida de aquellas reses. Los animales se desplomaban como fingiendo un desmayo cuando el metal penetraba en sus testas. La pistola neumática no cesaba.

—Por favor, apaga eso —dijo Stefano—. No lo mires.

—No me protejas, haz el favor. Quiero ver qué dicen sobre la manifestación del domingo. Es inconcebible lo que está sucediendo.

La tensión social iba en aumento por la terrible gestión de la tragedia. El gobierno local, probada su inoperancia, fue relegado por el central, quien tomó el mando. Se rumoreaba que al sacrificio de ochenta mil animales les sucederían otros, no exentos de controversia: las interrupciones terapéuticas para las gestantes de las zonas contaminadas. No había cifras oficiales, se hablaba de

cuatrocientas mujeres. Un terremoto emocional para un país católico y pacato que santificaba la maternidad sobre todas las cosas. Donde el aborto era ilegal.

El noticiero mostró un plano aéreo con una zanja inacabable en el que una excavadora se disponía a sepultar centenares de vacas en hilera mientras los operarios preparaban una solución de cal viva con la que sellar la gigantesca fosa común.

—De la manifestación del domingo ni una palabra. —Livia se peleaba con el televisor—. Van a cargarnos también con la decisión. Acusarnos de no querer seguir con esto, o, en caso de querer continuar, de hacerlo bajo nuestra responsabilidad.

—¿Sabes qué vas a hacer? —Stefano caminó de puntillas para no despertar al elefante de la habitación.

—¿Con el niño? —Livia llamaba a las cosas por su nombre.

Le tenía aprecio a Stefano, pero que la tratara como a un jarrón chino le resultaba exasperante. Su concepción paternalista del amor hacía que un futuro juntos fuera poco probable.

—Claro que no. ¿Cómo hacerlo? Solo te he hablado a ti del embarazo…

Livia matizó su crispación:

—Nunca he querido ser madre, Stefano. Al menos, no ahora. No sé… Quiero vivir. Trabajar. Ver mundo. Quizá, más adelante, estudiar. Ser alguien.

—Veo que ya has decidido, entonces.

Puso los ojos en blanco. Había dejado de ser divertido tener que explicárselo todo a aquel chico listo. Los primeros días en el apartamento ínfimo habían sido soportables. El periodista trabajaba casi todo el día fuera de casa y, al regresar, encontraba a una Livia agotada en la cama. Como buen caballero del sur, durmió en un sofá destartalado al comienzo. Poco a poco, fueron encontrando acomodo

en el colchón. Después, la postura. La juventud desesperada y el vívido deseo hicieron el resto. Los ojos de Stefano, esa mirada limpia de desamparo, la devolvían al punto de partida. Su enfermedad pulmonar había mejorado y ambos sabían que la convivencia estaba tocando a su fin.

—No, *caro*. En la vida no todo es blanco o negro. No sé si me gustaría formar una familia más adelante. —Estaba siendo sincera—. Depende de tantas cosas…

—De encontrar al hombre adecuado.

«No, por favor, no sigas por ahí», y atajó:

—Desde luego, el español no lo es.

Al italiano le aterraba la idea de que Livia pudiera localizar al padre.

—Quiero decir —se aclaró la garganta— que si tú quisieras… Ya lo sabes. Yo, Liv, yo… podría aprender a querer a ese hijo.

—Eso no puedes saberlo, Stefano. Lo hemos hablado mil veces. No sabemos nada del desarrollo del bebé. Qué efectos tendrá la contaminación sobre mi organismo. Han sido muchos días…

Él bajó la mirada. Las alteraciones eran más que probables. Las secuelas persiguieron durante generaciones a los niños del sudeste asiático: la generación napalm. No, no podría garantizar que pudiera amar a un crío así. Nadie podría. Admiraba a Livia por su fortaleza. La entereza de las cuatrocientas mujeres de una Italia católica y rural que debían enfrentarse a su conciencia, sus familias y su libertad. Que atravesaban idéntica tesitura. El gobierno había articulado «la excepción»: la posibilidad de someterse a interrupciones del embarazo terapéuticas, voluntarias y gratuitas a las residentes de las zonas catastróficas, con independencia de lo avanzado de su estado. Los archivos documentarían interrupciones desgarradoras a escasos días para llegar a término. Italia contenía el

aliento. La histeria se abría camino. Enfrente, la intransigencia como un muro. Los designios de un dios del Antiguo Testamento. Los hombres tomando decisiones sobre los cuerpos de las mujeres.

—Lo que proponen es eugenesia. El holocausto de la pobreza. Borrar el rastro de su ineptitud, colocando la espada de Damocles sobre nuestras cabezas. Si nos deshacemos del niño, ellos han ganado. No habrá engendros sobre sus conciencias. Los monstruos seremos nosotras por no acarrear la incertidumbre. La duda, al fin y al cabo, de saber si la criatura vendría sana a este mundo.

—Tienes que contárselo a Clara. Quizá su postura te ayude.

Stefano ignoraba que las amigas ya habían hablado.

Sus vecinos estaban decididos a acudir a la protesta antiabortiva del domingo, a pesar de las restricciones de movilidad.

Clara había decidido.

Livia sostenía la opción contraria.

Tenía que salir de Milán para proteger la vida de un hijo que no quería.

33

Unas horas antes
Embryo

Bajo las bombillas del tocador, las ojeras de Arya son tan profundas como el abismo. En minutos, su piel mejora por sortilegio.

—¿Problemas para dormir?

—Problemas en general.

Arya se muestra ocurrente para esconder su sorpresa. Es una maga de talla internacional, pero que Volkers haya pedido verla a solas la desconcierta.

Aún no lo sabe, pero tratará de reclutar su memoria. Se han citado en el camerino.

—Pues usted dirá…

—Por favor, tutéame. Tenemos casi la misma edad.

No la tienen.

Volkers es preciosa. Arya es joven.

—Pues tú dirás, Monika —repite.

—Todo el mundo está encantado con tus acrobacias, con tus trucos… Es sorprendente cómo haces desaparecer billeteras, llaves, relojes…

La presidenta recuerda cómo la desvalijó, incluyendo su brazalete, y ni siquiera sintió una ligera presión. La maga es

fantástica.

—Quería ofrecerte un contrato de larga duración.

Arya se tensa.

Monika Volkers tiene toda su atención. Desde que se retirara hacía unos meses tras lo sucedido con su hermana, los promotores han sido benévolos con las cancelaciones, durante un tiempo. Después, las grandes giras cesaron. Nadie quería tratar con una artista inestable que, además, se negaba a realizar su número estrella: el truco nemotécnico de las Devant. Arya conserva su fama y renombre, pero la purpurina apenas llega para financiar su tren de vida. Su actuación en el Embryo iba a suponer un punto de inflexión en su trayectoria. Monika conoce su desesperada situación. Que Ponce intercediera ante Monika para su fichaje cobra, de pronto, todo el sentido. Sabe que la tiene contra las cuerdas.

—Si el vuelo del Embryo funciona, sería un honor contar contigo en próximos itinerarios. Serías, digámoslo así, nuestra intérprete residente. Un contrato en exclusiva durante dos años para esta línea y para las otras tres que planeamos para Latinoamérica y Asia. Como sabes, en las economías emergentes hay un gran nicho por explorar: el mercado del superlujo. ¿Qué me dices?

Volkers juega con cartas marcadas. Arya Devant aún no puede ver el truco.

—¿Artista residente?

Por el tono, ha caído en la trampa.

—Así es. Pero antes…

—Necesitas un pequeño favor. —Arya quiere conocer la letra pequeña.

—Algo sencillo. Solo que pongas tu memoria a trabajar.

—Sabes que ese número ya no está en mi repertorio, Monika.

—¿Y si tu memoria pudiera salvarle la vida a Ponce Savaté?

El escritor es importante para ambas mujeres. Por motivos distintos.

—Ahora mismo solo quiero ver muerto a ese imbécil.

Volkers le tiende una cifra en una tarjeta.

Duda. No tiene muchas más opciones.

—Este es el importe por los dos años, entiendo. —Arya contiene su júbilo.

—No, querida. Son tus honorarios por actuación.

—¿Qué tengo que hacer?

—Saber qué se lleva entre manos Savaté con su libreta.

—¿Solo eso? ¿Pero tengo que robarla?

—No, con que memorices el texto será suficiente.

Arya continúa maquillándose cuando Volkers cierra la puerta. Es el turno de los labios. Su boca se expande elástica porque la misión ya está cumplida. Hace horas que ha abierto ese cuaderno. Dar con la combinación fue un juego de niños. Tuvo acceso al código la primera noche con Savaté, aquella que le hizo pensar que debía dosificarse en cuestiones amatorias.

Volkers ha contratado a un zorro para cuidar de su gallina. Sin embargo, sale ufana a la reunión con su marido donde conocerán la identidad de la Vaca. El comité de sabios los aguarda al completo.

—Tenemos al sujeto y el camarote.

El laboratorio contiene la respiración.

—Es una persona que ha estado en dos puntos calientes de la lista de catástrofes —explica Nanshan—, y además es cien por cien compatible con el Heredero.

Una vez descartado Ponce, la madre de Hans rompe a llorar.

Su marido le besa el pelo.

—¿En qué cabina está la Vaca?

—Cerca de aquí, en el camarote veinticuatro.

—¿En el casco? —pregunta Acevedo, confundido—. ¿Ha resultado ser un empleado?

—No exactamente, señor. El Afortunado compatible estaba alojado junto a su pareja en el primer piso, como todos los pasajes de primera. En algún punto de la travesía cambiaron de estancia, desconocemos el motivo. Ahora la Vaca se ubica en la zona inferior del Embryo.

—¿Puedo ver su expediente?

—Monika, no lo hagas. ¿Qué ganas poniéndole cara?

El hombre de las gafas escurridizas le tiende la tableta donde figura la documentación. La genetista se lleva una mano a la boca. Lamentará la muerte del Afortunado.

Es una persona inteligente. Acevedo también ve la foto. El parecido del sujeto le regala un viaje en el tiempo a una tienda de la Via Montenapoleone. Juguetea con su sello de oro. No había vuelto a pensar en aquella italiana desde los años setenta.

La practicidad se impone a la conmoción del empresario. Una consecuencia improbable está a punto de salvarle la vida a su único hijo.

La fortuna está de su lado.

—¿Cuándo comenzará el proceso de trasvase? —pregunta Acevedo.

—En unas horas, esta madrugada, cuando todos duerman, mientras cubrimos el último tramo del Atlántico Norte.

34

Treinta y nueve horas antes de la tragedia

La Vaca continúa ajena a su condición de ofrenda en su habitáculo.

Maravillas abre un ojo. Se despereza feliz en ese instante previo en el que la vida aplasta. No sabe cuánto tiempo ha transcurrido desde que simulaba dormir. El cansancio también la ha vencido. Mira el reloj. El tercer día a bordo del Embryo despuntará en unas horas. La adrenalina regresa a su mente como una descarga. Tiene que devolver el cuaderno antes de que la descubran. Le asquea el olor a sal de las sábanas, caldeadas por su sudor. Se viste deprisa, con el sabor de Germán en el cielo del paladar. Sus besos de gin en la nariz.

La habitación está fría. Bastó una mirada para incendiarla.

Germán, tumbado sobre la cama, no apartaba la vista ni sus ganas del cuerpo de su mujer.

—Creo que aún no te he dado las gracias por esto, Mar. —En su mano, el acuerdo que los alejaría definitivamente.

No advirtió las anotaciones del documento.

—Ven aquí. Charlemos un minuto.

Tras la ducha, se sentó en una esquina. El colchón se hundió, un

poco, por su presencia. El albornoz se deslizó gentilmente por su hombro dejando un seno al descubierto. Se cubrió con un gesto instintivo. Su esposo la detuvo con una naturalidad antigua. Germán notó la respiración agitada y eso le encendió. Había pasado parte del espectáculo ahogando su frustración. El alcohol desenredó los afectos. Posó la mano en la cintura de Mar, en el nudo suave del cinturón de la bata. Mar lo miró perpleja. Jadeaba porque, hasta hacía un segundo, y ya no, lo único que quería era ganar tiempo para huir de allí. Pero no podía escapar del deseo, de la atracción gravitatoria de un hombre al que había amado demasiado. Se sorprendió encharcada cuando Germán le acarició los muslos. Un escalofrío la erizó. Sus pechos enhiestos le invitaron a continuar.

Se detuvo. «¿Sigo?».

—Sigue, por favor.

Él recorrió su piel como el camino de regreso a casa. Ella hundía sus manos en su cabello de fuego. Le clavó las uñas. Promesas que herían más que garras. El amor los embistió con urgencia. Con el fervor de quienes vengan su soledad con la lengua versada de un extraño.

Germán tiene un descanso inquieto. Habla dormido. Jerga eléctrica que nadie entiende. Habla de fuegos de san Telmo. «Los fantasmas nos alcanzan en sueños», piensa Poquet.

La libreta de símbolos imposibles descansa bajo la cama. Afortunadamente, está en la parte de Mar, la más cercana a la salida. Entre el somier y la superficie mullida en la que han jugado a ser otras personas. Allí está, la palpa. Germán vira y busca su abrazo. Como en Namie. Antes de que el tsunami arrasara sus vidas de mentira. Su anatomía imponente le aplasta la mano, la atrapa.

Los dedos de Maravillas, cogidos por sorpresa, crujen y se quejan. Con el brazo libre llega a hacerle carantoñas por la espalda. Eso siempre le ha tranquilizado. No sabe cuánto tiempo transcurre. Con firmeza y decisión consigue hacerle girar, hasta que su corpachón rueda sobre sí mismo como un bendito. «¡Lo tengo!». Se hace con el maldito cuaderno.

Sale después de arropar a Germán.

Ya está en el distribuidor de servicio. El Embryo todavía duerme. Solo intuye al personal, que en breve se distribuirá por el crucero como ninjas invisibles. En unas horas servirán el desayuno. Toma la escalera que da a la primera cubierta. Como era de esperar, se ha desorientado. Mira a derecha e izquierda con la respiración agitada. Nada. No se ubica. Con las prisas se ha dejado el plano que Pat Aguilar colocó en las habitaciones para evitar ese tipo de situaciones ridículas. El Embryo es un laberinto. Oye el chirriar de unas ruedas y el corredor se llena de un aroma a café recién hecho y bollería cara. Una evocación a la pastelería de su infancia agranda la sensación de irrealidad. Decide seguir la pista al carrito de desayuno que se dirige a uno de los alojamientos relevantes de primera. Sigue a la persona con sigilo, que no repara en su presencia. Lleva auriculares. El empleado, un joven filipino, se desvía a la izquierda, ella sigue a la derecha. Desde su ubicación divisa el salón donde Arya Devant les robó la atención. El comedor, en silencio, ahora parece otro. Los rayos de sol entran por el vitral y juegan con los cristales de las copas. De nuevo, aparece el terror de la anticipación y se amontona ante la pregunta: ¿cómo retornar el cuaderno si la habitación está cerrada? La parte optimista de su mente reza por que esté entornada, como en el primer intento fallido de hurto.

Le sorprende su entusiasmo. El gozo le ha sentado bien. «Germán me sienta bien», piensa mientras sobrevuelan el oeste de Cornualles.

La belleza de las islas Sorlingas anuncia el punto de no retorno.

En minutos, el pasaje se adentrará en la negrura del Atlántico Norte y estarán solos. El sol comienza a ganar terreno e ilumina tangencialmente las ventanas. El aroma a café despierta al salón. Las ruedecillas del trasportín chirrían como un pensamiento intrusivo. Una premonición de azucarillo:

«La suerte juega con el destino, y nosotros somos sus fichas».

El sol ilumina ahora las telas durmientes de Arya Devant.

Una presa invertebrada en una tela de araña.

Llega tarde, la actividad del tercer día le pisa los talones. El sonido de los ruedines le recuerda que tiene que devolver la Moleskine. La lucidez le hace enfocar el escenario en su ruta al camarote treinta y ocho.

Es entonces cuando repara en la figura de las telas que penden del techo. Fija la vista en el garabato del juego del ahorcado.

El muñeco pende a baja altura.

La claridad le da de lleno.

Entonces, Mar puede verle la cara.

La marioneta sorprendida en una misión imposible es Ponce Savaté.

Un grito desgarrador rompe el silencio y la calma.

Le cuesta reconocer su propio aullido. No es consciente de la gravedad de la situación hasta que la libreta del muerto se le cae de las manos con estruendo. El candado estalla. El cuaderno del escritor asesinado se abre ante Maravillas Poquet.

El pánico al folio en blanco la señala.

—Señora, ¿está bien? —dice el director de seguridad del Embryo.

El filipino del carrito exasperante ha dado la voz de alarma.

El salón no tarda en llenarse de viajeros somnolientos de las cabinas próximas. Entre ellos, distingue a una Begur en pijama.

Sin tiempo a reaccionar, cuatro hombres del dispositivo de vigilancia rodean a Mar. Uno de ellos le cierra el paso.

—Me temo, señora, que tendrá que acompañarnos.

TERCERA PARTE

35

15 de octubre de 1976
Milán

Las manifestaciones se sucedían una tras otra. Protestar a voz en cuello era poco menos que un deporte en Italia. No servía de gran cosa. Sin embargo, los italianos seguían rebelándose por el caos en la gestión del desastre químico. Livia discutía a gritos con el informativo. Las excavadoras limpiaron a dentelladas Mena, también su Seveso natal. Después, los sedimentos contaminados se almacenaban en enormes cubetas. El proceso, tras el sacrificio masivo de reses, era hipnótico.

—Esto es una pantomima.

—¿El qué exactamente? —dijo Stefano.

—La descontaminación. ¿Dónde meten esa tierra? ¿En bidones? Si son toneladas, Stefano, toneladas…

La gestión de la empresa suiza del desastre natural se podía calificar de muchos modos, el más aproximado: opacidad.

—Mis padres están desesperados. —Los nudillos de Livia, blancos de furia—. Todo su terruño, sus animales de corral, y ahora destrozan los pastos, las tierras de labranza de la comarca entera…

Stefano se dispuso a abrazarla. Su mirada le detuvo. Ya por entonces, Biagi le resultaba insufrible. Su estado lo volvía demasiado

protector. Esa devoción, disfrazada de condescendencia, estaba llevando a Livia al límite. Su estadía en Milán no era sostenible después de tantos meses. Nadie creía ya que dormía en la trastienda de tejidos de Montenapoleone. Su afección respiratoria remitía y, según los noticieros, las circunstancias ambientales habían mejorado en Seveso. Tenía que seguir adelante, aunque su madre y Clara la necesitaran más de lo que se atrevían a confesar. Su amiga había sucumbido al pánico y había aceptado someterse a «la excepción». La RAI, en cambio, se cuidaba muy mucho de hablar de aquella terrible circunstancia.

—Hay una nueva protesta este domingo —dijo Biagi.

—No vendrá nadie. Cada vez viene menos gente. Ya han transcurrido casi cuatro meses desde la explosión. La gente se ha olvidado. Continúa con sus vidas.

El redactor no estuvo de acuerdo:

—En *Il Corriere* dicen que esta va a ser de las gordas. Se están organizando las personas de las diferentes zonas afectadas, los desplazados. Vienen de todas partes, de Seveso, Meda, Cesano, Maderno, Desio, Barlassina…

—Sí, Michelle, el marido de Clara, está organizando la protesta, muchos vienen caminando.

—¿No estarás pensando en acudir, Liv?

Le miró con desapego.

—Stefano, estoy embarazada, no enferma.

—No pinta bien. El sindicato de Icmesa se está alineando con otros colectivos ecologistas, feministas, médicos y partidos progresistas. Los ultras de Democrazia Cristiana están caldeando el ambiente. La marcha no dispone de autorización. Habrá disturbios.

Era de esperar. La aprobación de las interrupciones por parte de las autoridades lombardas en algunas poblaciones sí y en otras no

estaba generando mucha crispación. El pánico, la histeria y la vulneración de derechos tenían al país dividido y consternado. En las décadas sucesivas, los archivos hablarían de centenares de mujeres afectadas. La vergüenza, la falta de trazabilidad y la desaparición de numerosos expedientes harían que únicamente se documentaran veintiséis casos de mujeres desesperadas en los archivos oficiales. Demasiados, en cualquier caso.

El domingo llegó de improviso. Se dirigieron a la piazza del Duomo a la hora convenida. Livia se congratuló al ver que en el punto de encuentro no cabía un alfiler. Eran decenas, miles de personas. El ambiente se caldeaba en la fresca mañana de octubre. El cielo gris, como tristón, a punto de abrirse sobre sus cabezas. Entre tanto, la muchedumbre se agolpaba tras la cabecera de la protesta. En la pancarta, podía leerse en italiano JUSTICIA PARA LA LOMBARDÍA. Los manifestantes llegaban exhaustos y sucios desde diferentes puntos de la plaza, agotados tras haber caminado cuatro, cinco, seis horas desde diversas localidades afectadas por el desastre industrial. Los unía la plenitud de estar exigiendo lo correcto, pero, sobre todo, el desamparo ante una burocracia laberíntica y corrupta que retenía las ayudas económicas para recuperar sus vidas. Stefano había quedado con el fotógrafo del periódico para cubrir la marcha. Estaba allí con ella, sí, pero estaba trabajando. Su equidistancia con la inmoralidad puso punto final a su relación para siempre. Lo personal es político.

La marea de personas comenzó a avanzar lentamente como movimientos estudiados de serpiente. Imposible caminar en dirección contraria, decidir otros pasos que no fueran los de la furia. Las horas transcurrían veloces; los pasos, lentos. Ciudadanos anónimos escupían y maldecían al paso de los desarrapados, los

paletos suburbiales, aliviados en parte de que la desgracia pasara de largo. Preferían criticar, no sumarse, mirar hacia otro lado. La crispación iba en aumento. El estallido se produjo cuando ambas cabeceras finalizaron la una frente a la otra en la misma localización. Complicado distinguir las caras intercambiables de la gente. La cólera, los rostros rojos de filete crudo. Hasta que Livia reconoció el que le helaba la sangre. El de Clara. A su lado en primera fila, sosteniendo la pancarta de Democrazia Cristiana, estaba su madre.

Que estuvieran en bandos contrarios era, quería pensar, un escollo salvable. «*Mamma*!». El megáfono con el alegato final de los conservadores acalló su saludo. Clara persistió en su gesto infantil, sincero. También lo hizo Livia y la pancarta se le escurrió, dejando a la vista su figura preñada. Se miró el vientre, pillada en falta. Los ojos de su amiga siguieron el mismo camino. Y entonces Clara lo supo. Un pensamiento se convirtió en certidumbre y la vergüenza de su amiga la delató ante los ojos de la matriarca.

Livia no escuchó la decepción de su familia en forma de insulto. El pasmo parecía haberle arrebatado la audición. «Putana», decían sus labios, sus gestos, todo su ser. Lo repetía sin volumen como una muñeca rota, olvidada por la merienda. Al coro de la acusación estúpida se unió la esposa de Michele.

«Putana».

«Putana».

«Putana».

El resto de los manifestantes corearon el lema en un contagio fervoroso de ira, acostumbrados a que prendiera cualquier consigna, como lo habían hecho las anteriores.

«Putana».

«Putana».

«Putana».

El cielo se abrió.

Sobre su cabeza, la Foster adolescente de aquella película americana.

Aquel desencuentro fue el detonante que necesitaba para escapar de Italia, de Stefano, de sí misma. De una sociedad que la asfixiaba, que la juzgaba, que se le quedaba pequeña. La mayoría de edad de las mujeres había cambiado de los veintiuno a los dieciocho recientemente, pero en un entorno rural aquel detalle no importaba demasiado. Livia podía decidir legalmente lo que le viniera en gana. Sin embargo, ninguna ley era tan poderosa como el juicio de la costumbre.

—Tengo que salir de aquí. Ahora que mi familia sabe lo del bebé, querrán que regrese —dijo ya de vuelta, en el estudio de Stefano Biagi.

—Pero tú, Liv, ¿qué quieres hacer?

Livia Ferrante no tenía ni idea de lo que quería hacer con su vida. Solo deseaba echar el tiempo atrás y no haber conocido jamás a aquel hombre. El español de pupilas vivas y sello de oro que entró en su tienda y la invitó a cenar.

—Solo sé que no quiero condenar a esta criatura a una existencia como la mía. En una aldea agraria sin el futuro de la tierra. No quiero que se críe como yo, con los míos.

Livia obviaba lo evidente: el terror a cuidar de un bebé imperfecto cuando no se sentía capaz de ocuparse de sí misma.

—Puedes acudir al mismo médico que Clara… Puedes acogerte a «la excepción».

—Tu imparcialidad me quema en las tripas, Stefano. Tus jefes del diario deben de estar satisfechos al ver cómo comulgas con las

nuevas consignas. El eufemismo que usáis no es más que eugenesia.

—No decidir también es decidir —dijo ofendido Stefano—. Sabes que quiero a ese bebé como si fuera mi hijo.

Estaba decidida a salir de Milán con o sin la ayuda de Stefano Biagi. Comenzó a recoger sus pertenencias y sus ahorros breves. Tenía dinero. Poco, pero de algo tenía que servir haberse empeñado en continuar en la tienda para aportar la mitad de los gastos.

—¿Me ayudarás?

Él guardó silencio.

Solo cuando se convenció de que cooperar era la única vía para no perderla, le habló de Antonio.

36

Treinta y ocho horas antes de la tragedia

—Señores, aquí no queda nada por ver. Por favor, vuelvan a sus aposentos.

Es lo que único que alcanza a escuchar Maravillas Poquet antes de ser conducida a un habitáculo para ser interrogada. Su cautiverio le ahorra el descenso de Savaté.

Liberar al guionista de las telas no es sencillo. Son necesarias tres personas para desenredar su cuerpo exangüe con la delicadeza de un centurión romano. El nerviosismo es incontrolable. Tanto que Volkers teme un estallido del pasaje a bordo.

Se desconocen las causas del deceso. Sin embargo, los viajeros intuyen el diagnóstico mortal: asesinato. Ese pensamiento sobrevuela las cabezas de los viajeros como una persistente borrasca.

«El asesino está aquí. El asesino es uno de nosotros».

El miedo es una enfermedad contagiosa.

Y, en cuestión de segundos, el Embryo tirita de frío.

Un golpe sordo encoge a Volkers. Es el sonido de un fardo al precipitarse sobre el escenario. Ponce, acostumbrado a enredar

tramas en la ficción, ha protagonizado una salida de escena excesiva. Uno de los operarios ha resuelto cortar por lo sano y rasga la cuerda. Una solución eficiente para ocultar el cadáver de la vista del pasaje. Aislados, no tenía sentido esperar a que el juez de guardia decretara el levantamiento del cadáver, ya en destino. En el aire, la realidad es mucho más prosaica: necesitan el salón para los próximos servicios de comidas. No pueden confinar a los pasajeros indefinidamente mientras dure la investigación.

Hasta hacía un segundo, el cuerpo de Ponce yacía dislocado entre las telas acrobáticas y las cuerdas de la tramoya que controlaban pesos y contrapesos, incluyendo el mecanismo del telón principal. El origen del supuesto accidente estaba por determinar, pero era obvio que se había precipitado desde una altura considerable y que, al caer, una de las cuerdas se había enmarañado alrededor del cuello. Cuestión de mala suerte. Si hubiera vencido hacia cualquier otro ángulo la caída desde el falso techo, a tres metros de altura, quizá se hubiera limitado a un esguince o a algún hueso roto. En cambio, la gravedad, unida al sistema de poleas ahora inutilizado, había hecho el resto asfixiándolo sin remedio.

Monika observa cómo Aguilar, conmocionada, se apresura a tapar a su amante con un cobertor. Ponce Savaté parece ahora un niño muy pálido que finge dormir en una postura incómoda. A su lado, una pelota de piel en la que nadie repara. Algunos objetos del número de Arya acompañaron al guionista en su caída. El jefe de seguridad y sus centuriones trasladan en una camilla plegable los restos de Ponce Savaté. Lo hacen en silencio, con un respeto ceremonial que no sienten. Lo depositarán en la cámara frigorífica del laboratorio clandestino del casco, donde Nanshan le practicará la

autopsia. A escasos metros, se encuentra Mar Poquet para ser interrogada.

La fundación necesita los resultados de Nanshan como el respirar, algo a lo que asirse para calmar al pasaje. Los ánimos están caldeados, no es prudente descartar un motín. Un espejismo de control que les permita construir el relato. Pero, para eso, precisan tres cosas: la causa de la muerte, el móvil y una cabeza de turco.

—¿Y bien? —pregunta Volkers tras el examen del doctor Nanshan.

—Ha muerto por hipoxia. Asfixiado.

A Volkers le tiembla el labio.

—¿Podemos saber la hora aproximada en que ocurrió?

—¿Se encuentra bien? —dice Nanshan.

—Perfectamente.

Un escalofrío controla sus movimientos.

Alega frío. Es la pena.

—La temperatura del bazo nos dice que sucedió en torno a las dos de la madrugada.

Monika se aproxima al cuerpo de Ponce, tantas veces recorrido, y le acaricia el pelo. Reprime el instinto del beso en su cabeza. Ve la herida abierta. Y se limpia sobre el pantalón unas motas imperceptibles de polvo, se diría que de arena.

—¿Y esto? —Señala la brecha.

—Sí, al parecer fue golpeado desde atrás por un objeto romo. Quizá el impacto le causó la pérdida de equilibrio. Después, el instinto le hizo bracear, con tan mala pata que se tropezó con el cable del telón, que accionó a su vez el contrapeso y quedó atrapado en una tela de araña.

—Tuvo muy mala muerte —concluye el jefe de seguridad.

Nanshan coincide. Se ajusta las lentes.

—Sí, porque el asesino pudo haber evitado su muerte, de haberlo querido. Este pobre tardó mucho en morir. Dos, tres minutos.

Monika toma una gran bocanada. Le falta el aire.

—Es horrible.

—Sí. Debió de estar pataleando en el vacío, luchando por su vida, a un palmo del escenario. Quien fuera que provocó su caída con su ataque podría haber bajado y haberle librado de su agonía, pero simplemente no quiso…

—Entonces, descartamos la muerte accidental.

El hombre asiente.

—Tuvo que ser alguien a quien Savaté conocía bien. Porque no vio venir el golpe.

—No tiene por qué. Puede que simplemente fuera alguien que le tenía ganas. Ese tipo sabía cómo cabrear a la gente —dice el centurión.

—Sea como sea, el ataque le pilló desprevenido.

Volkers ve algo en la mirada de su hombre de confianza.

—Gracias, Nanshan.

El doctor se va. Quedan el matón, la presidenta y el cuerpo del delito.

—Pero hay algo más —dice Volkers—. Te conozco. Suéltalo, anda.

Su director de vigilancia se lo cuenta: están buscando el arma del crimen. Cuando lo hagan, tras el cribado y con el ADN de los pasajeros al completo, saldrán de dudas en cuestión de horas. Con todo, no le hace falta esperar y dice:

—La tonta de la habitación de al lado no ha sido, presidenta. El Embryo está plagado de cámaras y la señora Poquet estuvo con su marido.

—Eso no tiene por qué saberse ahora. Nos servirá para ganar tiempo.

—Tendremos que pensar en cómo deshacernos de dos cuerpos en vez de uno.

En treinta y ocho horas aterrizarán en Nueva Jersey. El truco de ilusionismo para burlar a los medios será digno de David Copperfield. Pero eso no tiene por qué decidirlo ahora. Quizá a los pasajeros los tranquilice oír hablar de los federales, pensar que todo irá bien, que la justicia hará el resto.

—Eso no es todo.

—…

—Creo que debería ver algo antes de que la prensa pregunte cómo se ha volatilizado este imbécil.

El hombre le muestra a Volkers el terminal móvil de Savaté. Debe de haberlo recogido sin ser visto durante la chapuza del descenso. Tiene la pantalla resquebrajada, pero continúa en funcionamiento mientras aguante la batería. El seguridad repite un gesto mecánico. Coloca el dispositivo sobre la cara cerúlea del guionista. El teléfono se desbloquea al instante y el esbirro bucea entre los álbumes de fotos de la galería. Sabe lo que busca. Entra en la colección de instantáneas protegidas con contraseña. Repite la operación del rostro. Y las imágenes se liberan. Allí aguardan un sinfín de fotos de mujeres hermosas. Clandestinas. Subidas de tono.

—Creo que las autoridades podrían concluir que el marido de alguna de estas bellezas tendría motivos para estar disgustado con este señor.

Volkers no sale de su asombro. Es evidente que ya no tiene secretos para su subordinado.

La presidenta se apresura a borrar el álbum llamado «M».

Deja, en cambio, las fotografías de una Arya Devant entregada.

«Nunca hay suficientes sospechosos». Mira cómo Arya también sonríe a la cámara convencida de su unicidad. Cuando intentó reclutarla para espiar el cuaderno, intuía lo evidente: que la maga era una de las amantes fijas de Savaté. El pálpito no le ahorra el zarpazo que las fotografías corroboran. La fecha de la primera imagen es mucho anterior al vuelo del Embryo. No puede saberlo, pero corresponde a una data muy concreta: la del accidente mortal de Sira Devant.

Le devuelve el teléfono al hombre.

—Gracias, déjalo junto al cuaderno recuperado.

—¿En su camarote? —Monika cabecea—. Descuide, limpiaré las huellas.

Con la muerte de Ponce, el pacto con Devant queda sin efecto.

Sería un placer comunicarle su despido. Cualquiera que fuera la conexión a la que hubiera llegado el amante de ambas ya carece de importancia.

El guionista se ha llevado la amenaza a la tumba.

El temblor no le deja pensar en cuánto se equivoca.

37

11 de enero de 1977
Barcelona

Los días en Barcelona se desprendían del calendario tristes e iguales. Hasta que el bebé se adelantó. Las bragas goteantes, el suelo empapado. El terror se apoderó de Livia Ferrante. Los huéspedes parloteaban a su alrededor.

Anheló el silencio cómplice de Antonio.

El viaje a Barcelona duró dos días y medio. Conducía Antonio, un camionero casado con una española que hacía la ruta Milán-Barcelona varias veces al mes. El primo de Stefano partía al día siguiente de la fatídica manifestación. La despedida de Livia fue torpe e improvisada.

—Te caerá bien, ya verás. No habla mucho —dijo el italiano.

Así llegó al Bonaventura. Un hostalito sin estrella donde compartir un cuarto escueto con otra chica embarazada. Esta de buena familia.

Benita, la Beni, con artículo, regentaba la suerte en el barrio chino de la ciudad condal. En ella, con la falsa contención de los píos, acogía a mujeres que estaban de reposo en cualquier otro

lugar hasta que su dolencia transitoria desaparecía. En las semanas que había estado allí, el trasiego de mujeres jóvenes, desoladas, aún perplejas, era una romería. Llegó a pensar que aquel negocio, y no la hospedería, era la verdadera fuente de ingresos de la Beni. Ferrante era demasiado joven para entender que pensiones cómo aquella pronto serían un anacronismo en una España hambrienta de libertad. Acertó con la Buenaventura. Se equivocó con Antonio. A lo largo de los meses, pudo comprobar que era un hombre bueno, parlanchín y jovial. En aquel primer trayecto, se dijo, prefirió no saber. Era más sencillo callar si el puzle de aquella italiana desafiante continuaba incompleto. Si algo había aprendido el primo de Stefano con el correr de los años era a no juzgar.

La vida no le había dado hijos a él y a la Beni. Sin embargo, dijo, tenían un montón de nietos a buen recaudo. Eso fue lo poco que logró sacarle en claro a lomos de aquel Pegaso. Adoraba ese camión. Le permitía alejarse lo suficiente para mantener a raya a la cordura. Consiguió tomarles afecto: al chófer, a la Beni, a las chicas, aquellas aves de paso. También a los huéspedes del Bonaventura, algunos ya habituales con los años.

Una de las residentes era quien le estaba secando la frente cuando el bebé tuvo prisa por salir. La acompañó a su cuarto. Estaba pálida.

—Te has hecho pis, Livia —dijo su compañera de habitación.

La Beni llegó alertada.

—*No és pixum, nena.* —dijo la Beni—. *Ja ve. La criatura està en camí. Au, va. Afanya't, dugues aigua calenta i unes tovalloles*.

Despertaron al doctor. Solo tenía que cruzar la calle.

Ferrante comenzó a rezar lo poco que sabía. A diferencia del resto de las aves, desconocía si su cría sería viable. Si llegaría sana,

con el plumaje completo.

El bebé no quiso esperar al doctor.

—*És una nena, Livia* —exclamó la Beni—. *Tens una filla! Està perfecta. I sana. És rodoneta i preciosa*.

—Enhorabuena, Liv —dijo la chica—. Tiene tu nariz de gaviota.

Se llevaron a su hija para asearla. Ella apartó la vista. Su amiga le retiró los cabellos pegados de la frente con cariño.

«Está sana».

Y, con la determinación con que se toman las malas decisiones, aceptó la propuesta de la Beni de no mirar a los ojos de su niña preciosa cuando se la devolvieron perfumada. La bebé insistía en no soltar su mano. Contó sus deditos de manos y pies. Veinte. Los volvió a contar. Otra vez, sumaban dos decenas. Después de todos aquellos meses de angustia y horror, la criatura era un prodigio.

—¡Lleváosla, quitádmela de encima! —Livia rompió a llorar.

Desde la cama, creyó escuchar a Benita en un castellano forzado. Hablaba con una casa cuna que obraba adopciones milagrosas por las que nadie preguntaba. Lo hacían a cambio de la voluntad de unos padres tan yermos como generosos. La niña acabaría en una ciudad con mar, le dijeron. Y eso consoló a Ferrante, un poco.

En su duermevela febril imaginó para su hija una vida mejor, que no tendría.

38

Treinta y tres horas antes de la tragedia

Hace frío en la sala. Y es extraño, porque la temperatura a bordo del Embryo es perfecta todo el tiempo. El olor también es diferente donde retienen a Maravillas contra su voluntad. La atmósfera está viciada. Una vaharada a herrumbre, a desinfectante, la pone en alerta. El laboratorio fantasma, ese que no viene en los mapas, está cerca. «Solo quieren aislarme. Asustarme», se repite Mar. Y les está funcionando. Intenta controlar la respiración, eludir el pánico, pero su corazón va a la suya, latiendo a todo lo que da. «Tranquila. Para. No tienen nada».

La fundación se aferra a un cuaderno violentado.

Intenta observar el cuartucho, sacar fuera la atención. Recorre la celda monacal. Ni un cuadro, ni un estante o planta a la que asir la mirada. Nada la salva.

Su situación es delicada: la de una cabeza de turco a quien colgarle un asesinato ante la prensa internacional. Savaté averiguó algo gordo sobre los Afortunados y alguien quiso acallarle. Pero ¿quién? Camina en círculos por la cámara sellada para entrar en calor. Mira sus manos, sus pies. Cae en la cuenta de que va descalza. Se alegra de que nadie pueda verla. Es fácil confundir desamparo con culpabilidad. Encuentra una banqueta en el centro

del cuartucho. «¿Ha estado aquí todo este tiempo?». No es necesario que los malos le hagan luz de gas, se basta ella sola.

«El capitán la informará del protocolo a bordo en estos casos», dijeron. No sabe cuánto tiempo ha transcurrido desde eso. Maravillas se desfonda sobre el taburete como un maniquí ingrávido de la Fea. El asiento es metálico y la gelidez la atraviesa a través de las nalgas. El vestido ligero con el que se vistió para escapar del abrazo de Germán no colabora demasiado. Tirita de frío.

Pasos airados.

Voces.

—¡No pueden retenerla aquí! Exijo ver a mi mujer. —Germán al otro lado de la puerta. Ha averiguado dónde la tienen.

—Germán, ¡estoy aquí!

No está solo.

—Esto es sumamente irregular —exclama Begur—. ¿Qué pruebas tienen contra esa pobre chica?

—Vamos a calmarnos todos un poco —dice Schäfer, autoritario.

La puerta se abre. Allí están Germán, Begur y el capitán, vestido de blanco. El uniforme consigue su propósito: atajar el conato de insubordinación con su potestad cegadora. Junto a Germán y Begur, un grupo incumple la norma del confinamiento en las cabinas. Como el marido de Poquet, buscan respuestas. Un dispositivo marcial de cuatro personas los invita a que regresen a sus habitaciones. Desde su encierro, Mar escucha las instrucciones: se ha convocado una sesión informativa en el salón principal a las ocho de la tarde. El almuerzo, como ha ocurrido con el desayuno, se servirá directamente en los camarotes. Una estrategia inteligente para ganar tiempo. La comitiva se aleja.

Mar echa de menos un mensaje edulcorado que le diga que todo irá bien.

Seis horas después, Germán y Begur han logrado que Schäfer entre en razón. Los tres han pasado fugazmente a visitarla al cuartucho donde Mar espera pacientemente. Tras un tira y afloja acalorado, acuerdan trasladarla a la cabina veinticuatro. Desde entonces, un guardia de seguridad custodia la entrada. Nadie debe entrar o salir hasta la sesión informativa. Sigue estando retenida, pero al menos está algo más cómoda en su compartimento. Germán y Begur se ofrecen como voluntarios a confinarse con la sospechosa.

Schäfer lo prohíbe.

—Me temo que eso no es posible, baronesa. Ya hemos hecho suficiente al aceptar desplazarla a su confortable estancia. Solo seguimos el protocolo.

—¿Y cuál es ese protocolo, si puede saberse? —pregunta Germán.

—Verá, señor Casals. El método en estos casos dice que se tiene que certificar la muerte de la persona a bordo y trasladarla a un lugar apartado. Algo que ya hemos hecho. Afortunadamente, disponemos de un espacio auxiliar en el casco, con varias cámaras refrigeradas. También de un equipo médico excelente, dada la rara condición de Hans Acevedo. Según la información de la que dispongo, es ese mismo personal el que está tratando de conocer la causa de la muerte del señor Savaté.

Maravillas calienta sus manos con un té ardiendo del hervidor de cortesía. Su calor y la presencia de sus aliados atemperan su ánimo. Toma un sobrecillo para aquietar sus pensamientos; el ritual la acompaña.

«La suerte es el arte de saber cuándo actuar».

Quiere gritar su inocencia, compartir el galimatías hallado entre las páginas del cuaderno de Savaté. Ponerlos sobre la pista correcta. Elige escuchar mientras sorbe el té en silencio.

—Pero ¿esa autopsia tendrá validez? —dice Begur.

—Nos enfrentamos a circunstancias de extrema gravedad, baronesa. No es momento de ponernos exquisitos con los tecnicismos. En este momento, mi prioridad como capitán es garantizar su seguridad y evitar que cunda el pánico. Por ahora, se ha procedido al levantamiento del cadáver, y, hasta donde sé, Nanshan ha realizado una inspección ocular para no destruir pruebas que pudieran ser objeto de una investigación posterior. Todo el proceso ha sido debidamente documentado.

—¿Por sus palabras entiendo que no es prudente descartar el asesinato?

—Me parece, baronesa, que ha leído demasiadas novelas de misterio. Le repito que, por el momento, nos hemos limitado a aislar tanto a los testigos como a los principales sospechosos —responde Schäfer.

—¿Sospechosos? —A Mar le sorprende el sonido ronco de su propia voz.

«¡No soy la única!», piensa. Quizá tenga una oportunidad después de todo.

—Estamos tomando declaración a los diferentes sospechosos. En cuanto nos sea posible, alguien interrogará a la señora Poquet, por supuesto en mi presencia. Por eso la hemos hecho esperar tantas horas en ese… habitáculo. —La mira—. Le pido disculpas, señora. La logística está siendo complicada y no tenemos instalaciones adecuadas para todos.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —tercia Germán—. Todos estamos impactados por lo sucedido. Lamentamos muchísimo la muerte de Ponce.

Su cara trasluce tensión y una pena sincera. No le caía bien el escritor, es cierto, pero nadie merece acabar así. Continúa:

—Pero seamos honestos, capitán. Savaté era tan talentoso como polémico. Pudo hacerlo cualquiera que tuviera un motivo y la oportunidad. Y mi mujer no tuvo ni lo uno ni lo otro.

La tensión puede con Poquet.

Solloza.

Schäfer trata de calmarla:

—No llore, señora.

—Mi mujer y yo estuvimos esa noche juntos. Preferiría no tener que entrar en detalles. Todo esto ya es bastante desagradable…

—Tendremos que comprobar el circuito cerrado de seguridad.

Todo apunta a que Mar salió en algún momento, pero Germán solo quiere protegerla.

—Por ahora tenemos aislados a tres individuos más como personas de interés. También al empleado filipino, como principal testigo del hallazgo del cuerpo. Son cinco en total.

—¿Podemos saber quiénes son los otros? —pregunta Begur.

—Arya Devant, la acróbata.

Aunque cualquier marido celoso o mujer desairada del Embryo podría haber tenido la ocasión, la lógica conduce a la maga. Es obvio que Ponce Savaté y Arya Devant se conocían. Quizá de algún estreno de las múltiples adaptaciones de sus novelas en Estados Unidos. Mar sospecha que tuvo que ser Ayra con quien estaba la primera noche que intentó robar las notas. Pero algo no encaja. Las inscripciones misteriosas cruzan su mente, como el fuego de san Telmo de un Germán que habla en sueños.

El capitán continúa desgranando sospechosos:

—Octavio Méndez.

Sorpresa.

—¿Tavo? ¿Octavio Méndez, el crítico literario? —Begur levanta mucho los brazos. Por su tono, es evidente que lo conoce. Es más,

que son amigos—. Por Dios bendito. Tavo no sería capaz de matar a una mosca. Nadie se toma en serio sus malas críticas ni la relación de teatrillo de esos dos. Quizá Savaté sí le guardaba rencor. Tavo no se portó bien con el tema del hurto en casa del autor. Pero ¿al revés?

—Algunos huéspedes fueron testigos de las amenazas de Méndez a Savaté en el vestíbulo del Florentin —explica Schäfer perdiendo la paciencia.

Begur lo recuerda vagamente.

—¿Quién es el último investigado?

—Arkady Volkov. Un empresario cercano al Kremlin, contrariado por el alarde de sus inversiones en Shevchenko, el yacimiento de tierras raras del Donbass.

Miradas de asombro.

—Digamos que Ponce Savaté, con su encanto para el placer y su ojo para los negocios cuestionables, ha cabreado a mucha gente.

Mar recuerda sus polémicas declaraciones en los Goya.

—Tenemos razones para creer que su apoyo a Ucrania pudo levantar ampollas en el Kremlin. Ponce sumaba millones de seguidores en redes.

Germán coincide:

—Tal vez alguien está queriendo enviar un mensaje disuasorio al resto de inversores europeos… Ya saben, los enemigos de los rusos son especialmente propensos a sufrir accidentes. Me temo que tienen mucho trabajo, Schäfer, con tantas hipótesis y líneas de investigación abiertas.

El alemán asiente, conminando a los acompañantes a salir.

—Y ahora, si me permiten, ya les he contado demasiado. Lo he hecho por deferencia porque creo que su mujer es inocente. Las pruebas contra ella son circunstanciales y tenemos cosas más graves

de las que ocuparnos.

Cosas como que la muerte del escritor haya ocurrido sobrevolando aguas internacionales, que ningún país tenga jurisdicción y que, cuando la señal de radio esté operativa, una crisis mediática y diplomática azotará al zepelín con más fuerza que una tormenta eléctrica.

Para eso faltan más de veinticuatro horas.

Sobrevuelan el Atlántico Norte cuando la puerta se cierra tras ellos.

Algo más serena, Mar solo puede pensar en la reunión informativa. Y en las horas de que dispone para descifrar los códigos del cuaderno mortal.

39

Veintisiete horas antes de la tragedia

La presión es como un émbolo que consigue que su atención se achate. Necesita pensar. Pensar con las manos siempre la ha ayudado a combatir su dispersión. Pero, antes, tomará un baño. Vaciar la mente para zambullirse en el enigma del Embryo.

Con el cambio de compartimento, perdieron en orden, pero ganaron en espacio. El espejo es enorme, y la bañera, considerable. La luna le devuelve un aspecto terrible. Se lava la cara. Repara en los carteles estridentes que ha visto en cada lavabo en todos los idiomas conocidos: NO APTA PARA EL CONSUMO. Otra paradoja del Embryo: tener agua en abundancia y no poder beberla.

Toma un botellín y comienza a desnudarse. La superficie del cuarto de baño es amplísima y la luna del espejo cubre prácticamente la pared frontal, en la que se observa. Fácilmente puede medir dos metros y medio, tal vez tres. El agua comienza a borbotar. La tina se llena con un calma lenta. La quietud no aparece. Hay una hipótesis que nadie maneja y que la sobrepasa. Que las razones para matar al escritor no sean exógenas —ni una amante ni una inversión que encolerizó a los señores de la guerra—, sino endógenas: su propio

talento. Sus guiones y escritos eran originales, sí, pero siempre tenían un punto de verdad. Era un observador nato. Sin embargo, hacía meses que no escribía una línea y eso no debía trascender. Así lo demostraban los garabatos de sus notas. Pasar por periodos valle es algo típico de los autores prolíficos. Un personaje de King atravesó por una circunstancia similar. No obstante, nadie se percató porque continuaba publicando obras durmientes en un cajón. La promoción y los tempos editoriales se encargaron de mantener la estela de su popularidad en plena forma. Quizá Tavo Méndez detectara algo así en Ponce y quiso desenmascarar su sequía. Y forcejearan. Y la muerte fuera fortuita, después de todo.

«No, eso no tiene ningún sentido». Ponce Savaté se había molestado demasiado en documentar su travesía minuto a minuto. En hacer dibujos de todo. Anotarlo todo. Recuerda haber visto trazos de escenas cotidianas de la vida en el Embryo, de la sala de vista panorámica y de otros espacios. Bosquejos de personas pretendidamente aleatorias a mano alzada. Lo que más le llamó la atención fueron las anotaciones fechadas meses antes de la travesía. Datas y lugares como el aeródromo de Castellón. Supone que, como muchos escritores, tenía el ritual de estrenar cuaderno con cada nuevo proyecto. Mar también lo hace. Quizá pensaba que la travesía épica daría para una novela. Una obra póstuma, en cualquier caso.

Se dirige a por el teléfono móvil. Poca batería y cero conexión con el exterior. Desentrañar este misterio será la misión de la más frágil de los aislados. Utilizará las horas en defensa propia. Mientras, la fundación impide que reciba más visitas que puedan comprometer la historia, modificar el relato.

El grifo continúa borbotando. El agua, subproducto del hidrógeno, se genera mientras vuelan. La circularidad del dirigible es la única verdad que les han contado.

La bañera está a punto de rebosar y cierra la llave. El cuarto de baño parece un spa. Sonríe triste, pero esta vez solo intuye una figura borrosa tensando los labios. La superficie está completamente empañada. Cierra la puerta para preservar el calor. «¿Por dónde iba? Ah, sí. Las fotografías del móvil. Y las notas sobre el convenio». Recupera el papel deslucido. Germán lo dejó sobre la consola. Su mirada en la última página. Allí están las inscripciones que ha copiado del galimatías de Ponce.

Las repasa:

SGLL1VGRGM_T€∞QØP_GM1HS∞K∞F_93 -> 42
NGMR€G_SGLSGC_GM1HS∞K∞F_93 -> 42
G1V1L_€TNGRR€F_Ø$€V€S_04
€NN€1L∞J_∞G€RØM_€S∞ØL∞ØT_54
ØRR∞C_ØR1€P_G1X∞M_32
GRØR∞G_LG∞GN€M_RGNGCLG_63
YGJGR_RGM∞K_LGPØHB_14
???ØN1TS€DNGLC_Ø1RØTGRØBGL

Las anotaciones siguen sin decirle nada. Hay ocho líneas de código. Duda de si serán suficientes para hallar un patrón. No llegó a repasarlo entero, quizá hubiera más inscripciones en las últimas hojas. Igualmente, sabe que es esto y no lo demás lo que le ha costado la vida a Ponce Savaté. Ha sido su curiosidad, el saber por qué cuatrocientas personas vuelan desconectadas del mundo en un truco efectista para la humanidad, lo que se lo ha llevado por delante. El porqué continúa siendo la cuestión más desquiciante de todas.

Llaman a la puerta.

Un terror frío recorre a Mar. Y, de pronto, lo sabe. «El

interrogatorio». Se ha engañado a sí misma. Sí, faltan seis horas para la reunión conjunta, pero antes deben tomarle la declaración grabada para las autoridades competentes, y, con seguridad, le confiscarán el teléfono. Que no lo hayan hecho desde el comienzo demuestra que ni siquiera la fundación estaba preparada para algo así.

La situación está descontrolada.

Los golpes secos se suceden. Elimina las fotografías de la galería, esconde el papel. Una llave maestra hace girar la manecilla del camarote veinticuatro. No llega a tiempo de vaciar la carpeta de archivos eliminados del dispositivo. Para sorpresa de Poquet, quien irrumpe en la habitación no es Schäfer ni los esbirros de Acevedo. Es una mujer de pelo frito y cara desencajada.

La persona que se cuela en la cabina es Patricia Aguilar.

«Viene en son de paz», se dice al verla. Lo expresa su lenguaje no verbal, su cara. Lo grita hasta la última punta abierta de su cabello. Lo dice:

—Vengo en son de paz. Quiero ayudar —aclara una vez se ha librado del vigilante de la puerta.

Cierra tras ella.

Mar desconfía.

—¿Cómo te han dejado entrar?

Le muestra un salvoconducto para circular libremente por el dirigible. Dadas las circunstancias, es papel mojado, pero no será Mar quien desacredite a quien una corazonada la sitúa de su parte.

—Le he dicho que me envía Volkers.

—¿Y se lo ha tragado? Se supone que estoy aislada hasta los interrogatorios.

La verdad es que no sabe qué pensar.

—¿Crees que ese imbécil de ahí afuera lleva un control de a

quién han tomado declaración y a quién no?

Sonríen con angustia cómplice. Tras el paripé de la investigación simulada, en unas horas Volkers explicará que la muerte del escritor ha sido accidental.

—Ya tengo el comunicado redactado —le cuenta Aguilar—. Eso sí, debemos ser rápidas antes de que venga el capitán. Ven, siéntate, tengo algo que contarte.

Toman asiento. Patricia lo hace sobre la colcha; Mar entrecruza las piernas en el suelo.

—Sé que robaste el cuaderno, Mar.

—Sí, fue una estupidez por mi parte…

—Y sé que has visto lo que anotaba Ponce. ¿Qué era?

Duda.

—Venga, coño, Mar. Estás aislada, retenida, ¿qué puedes perder? Estoy dispuesta a compartir contigo lo que sé. Tengo que perder mucho más que tú… Necesito saberlo.

«Es una de ellos», se dice, pero el humor negro de Aguilar vence sus resistencias.

—Lo que necesitas es vivir sin miedo —dice burlona.

La alusión a la charla de biblioteca las hace flaquear. Algo había cambiado entre las mujeres, la otra noche. Es sororidad.

Aguilar le ofrenda su revelación:

—¿Recuerdas cuando fuiste al camarote a robar el cuaderno?

Maravillas lo recuerda perfectamente.

—Pues, verás… Yo era la persona a la que Ponce estaba esperando.

Parpadeo. El camarote de Savaté parecía el metro en hora punta.

—No, tranquila. No es lo que piensas. No soy su tipo para nada. Yo soy, bueno, era, una de las confidentes de Ponce. —Suspira. Está convencida de que la Fundación Embryo es solo una tapadera y está

dispuesta a averiguar de qué. Toma carrerilla.

—Verás, meses atrás, yo aún estaba deslumbrada por el proyecto y me negaba a reconocer que había cabos sueltos.

Le habla del vuelo experimental en noviembre. Que Ponce había descubierto que a ese primer vuelo desde Castellón le precedió una prueba de carga estructural.

—Tiene sentido —dice Mar—, las anotaciones del diario comienzan por esas fechas.

—Pero eso no es todo.

—…

—Creo que en esa prueba aprovecharon para introducir entre la carga algo más. Algo letal.

40

Seis meses antes
Aeropuerto de Castellón

El trayecto desde Madrid al aeropuerto de Castellón había sido apacible. «Quizá si el simulacro de carga del Embryo acaba en hora pueda pasarme por casa a saludar». Patricia Aguilar añoraba la *terreta* más de lo que solía admitir. Una parada en boxes de una hija ausente que no supo encontrar el momento para llorar a su abuela. Lo hizo mal y en diferido, lejos de Artana. Aún no lo sabía, pero su renuncia silenciosa había comenzado cuando su persona favorita partió sin despedidas.

La publicista aminoró la marcha y disfrutó del último tramo de la CV-10. No importaba las veces que atravesara Cabanes: *El hombre avión*, la escultura excesiva del genio mediterráneo, siempre le arrancaba una sonrisa. La alegría infantil de Ripollés era contagiosa. Veinticuatro metros de altura y treinta y tres toneladas de acero y cobre la hicieron sentir como en casa. Aún en noviembre, la temperatura era más benévola que en la meseta.

Enfiló el punto donde había quedado con Ponce Savaté. En el contrato del guionista figuraba acceso ilimitado al dirigible, así como reuniones a demanda para satisfacer la curiosidad de un autor que fingía escribir parapetado en el rigor documental. El dirigible partiría

de Frankfurt en seis meses, pero antes debían testarlo. Muchas veces. Ese día, tendría lugar el primer test y vuelo experimental. Ponce había solicitado estar en primera fila.

Una vez superado el control de accesos exterior, observó cómo Savaté estacionaba de mala gana en el área de acceso restringido para vuelos privados. No podía continuar solo. Caminó unos metros y se subió al coche de Aguilar.

En la garita de vigilancia, Patricia mostró su credencial al volante y saludó con un cabeceo a una furgoneta de cristales tintados que aguardaba tras la baliza. No se conocían, pero el emblema de la fundación flanqueando ambas puertas le aclaró para quién trabajaba. A lo lejos, un dirigible blanco de proporciones bíblicas flotaba ingrávido como en un sueño sin nombre.

—¡La Virgen! ¡Es enorme!

El escritor que no escribía se quedó sin palabras.

Su orgullo asintió: el plan imposible tomaba forma después de tantas renuncias. Salieron de los coches. Se enfundaron los chalecos de seguridad laboral. «Crew», se leía en sus espaldas fluorescentes. El resto del trayecto lo hicieron caminando, a pie de pista.

—¿Por qué Castellón? —preguntó Ponce, recuperando el habla.

—Porque es discreto y está lo suficientemente alejado de todo.

Asintieron en silencio. Savaté había hecho los deberes. A los trayectos comerciales, el aeropuerto de Castellón había sumado las operaciones *charter* y vuelos privados, las actividades de escuelas de vuelo y las operaciones de estiba aérea. Probablemente por ahí, escudándose en la diversificación, la entidad había encontrado la grieta legal. Ponce lo dedujo, pero prefería escuchar la versión corporativa. Patricia se la brindó, amable:

—El aeropuerto funciona bien, ha conseguido ser rentable gracias a la visión comercial de la sociedad que lo explota. Han logrado atraer el interés de corporaciones aeronáuticas y de otras empresas de la cadena de valor del sector como la reparación y el desmantelamiento de aviones.

—Será por espacio…

—Así es. Aquel que ve a la izquierda corresponde a las naves de nuestra institución.

Justo detrás del zepelín mecido por el viento, quedaba la torre de amarre. Y, tras ella, los hangares. El tamaño de los almacenes ocupaba cuanto alcanzaba la vista. Numerosos vehículos, con opacas lonas verdes, entraban y salían de los barracones. La apariencia militar del transporte no podía ser casual. «Nadie se mete con el Ejército. No hace falta ser muy creativo para saber quién ha diseñado esta *performance*», se dijo Ponce. Le siguió el juego a Pat, una mente que admiraba. La respuesta a cada una de sus preguntas ponía de manifiesto la autoría de *El Show de Truman* logístico.

—¿Y los camiones?

—Son para la prueba de estrés estático.

—Se me había olvidado lo mucho que preguntas, Savaté. —Monika Volkers se unió a la conversación.

Patricia se tensó al escuchar la voz de Volkers a su espalda. Desde el gabinete le habían confirmado que la presidenta los recibirían en persona. Intuía que la relación entre ellos era especial. Aquella deferencia constató la sospecha.

Se saludaron con dos besos fugaces. La tela de su pantalón se estrechó. Aquella tensión bastaría para alimentar un buen fuego de san Telmo.

—Decíamos que la prueba de hoy es para la carga estática, señora —dijo Pat. A pesar de la desafección creciente con la entidad,

quería contar con la aprobación de la genetista.

Monika se quitó las gafas de sol. Caía la tarde y comenzaba a refrescar.

—Gracias, Aguilar. Sí, durante días realizaremos dos tipos de ensayos con pesos. La primera prueba, la estática. Esos camiones —mintió— transportan la masa equivalente al cargamento de la bodega, el pasaje y lo necesario para la vida a bordo durante cuatro días: provisiones, utillaje, combustible, etc. En tierra, debemos comprobar la resistencia estructural del dirigible, así como revisar los lastres. Es decir, evaluar el aerostato y ponernos a prueba a nosotros mismos: nuestra logística, nuestro equipo, las grúas, el peso, la provisión del diésel. Una vez en el aire, no tendremos modo de repostar.

Savaté se extrañó:

—¿Diésel? Pensaba que volaríamos con hidrógeno verde…

—Y lo haremos. Nos elevaremos con energía limpia, pero me temo que para propulsarnos continuaremos contaminando un poquito más.

Hizo un gesto cómplice con los dedos índice y pulgar. Aquel tamaño ínfimo olía a desafío.

—Seguro que por muy poco tiempo —recogió el guante Ponce.

—En efecto.

Sonrieron.

—En unos minutos tendremos la segunda parte del test. La prueba de carga dinámica. El capitán Schäfer lo tiene todo preparado.

—¿Prueba dinámica?

Ponce anotó el concepto en su Moleskine nueva.

Se trataba de un vuelo corto con la tripulación justa para comprobar las condiciones de ascenso, descenso y viento lateral. Un

control necesario para calibrar el rendimiento de combustibles fósiles y limpios con la carga real.

—Según nuestros cálculos, en dieciocho horas alcanzaríamos Frankfurt —dijo Monika—. Ponce, ¿qué me dices? ¿Quieres ser nuestro cobaya?

Aguilar parpadeó. La agenda no contemplaba pasajeros durante el trayecto.

Eran las cinco y media de la tarde cuando el Embryo soltó amarras. Al día siguiente, *El Mediterráneo de Castellón* recogería la maniobra como un éxito, dentro de un plan de diversificación de vuelos recreativos que no existía. Mientras Savaté y Volkers debatían en privado sobre tamaños y tensiones estructurales, el Embryo dejaba atrás Vilanova de Alcolea y Benlloch.

Desde el puente de mando, Pat disfrutaba del candilazo del atardecer invernal ajena al peligro: la dotación de un laboratorio fantasma que no aparecería en los mapas. La carga alegal de las tripas del Embryo se emplearía en mayo del año entrante.

Aquella noche, pensó, tampoco cenaría en Artana.

El hombre avión la despidió con amor.

41

Veintisiete horas antes de la tragedia
Interior del camarote veinticuatro

Aguilar tiene toda su atención cuando acaba de relatar el encuentro entre Volkers y Savaté durante el vuelo exploratorio de Castellón. Aquello debilita la hipótesis que señala a la trapecista.

—Está ocurriendo algo muy gordo, Mar. Algo relacionado con los Afortunados y con vuestra suerte. Intuyo que el nexo es Hans, pero no tengo modo de probarlo.

Sin tiempo de procesar tanta información, la conversación vira.

Mar pierde el hilo.

—¿Cómo dices?

—Ponce no era solo una cara bonita.

No está tan segura de eso.

—Te eligió. Eligió vuestra mesa, hablar con Begur. Preguntar al resto del pasaje hasta dar con todos y cada uno de vosotros, los Afortunados. Ya sabes qué tenéis en común.

No, no lo sabe.

—¿Las vivencias traumáticas?

—No exactamente. Yo misma repasé la lista del pasaje completo, pero somos más de cuatrocientas personas. Para la nota de prensa me fijé en los países de residencia de los Afortunados, no en

vuestros lugares de nacimiento.

—…

—He estado investigando y cada uno de vosotros sois supervivientes de catástrofes químicas. —Suspira—. Muy severas. Masivas. Algunas de ellas… nucleares.

Maravillas recuerda a la perfección la conversación atropellada de su mesa de hace dos noches.

Pat extrae una tablet del bolso. Despliega una presentación. Ponce se expresaba con las manos, la publicista con PowerPoint.

—Mira.

Maravillas mira.

—¿Qué ves aquí?

—¿De verdad tenemos tiempo para todo esto?

Respira.

Si ha aprendido algo durante el crucero es que Patricia es de ese tipo de personas. De las que dan antes de recibir. Quiere mostrarle lo que tiene para que se convenza de que su deserción es real y que, a cambio, cante lo que sepa sobre el jeroglífico de Ponce.

Insiste.

—Venga, Mar, ¿qué ves? —Le muestra la presentación.

Aguilar comienza a pasar las diapositivas ante sus ojos. Imágenes de devastación de los escenarios químicos que han habitado muchos de los Afortunados. Escenas que preferiría no contemplar.

—Veo… No sé. Muerte, destrucción, animales sacrificados, éxodos de población…

Niega con la cabeza y comienza a enumerar las mayores tragedias químicas de la historia reciente mientras su dedo desliza al siguiente desastre. Unos sucesos que Mar no procesó en su momento por la irrupción de Arya y su número.

—Seveso, Bhopal, Tolouse, Alfaques, Fukushima, Prestige… ¿Cuál es el nexo, Mar? Piensa, ¿cuál es el denominador común?

—Mmm. Son catástrofes evitables, sin duda. Algunas por ineficiencias del sistema, otras por errores humanos —dice—, un par desencadenadas por tragedias naturales.

Niega con la cabeza y le regala su respuesta de maestra impaciente:

—Todos los Afortunados estuvisteis afectados en mayor o menor medida por la contaminación ambiental y creo que eso pudo haberos cambiado para siempre. Vuestro organismo nunca olvidó esa huella. Es decir, que toda esa toxicidad alteró el modo en que vuestros genes se comportan; como si alguien hubiera manipulado los interruptores que encienden y apagan ciertos activos celulares. La prueba a esta teoría, sostenía Savaté, es que ninguno de vosotros, ningún sobreviviente a estas tragedias químicas, habéis logrado tener hijos.

Habla de epigenética, de cambios provocados por circunstancias ambientales.

«A esta chica se le ha ido la cabeza», concluye Poquet. En cambio, la obcecación de Germán de tener hijos con su novia perfecta y no haberlo conseguido la hace dudar.

Mar se acerca a su postura, cautelosa.

—Pero… ¿cómo?

—Aún no lo sé. No sé cómo. Pero creo firmemente que Ponce pudo haberlo averiguado y que eso le ha costado la vida. Verás, la noche del asesinato habíamos acordado reunirnos de nuevo. En la tramoya, a tres metros de altura, para evitar miradas indiscretas.

Maravillas abre mucho los ojos.

Ponce estaba paranoico.

—¿Sabes qué quería contarte?

Se encoge de hombros. Solo le había avanzado que tenía un chivatazo de una técnica de laboratorio.

—Savaté tenía un topo. Mar, la noche de su asesinato quería contarme algo relativo al procesamiento de las muestras de sangre.

La mira. No sabe ni qué decir.

—La prensa está comprada. —Aguilar toma aire—. Ya no se puede confiar en nadie. Le hablé a Ponce de una amiga mía, una reportera alemana que nos daría voz. Pero, para eso, necesitamos evidencias. Pruebas como lo que hayas leído o reproducido sobre su cuaderno. Lo tenías que haber visto. Se sentía acorralado. Defendía que en este vuelo no se ha dejado nada al azar. Que se trata de una gran cortina de humo para encontrar a un Afortunado en concreto, a alguien a quien la organización llama la Vaca.

Su confesión la quiebra.

«A esa Vaca no le va a pasar nada bueno».

Desfondada, Mar le muestra lo que tiene: las anotaciones del reverso del fin de su matrimonio con Germán.

Los minutos transcurren vertiginosos. Aún no lo sabe, pero invertirán tres horas en descifrar qué oculta el código encriptado.

—Necesito también las imágenes que has tomado de la Moleskine.

Sabe que lo sabe. Que Maravillas ha hecho fotos. Se las enseña desde su carpeta de eliminados. Son bastante pobres. Algunas desenfocadas. Con todo, el jeroglífico es legible. Entre las anotaciones y las instantáneas tienen un rompecabezas bastante completo.

—¿Tienes algo con lo que escribir para descifrar este puto galimatías? Algo analógico, me refiero.

En la travesía con política verde de *paperle*ss no hay donde escribir.

Poquet niega con la cabeza.

Su mente no espera a nadie. Ya ha echado a rodar.

—A ver, Ponce era un ilusionista. Un gran contador de historias.

—Un escritor de mapa. —Mar está orgullosa de aportar algo de su colección de cursos inacabados.

—¿De mapa?

—Sí, de esos que necesitan saber qué es lo que va a pasar en cada momento. Que tienen predefinida la estructura antes de comenzar a escribir, con sus giros y sus subtramas.

—Ajá.

—Eso nos arroja mucha luz. Significa que estos códigos tienen que ser prácticos. Fáciles de interiorizar y de usar, incomprensibles como prevención por el robo de su primera libreta, pero lo suficientemente sencillos como para ir anotando cosas sobre la marcha.

—¿Crees que pudo emplear los códigos más habituales?

—Pat, tu confianza me halaga. ¿Cuáles son esos cifrados clásicos?

—Pues el morse, la escritura en espejo atribuida a Da Vinci, el código César, que desplaza cada letra por un número fijo, la transposición, que cambia el orden de las palabras en un patrón específico, el cifrado por libro… Y otros más complejos como el cifrado RSA, basado en números primos, o el AES, que descarto, porque necesitaríamos de computación.

La mira perpleja.

—No me mires así. He tenido que aprender latín para realizar los informes para el comité.

Los nombres de esos acertijos la marean. Conceptos que hasta

hace segundos le resultaban ajenos como «código espejo», «transposición» y «libro» encienden una luz en su interior. «Libro» resuena con fuerza, aunque debería decir «ego». Maravillas ha creído reconocer una fecha en medio de aquel caos y tiene que ver con la primera novela superventas de Ponce.

—Tengo una idea —dice Mar, triunfal.

Abre la puerta del baño y el golpetazo de calor sacude a las mujeres.

—Joder, qué calor hace aquí. ¿Acaso pensabas darte un baño relajante cuando he llegado?

—Pasa y cierra la puerta. Creo que he dado con algo.

Limpia la esquina inferior del espejo empañada, abre un pequeño claro en el bosque de vaho para reflejar lo que necesita. Amplía la primera fotografía del teléfono que le acaba de devolver la publicista. No ocurre nada.

—Mierda. Pensaba que el reflejo nos ayudaría a hacer más legible esta bazofia. Vamos a hacer una cosa. Ponte cómoda.

Y la cosa es copiar las ocho líneas de código en la enorme superficie de la luna empañada.

—Esto es lo que me disponía a hacer cuando has llegado.

Finaliza su transcripción en el vaho.

Mar se aleja un paso. Y lo ve. La primera fecha está al revés y es la cifra de desbloqueo del terminal móvil del guionista. El mismo código de apertura del cuaderno.

32024072

A su lado, una frase que la vanidad de Ponce Savaté desnuda para Maravillas.

—¡La primera frase es la leyenda del código, Pat! —La excitación habla por ella—. Esta foto corresponde al primer dibujo del

cuaderno.

—Y eso lo sabes por…

—Porque esa fecha solo puede significar una cosa: la data del lanzamiento de la *La luz más vibrante*. Su obra más icónica y la primera en alcanzar la cifra: el millón de copias vendidas. A partir de aquí, solo hay que seguir las miguitas de pan.

—¡Qué cabrón! —Pat suda cada gota de admiración—. Ha seguido la escritura en espejo como su venerado Da Vinci, de izquierda a derecha, y ha sustituido lo que parece una vocal por un símbolo.

—Estamos cerca.

Y de pronto se estremece al leer su nombre en una de las líneas. MARAVILLAS POQUET emerge del vaho, como en uno de esos acertijos visuales en los que, dependiendo de la perspectiva, se ve la figura oculta de una anciana o a una muchacha. Y, una vez descubierta, el espectador no puede dejar de verla ante sí, aun con los ojos cerrados.

—En la segunda fila, después de la leyenda, pone mi nombre. Lo leo como si estuviera en letras fluorescentes: MARAVILLAS POQUET. ¿Lo ves tú también?

Aguilar asiente. Esto es lo que ve:

S9LL1V9R9M_T€∞Q0P_9M1HS∞K∞F_93 –> 42

—¿Y las cifras? ¿Qué significan las cifras?

—Aún no lo sé. Anota esto en el iPad. —Presiente que se les acaba el tiempo.

—Las vocales han sido sustituidas por símbolos o por números para dificultar su comprensión, pero una vez lo visualizas es imposible no leerlo.

—¿Y los guiones bajos?

—No creo que aporten gran cosa. Tienen pinta de ser espacios en blanco… Creo.

—Tiene sentido.

—Así las cosas, la A sería un 9; la E, un €; la I, un 1; la O ha sido reemplazada por un Ø y la U…, la… U…

—En lugar de U, Ponce ha empleado el símbolo de infinito, ∞, a falta de algo mejor, supongo —dice Aguilar.

Lo dan por bueno. Observan el mural efímero y contienen la respiración al contemplar la lista de nombres íntegra y la correlación de ciudades arrasadas por desastres químicos. Piensa en su chico; estaría orgulloso de su razonamiento lógico, para variar. No se le escapa que su nombre, Germán, está rodeado por un trazo grueso, dos veces, como indica la fotografía. Y su instinto le dice que hace bien en preocuparse por su marido. Pat ha sido escrupulosa en eso. En que reproduzca todo tal cual figuraba en la Molaskine original. Hay nombres que Mar reconoce en esa listado reflectante. Otros, en cambio, no le dicen nada. Le resultan familiares los nombres de pila de algunas combinaciones, pero, por supuesto, no tiene forma de conocer los apellidos de los Afortunados. La sorprenden varias cosas que no va a tener tiempo de procesar. El nombre de Curro Peiró también está incluido en el inventario fatídico.

«Curro Peiró. Curro Peiró…». Ese nombre la persigue. Sabe que es importante. Su subconsciente lo asocia al peligro. También a Germán Casals. Parpadea su perplejidad, que en ese momento lee, diáfano, «Seveso». La luz roja que ha encendido el nombre sin rostro deja de parpadear unos instantes. Siempre fue horrible para asociar apelativos con caras. Sus ojos regresan al tramo donde figura la ciudad italiana. Solo que a Seveso le precede el nombre de una persona que no es Begur, sino una tal Livia Ferrante.

Está en lo cierto.

El tiempo se acaba cuando la sinapsis de sus neuronas conecta a un tipo esquivo con la identidad de Peiró. Un profesor pirado del que le había hablado Elena en alguna ocasión. El hombrecillo anguloso y extraño, cliente de la Fea. El mismo con el que su alumno Germán casi llega a las manos. «¿Qué está pasando aquí?».

Unas voces amenazantes discuten al otro lado de la puerta. Reprenden al gorila por haber permitido que alguien ajeno a la investigación hable con una de las principales sospechosas. Le increpan.

El momento de apretarle las tuercas a Maravillas Poquet ha llegado.

—Rápido, haz una foto al espejo.

Patricia saca una instantánea con su tableta. Por su parte, Mar se apresura a borrar la carpeta de eliminados de su teléfono y a limpiar el enigma tóxico que sostiene el cristal.

«Señora Poquet. No lo repetiremos. Abra la puerta».

Aguilar le sonríe a una mujer de coraje grande y apellido pequeño.

Maravillas abre. Deja la puerta de par en par.

El contraste de temperatura se lleva lo poco que queda de los trazos de Germán Casals, entre dos círculos concéntricos que lo señalan como el vórtice del misterio del Embryo.

Los malos entran.

Amenazan a Aguilar y la sacan del camarote a empellones.

Patricia sale por la puerta con la cara perlada de sudor.

42

20 de enero de 1977
Barcelona

—¿Sabes qué hacen con nuestros niños, Liv?

—No quiero hablar de eso. —Sabía que aquella golondrina se largaría tarde o temprano huyendo del frío. No quería darle conversación. Mejor no encariñarse con las aves de paso.

—He oído que a la tuya la envían a Valencia, a una familia que trabaja en los Altos Hornos. Estás de suerte, en esa ciudad hay mucho dinero. Tendrá una buena vida.

Livia se encogió de hombros y continuó sirviendo el caldo de cocido a los comensales de la Bonaventura. Stefano había intercedido ante los dueños de la pensión para que se quedara arrimando el hombro hasta que pusiera sus asuntos en orden. Su vida, aún no lo sabía, tardaría mucho en alinearse. Le quedaban al menos tres años más bregando y sirviendo comida sospechosa en la casa de huéspedes, tiempo que invertiría en estudiar a distancia en sus ratos libres. El fuego del inconformismo, con el correr de los años, la llevaría a preparar la prueba de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años, y con su título de Comercio Internacional bajo el brazo llegaría un puesto provisional en la Fira de Barcelona.

—Seguro que el padre de familia es ingeniero. Con estudios, trabajará en los astilleros —fantaseaba la joven a unas semanas para llegar a término.

Livia no sabía dónde quedaba la ciudad a la que aludía la chica: Puerto de Sagunto.

—He oído que le han puesto Milagros, como la monja esa que trapichea con la Beni. La bautizaron ayer.

—Deberías lavarte la boca con jabón antes de hablar así de Benita. Y ocuparte de tus propios problemas. Como plantearte dónde está tu novio, sí, ese al que quieres tanto y te ha hecho ese bombo, o por qué tus padres han aceptado esconderte aquí como si estuvieras mala.

Estaba siendo injusta. Peor, estaba siendo cruel.

La chica salió llorando.

—Te quedarás sola. —Hacía suya la maldición con la que los hombres retienen a las mujeres desde que el mundo es mundo.

La mano le ardía. La joven, en su espantada del salón, le había vertido el Duralex encima.

Una desazón, similar al desánimo, invadió a la italiana.

Los menudillos de la sopa poblaron el terrazo como un cielo estrellado.

43

Veinticuatro horas antes de la tragedia

Un interrogatorio se parece mucho a un examen médico. La sensación de angustia, la sudoración, repasar de memoria la lección aprendida. La ejecución de movimientos, cerrar los ojos, apretar los puños, desear con fuerza que no encuentren nada malo, el agujero en la trama, que todo vaya bien.

Maravillas suda a mares.

—¡Qué calor hace aquí! —dice el jefe de seguridad.

Los otros dos autómatas asienten y aflojan sus corbatas pasadas de moda. Mar desvía la mirada hacia la puerta del baño. Es un gesto imperceptible, apenas con el rabillo del ojo, el que la delata. Un hombre camina y echa una ojeada de supervisión. En el espejo no queda ni rastro del fugaz jeroglífico. Solo un par de dígitos huérfanos, en un extremo, que olvidó borrar y que ahora apenas son un halo. Un resquicio que conectará los puntos para quien sigue el juego de las preguntas. Sabe que colaborar es la única manera de burlar el cautiverio.

Hay una Vaca en peligro. Y la tiene que localizar, ponerla sobre aviso.

Desde la jamba, y antes de que desaparezcan para siempre, alcanza a leer los dígitos que conforman el número cuarenta y dos.

Recuerda la línea en la que encajaba la cifra: junto a su nombre y apellido y una ciudad de Japón azotada por un tsunami. Recuerda también cómo hace unos instantes ha tachado la combinación para escribir noventa y tres, tal como figuraba en las notas.

—Iba a darme un baño.

El hombre más listo mete un dedo en la bañera. El agua está templada. Deducen que ha pasado demasiado tiempo con la sabelotodo de Patricia. Aunque creen que la publicista es una de los suyos, que aún está de su lado, no la soportan.

Pero no importa, nada importa.

Saben que miente. Mar sabe que lo saben.

En cambio, los tres hombres están allí para realizar un trámite. Completar la última recogida de datos. La versión oficial está lista para comunicar, perfecta desde hace horas, elaborada y empaquetada con un lazo. Pretenden indagar según un método que da forma a su trabajo.

El interrogatorio comienza. «¿Dónde estaba?», «¿Qué vio?», «¿Por qué tenía el cuaderno del señor Savaté?». El bucle se repite. Una, dos, mil veces.

Pide permiso para hacerse un té. No se lo niegan. Juega a adivinar una profecía que la libere. Las respuestas de Mar son tan infantiles, tan burdas, que a Schäfer y a los autómatas los enternece el candor de esa pobre idiota. Prosigue el director de la farsa:

—Así que quería robarle ideas al escritor… —El tono del secuaz de Acevedo es insufrible—. ¿Y qué vio en el cuaderno?

—No logré abrirlo —miente—. Tenía un dispositivo de seguridad de ocho dígitos.

—El candado estaba abierto cuando encontramos la libreta… Sabemos que tuvo oportunidad de echarle una ojeada. ¿Vio algo interesante?

Mar evalúa sus opciones.

—Solo dibujos.

—Entréguenos su teléfono, señora. Sabe que no puede conservar fotografías, en caso de que las haya realizado, que comprometan la investigación.

Mar se dirige al aseo y les tiende el móvil, que descansa en la repisa.

Schäfer bucea en su galería, también en la de archivos eliminados. Solo escenas sueltas de aparente felicidad de la mujer y su marido en el Embryo. Su actuación parece convencerlos. «Aunque este público —piensa Mar— ya venía convencido de casa».

Las luces parpadean de nuevo. Baja la tensión eléctrica, dejando el camarote a oscuras unos segundos. La luz se va, el ambiente se carga.

Nervios. Las voces se aflautan media octava.

—Acabemos con esto. La reunión informativa comenzará en unos veinte minutos.

—¿En qué camarote estamos?

El de Maravillas Poquet y Germán Casals es el último de la lista de confinados. El abotargamiento les pasa factura.

—En el veinticuatro —dice Schäfer.

Al escuchar el número de su propio camarote, su mente conecta los puntos. «Cuarenta y dos es veinticuatro en el juego de los espejos». Los números también están invertidos en el código del guionista. «¡Las cifras de dos dígitos son el número de las cabinas!». Entre aquel galimatías su cabeza ya ha atado cabos. No puede probarlo, pero su intuición le dice que la Vaca está en su mismo camarote: el veinticuatro. Germán Casals y la furia con la que Ponce perforó la página al subrayar su nombre querían decir algo. «Dios mío. ¡Germán es la Vaca!».

Desconoce qué significa exactamente aquella lotería cósmica, pero sabe que viniendo de Indace y su fundación no puede ser nada bueno. Sus pensamientos entran en ebullición: ¿habría llegado Ponce a averiguar que el ingeniero es la Vaca, a pesar de no figurar en la lista oficial de Afortunados? ¿Descubrir la identidad del sujeto, y evitar su sacrificio, habían acabado costándole la vida a Ponce? Siente arcadas y maldice el último té. Aún a oscuras, se echa a un lado. No alcanza la papelera y vomita en la cama. Expulsa de su organismo hasta la última gota. La peste agria se adueña de la habitación. El ambiente viciado y húmedo hace que el hedor resulte irrespirable. Acerca su nariz a su axila. También es ella. Hiede. Por fortuna, los hombres no pueden ver sus ojos desorbitados por el esfuerzo. Su boca goteante. La luz regresa como si tal cosa y Mar parece un náufrago en la estancia sitiada. Schäfer lo ha visto otras veces, son décadas de vuelos comerciales: el terror a las consecuencias es peor que el interrogatorio en sí mismo. Los sospechosos atufan. Los cercos de sudor bajo los brazos de su vestido ligero son profundos y apestan. Interpretan como adrenalina un incipiente ataque de ansiedad.

Aquella mujer exhausta no da para más.

—Señora, tenemos todo lo que necesitamos. Gracias por su cooperación. —El capitán inmaculado le devuelve el teléfono con amabilidad—. En veinte minutos la esperamos en el salón comedor para trasladar al pasaje las principales conclusiones de la investigación.

—Entonces ¿puedo…? ¿Puedo salir? —Mar solo piensa en reunirse con Germán y compartir con Pat lo último que ha averiguado.

Schäfer asiente. Ya no es sospechosa.

—Desde este momento, deja de estar confinada.

—Y, háganos un favor a todos —dice un autómata—: dese ese baño de una vez.

44

Dos días antes
Primera noche a bordo

La infidelidad no entiende de verdades amables.

Arya Devant lo descubrió del modo menos delicado, horas después de levitar. Fue la primera noche de travesía, tras un encuentro poco satisfactorio con Ponce. A pesar de su torpeza, la maga admiraba su fuego en otros terrenos más fértiles. Sabía que no estaba bien, pero aprovechó un descuido para curiosear en la intimidad de su Moleskine. El escritor reutilizaba las claves: idéntico código de desbloqueo para su teléfono, ordenador y cuaderno. La seguridad del guionista era tan vulnerable como su fachada.

Ponce silbaba, satisfecho, en la ducha. Arya escuchaba el agua correr.

Entre las tapas oscuras, un rompecabezas se abría en sus manos temblonas. El sinsentido que memorizó al instante la dejó perpleja. En aquellas páginas, interpretó erróneamente, no había talento alguno. Cuando horas después la contactara Volkers para hacer un trabajo que ya había realizado, se dejaría querer. Decidiría anotarle en un papel las escasas líneas de código salpicadas en los márgenes de un bloc de dibujos desquiciados. Entonces lo supo: los rumores eran ciertos. Ponce estaba seco de ideas.

Su amor se acrecentó al saberlo frágil. Conmovida, decidió hacerle un regalo. Posar desnuda para él. Devant odiaba las fotos, pero para un escritor tan visual como Ponce eran importantes. Su fetiche. En más de una ocasión, le había pillado intentando retratarla medio dormida. Y habían discutido.

Aquella noche, Arya había creído ver su miedo, su sequía. Se desnudó por completo para la cámara tras desbloquear el terminal que cargaba en la mesilla. Tomó unas cuantas. Le encantaría la sorpresa. Ponce estaba a punto de salir.

Antes de abandonar la habitación, le picó la vanidad. Tenía que comprobar cuál era la perfecta y eliminar todas las demás. Tecleó de nuevo los dígitos: 32020472. Su intuición le hizo dirigirse a los álbumes protegidos con contraseña.

En aquellas carpetas había más mujeres que letras en el abecedario. Tan solo una de ellas tenía la facultad de hacerle daño.

La letra S.

La inicial del nombre de su hermana Sira.

La infidelidad no entiende de verdades amables.

Decidió dejar los álbumes tal y como los había encontrado. Para qué destruirlos. Ya nada tenía sentido.

Colocó el cuaderno de cualquier modo sobre la cómoda y atravesó el pasillo próximo a la sala de lectura a la carrera.

El llanto emborronó a las mujeres del mueble auxiliar de la biblioteca.

45

Veintidós horas antes de la tragedia

El aroma a limpio anuncia su llegada a la reunión informativa. Con los cabellos todavía húmedos y los ojos febriles, recorre el salón principal en busca de Germán y de respuestas. No halla ninguna de las dos. El espacio está atestado. Agudiza los sentidos. Solo alcanza a escuchar un silencio demoledor: el de cuatrocientas personas conteniendo la respiración a la espera de un relato plausible que les haga creer que el asesino no es uno de ellos.

Anochece sobre unos fiordos, los de Groenlandia, a los que nadie presta atención.

En unas horas, será jueves 6 de mayo, el cuarto día de expedición, y el Embryo surcará los cielos de la costa Este de Estados Unidos. La hora estimada de aterrizaje en la base naval son las siete de la tarde. Una hora antes se reestablecerá la conexión para preparar el descenso.

Maravillas toma asiento en la última fila. El personal ha habilitado el comedor como un teatro; las hileras de sillas recuerdan la disposición de un cine de verano. Los trabajadores permanecen de pie, circunspectos. El foco del escenario se enciende. Ya no actúa Arya Devant; lo hace Monika Volkers con sus hechuras de soprano. Mar no presta atención. Mira en todas direcciones. Desea de corazón

que su marido entre de un momento a otro como el niño grande que es. Que le bese el pelo. Y la abrace fuerte. Como hacían en Namie. Cuando aún se querían y el mundo estaba por estrenar.

Otea la habitación. Su mirada tropieza con la de Begur. Las dos están llorando. Le hace ver con la mirada que está bien. Siente una conexión profunda con esa mujer, que tiene la edad de ser su abuela.

La presidenta comienza a ofrecer una explicación. Tras ella, su guardia pretoriana: Aguilar, Schäfer, Nanshan y los cíborgs trajeados. Acevedo, en el atril, le estrecha los dedos. Su sello dorado le hace daño.

La baronesa se cambia de sitio. Atraviesa el salón por un lateral, avanza en las hileras y se reúne con Mar. Sus carraspeos le allanan el camino. Un caballero anónimo le cede el asiento a la dama que tose. Ya juntas, se abrazan.

—La escena está milimétricamente ensayada —dice Begur con rabia—. La puesta en escena es sublime. Míralos, a los muy hijos de puta, por la estética, la grandiosidad y la composición parece un encuadre de Leni Riefenstahl.

Su calor la reconforta un poco. Lo haría más el amor de Germán.

—¡¿Estás bien?! —dice—. Hemos estado preocupadísimos.

Ve algo en sus ojos que no logra traducir.

«Shhh». Alguien las hace callar.

Entrelazan los dedos. En voz baja, le cuenta que su marido no se ha despegado ni un minuto desde que la dejaron en la cabina. Justo antes de la reunión, Germán se ha ausentado alegando una urgencia.

Maravillas suspira. Ha entrado tan rápido en el comedor que no ha reparado en que hay una silla vacía en primera fila. Le han reservado un puesto privilegiado con el resto de los sospechosos que

han dejado de serlo. No es consideración, es iconografía. Las otras cuatro personas interrogadas, con su presencia y beneplácito, asisten a su exoneración y corroboran a pies juntillas la versión oficial: muerte accidental.

Poquet repasa el semblante de sus rivales por unas horas: una acróbata, un crítico literario, un empresario ruso y un camarero filipino. Reiría la gracia si el chiste no fuera absurdo.

—Nos van a decir que el pobre Ponce se ha ahorcado él solito, ya verás.

—No les quedan muchas más opciones.

Les chistan de nuevo, y atienden.

Su mente vuelve sobre su obsesión favorita: «¿Dónde demonios se ha metido Germán?».

—En primer lugar, queremos agradecer la buena predisposición de Arya Devant, Tavo Méndez, Arkady Volkov y Maravillas Poquet por su paciencia y generosidad. —Monika Volkers la busca contrariada por el hueco en su dentición de sillas perfectas—. También a… a… —Aguilar le apunta el nombre de quien dio con el cadáver y lo borra tras mencionarlo—. Sin olvidar al capitán Schäfer y al equipo de seguridad por el trabajo realizado en tiempo récord. Como saben, esta reunión es para facilitarles todas las explicaciones que requieran.

Rumores de desaprobación.

—Para informarles de que, aunque estamos consternados por lo ocurrido, por respeto a Ponce y a su compromiso con la vida debemos continuar. Desde este momento, nos disponemos a retomar las actividades de la travesía con normalidad. —Toma aire. Su disgusto es real—. Él así lo habría querido.

Patricia Aguilar coge el micrófono. La versión corporativa atorada en la garganta.

Arya, Tavo y Arkady suspiran. Todo el Embryo lo hace. La emisión del alivio eleva el dirigible unos metros. Aguilar lee su propio discurso. La versión extendida que los asistentes escuchan es algo como lo que sigue:

—La investigación apunta a que Ponce Savaté se habría reunido con alguien en la madrugada del miércoles al jueves. Entendemos que, buscando algún tipo de intimidad, eligieron la parte superior del escenario donde nos encontramos. —Aguilar señala la tramoya con un movimiento de barbilla—. Tampoco estamos en disposición de afirmar si esa reunión llegó o no a producirse. Lo que sí parece probado es que el señor Savaté tuvo la mala fortuna de tropezar con parte de la escenografía y perder el equilibrio, golpeándose la cabeza. Supuesto corroborado por el doctor Nanshan. —El médico asiente. Sus gafas se escurren—. La caída podría no haber resultado fatal, pero la suerte miró para otro lado. El juego de contrapesos tiró de él y la cuerda del telón se enredó en su cuello, a escasos centímetros de la tarima. —Aguilar toma aire—. Sus restos mortales descansan con la reverencia que merece su talento. Por favor, acompáñenme en el minuto de silencio que sigue a continuación.

El homenaje traba el paso a las preguntas que nadie formula.

Pat Aguilar maneja los tiempos como nadie.

La reunión informativa ha acabado.

Las personas se mueven torpemente, como en un sueño. Los operarios retiran las sillas, desplazan tableros, el salón se trasforma mágicamente en un espacio en el que la cena se servirá en minutos. Los estómagos rugen. Las luces titilan una vez más. Germán aparece entre la muchedumbre, que mansamente camina hacia la salida. La pareja se mira. Maravillas camina para alcanzarle. Alguien grita

«¡Fuego!» y cuatrocientas personas entran en pánico. Germán levanta la mano, pero desaparece entre un mar de piernas y brazos, de voces y toses. La multitud los separa, les arrastra la corriente. Lo vuelve a perder.

—¡Tranquilícense! Ha sido algo eléctrico —dice Schäfer por la microfonía.

La información del conato controlado en un transformador no tranquiliza a nadie. La cuota de credulidad está cubierta por hoy.

Los pasajeros entran en pánico.

Aliviada por saber que Germán está de una pieza, aprovecha el desconcierto para buscar a Patricia Aguilar.

«Ya discutiremos después».

46

Veintidós horas antes de la tragedia

El humo es denso.

Mar no repara en el superviviente de Bhopal, paralizado por la vorágine. El pasaje arrasa con los manteles, el mobiliario y las plantas que encuentra a su paso entre empujones y gritos. Aurora Mengual se acerca al hombre, que se protege la cabeza de la estampida, y lo aparta a tiempo. Su pernera está empapada. La Afortunada de Les Alfaques no le culpa. Ese olor también alimenta su neurosis.

Poquet alcanza a Aguilar a pesar del tumulto.

—Está todo bajo control, ha sido una chispa en un transformador —jadea Patricia—. No ha llegado a prender siquiera. El humo es muy escandaloso.

Lo dice en voz alta. Como si necesitara decírselo a sí misma. El mensaje tranquilizador resuena por los altavoces como un disco rayado. «Conato de incendio controlado. Controlado». La calma tardará un poco en regresar. Los viajeros necesitaban desgañitarse, canalizar la desesperación de las últimas horas.

Asiente. Los ropajes del escenario las protegen de miradas indiscretas.

—No ha llegado a prender —repite y continúa—: Ven. Mira lo

que he encontrado.

Mientras la fundación estaba ocupada en ocultar la verdad, Patricia accedía al cuaderno sin custodia. Una vez cocinada la versión oficial, los hechos carecían de sentido.

Le enseña la Moleskine.

«¡El cuaderno!».

Patricia Aguilar se ha arriesgado mucho sustrayéndolo.

Lo abren ansiosas.

Entre la maraña de dibujos, *sketches*, garabatos y códigos, ha podido desentrañar algunas frases que pasaron por alto horas atrás. Patricia sabe lo que busca.

—Fíjate en estas palabras.

Se las muestra. Esto es lo que leen:

???ØN1TS€DN9LC_Ø1RØT9RØB9L

Maravillas se concentra. Tiene la sensación de haber visto antes la primera inscripción. Aguilar traduce por ella:

—En esta frase, Ponce se pregunta si hay un segundo laboratorio a bordo, más allá del que todos conocemos.

Lee textualmente: «¿Laboratorio clandestino?». Eso era.

—A estas alturas, ese cuarto es un secreto a voces. Tengo entendido que es más grande incluso que la enfermería oficial donde se realizaron las extracciones. Es tan amplio que la ayudante de Nanshan me confirmó que dispone de cámaras frigoríficas… Estoy segura de que es ahí donde tratan a Hans.

«Está en contacto con el topo», piensa Poquet.

—No sé, Mar. Creo que ese chico es la clave.

—¿Hans?

—Sí. Y que quizá Savaté pudo dar con algo, una prueba que

enlaza al chaval con los Afortunados y que no pudo contarme cuando quedamos… La noche en que…, en fin, ya sabes.

Mar le arrebata el cuaderno. Lee claramente la siguiente secuencia:

«¿Quién es el Heredero?».

—¿El heredero de qué?

—El heredero del imperio lechero. De Indace, de los negocios, de la fundación, del patrimonio, de las patentes. El heredero de todo, Mar…

—¿Qué tipo de pregunta es esa, Patricia? Pues… Hans Acevedo Volkers.

Silencio.

—Según el topo, el crío está a punto del fallo renal. Le están dializando. Necesita un milagro.

No se plantea si la fuente de la que le habla es de fiar.

Aguilar parlotea acerca de una enzima, de una investigación pionera que lidera la madre de Hans. Mar solo puede pensar en palabras como «Heredero», «laboratorio clandestino», un círculo y unas flechas.

Mira mejor.

El corazón le golpea en la garganta. Y allí está lo que busca. Las anotaciones feroces, los círculos y las flechas que entrelazan dos nombres y abrazan mortalmente a su marido.

—¿Qué opinas de esto?

—Creo que este vuelo de la fortuna no es casual. Tampoco la lista de pasajeros. La fundación busca a una persona muy concreta para su Heredero.

Callan.

—Es lo que quería comentarte, Mar, por eso quería verte. El tiempo de tu encierro me ha servido para pensar. Según mi

confidente, la persona afín debe cumplir ciertos requisitos para maximizar la compatibilidad.

—¿Como cuáles?

—Haber sobrevivido a varias catástrofes químicas. Esa exposición le habría hecho desarrollar la enzima que combatirá algunos de los síntomas.

Maravillas descifra la identidad que conectan las flechas.

También el número de las cabinas.

El escritor quería advertirlos de un peligro más profundo: la manipulación del dirigible. Tira por donde no es.

—Germán Casals, camarote veinticuatro. Y Curro Peiró, camarote veinticinco.

—El segundo nombre no me dice nada.

—A mí, al principio, tampoco. —Mar parpadea—. Me costó identificarlo porque no tenía sentido.

Patricia cree que habla del sistema de encriptación.

—Eso es. Me despistó que los números estuvieran a la derecha del papel en lugar de a la izquierda.

—No, Patricia. No es eso. Yo hablo de Curro, de Curro Peiró. El ambientalista pirado que mantiene que el planeta está al borde del colapso. Que el fin anda cerca.

—Predicadores.

—Algo así. Sostienen que somos poco menos que termitas. Que para qué reducir, reciclar o apostar por modelos más limpios si ya hemos alcanzado el punto de no retorno… —Pat la mira—. Me lo crucé, a ese tipo. Al tal Curro Peiró. Fue el primer día que embarcamos y no supe reconocerlo. Tanta excitación, tanto ruido visual. No supe verlo como una amenaza. Después, volví a intuirlo en una fotografía. Mantenía una actitud desafiante con Germán. Parecía que discutían…

—¿Y qué hace aquí? ¿Cómo ha logrado costearse el billete? No es uno de los Afortunados, su nombre no figura en los registros de la fundación…

—Porque se enroló como parte de la tripulación. Lo he tenido ante mí todo este tiempo…

La sonrisa de suficiencia de Peiró acude a su mente. La socarronería al adquirir las botas de protección en la Fea, la seguridad al decir que no las iba a devolver.

Porque nadie viviría lo suficiente para hacerlo.

Desconoce el vínculo con las desapariciones de su marido, pero entre ellos hay un nexo: sus mentiras han motivado el cambio de ubicación de la pareja. Curro Peiró los arrastró a la bodega del dirigible por algún motivo. Uno muy concreto.

—Hay algo que no me estás contando…

Comparte con Patricia sus temores.

—Ese hombre tuvo una gran influencia en la juventud de Germán. El profesor Peiró organizó la expedición a Muxía de los voluntarios de la Universitat Politècnica en 2002. Germán se implicó muchísimo y estuvo trabajando durante semanas con las manos desnudas. Estaba tan orgulloso de su valentía… Eso fue mucho antes de conocernos.

—¿De qué heroicidad hablas?

—Del Prestige. Del vertido del petrolero en Galicia. Siempre se jactaba de que los estudiantes de Peiró trabajaron sin EPI, sin equipos de protección personal. Actuaron rápido, no había material para todos.

—*Nunca Máis*. —Aguilar recupera el sombrío eslogan que concentra la furia de aquellos años—. Entonces…

Las dos llegan a la misma conclusión: Fukushima y Prestige.

Dos catástrofes. Una persona. Camarote veinticuatro.

Germán es la única persona del Embryo que ha estado expuesta a dos sucesos altamente contaminantes en un periodo de diez años. En 2002, Prestige, y en 2011, la fuga de Fukushima. Solo Patricia se atreve a verbalizarlo:

—Mar, tu marido. ¡Tu marido Germán es la Vaca!

Sabe que eso no es todo. Que hay más.

—Te conozco. Suéltalo ya.

—La investigadora de Nanshan dice que la extracción del plasma será en las próximas horas.

Mira el reloj. Apenas faltan doce horas para el aterrizaje.

—La preparación del donante es un proceso costosísimo. Casi diez horas. Van mal de tiempo. Y esa gente es peligrosa. Si logramos jugar al despiste el lapso suficiente, quizá tengamos una oportunidad.

—Tengo que advertir a Germán.

—Hagamos una cosa.

—Dime.

—Tienes que ir a por él. Avisar. Tenemos que ocultarlo el periodo suficiente para que la extracción no sea viable por falta de tiempo.

Poquet contiene la respiración.

—¡¿Me estás escuchando?! —grita Patricia. Está en shock. La zarandea—. Tú ve a por Germán, le instas a que se oculte y yo bajo al laboratorio. Necesito evidencias, fotografiar el golpe mortal. Tengo que demostrar que la fundación orquestó la muerte de Ponce Savaté.

Las mujeres se alejan.

Patricia la esperará en el laboratorio fantasma.

47

Un mes antes de la tragedia
Barcelona

Livia Ferrante entró en el edificio. Subió al sexto piso de un complejo de oficinas anodino e impersonal. Su chófer la esperaba dando vueltas por la avenida. Llamó a la puerta acristalada donde el letrero de VERMELL & ASSOCIATS le dio la bienvenida. Una empleada le dijo que tomara asiento. Miró en derredor. Plantas de plástico, mobiliario claro, alfombras en tonos empolvados, decoración escueta. Más que un despacho de detectives, parecía un restaurante de quinta gama.

«Adelante».

A Livia le sorprendió que la recibiera la misma secretaria de la entrada.

—No hace falta que disimule su sorpresa. Soy Vermell.

Se abochornó por considerar que era un oficio extraño para una mujer.

Decidió quedarse. Las referencias de la investigadora eran espectaculares.

—Tampoco hay asociados, me temo. A la gente le gusta proyectar: hombres rudos persiguiendo a maridos infieles. Si eso es bueno para el negocio, quién soy yo para contradecirles.

La detective se presentó. Sus tres décadas de experiencia la

avalaban. Ferrante hizo lo propio. Amagó su sorpresa con un gesto distante. No todos los días se atendía a una de las mayores fortunas de Cataluña, la baronesa Begur.

—Pues usted dirá, baronesa.

—Puede llamarme Anna si lo prefiere.

Vermell miró el expediente. Había pedido la cita bajo su nombre de soltera: Anna Livia Ferrante.

—Anna Livia, sí.

—Prefiero Anna o, sencillamente, Begur. Hace mucho que nadie me llama Livia.

—¿Por qué ahora?

Solía ser el movimiento de apertura que empleaba en la primera visita. Una cuestión lo suficientemente amplia para que el cliente comenzara por donde pudiera. Las cuestiones del corazón suelen ser vergonzantes.

—Mi marido, Albert, el barón de Begur, acaba de fallecer.

Vermell lo sabía. Estaba al corriente de las noticias del papel *couché*.

—La acompaño en el sentimiento.

En las siguientes horas le explicó sin escatimar en detalles las tres décadas de amor que había compartido con el barón: su complicada relación con la primera esposa, con los cuatro hijos de esta.

—No era un hombre fácil, ¿sabe? Nos abrazamos con nuestras cargas y con nuestras imperfecciones, pero siempre me desalentó de buscar a mi hija. Yo nunca estuve cómoda con aquella parte de mi pasado, así que me convencí de que olvidar era una buena opción. El precio de una vida sin sobresaltos. Mi Albert, no le culpo, lo dejó todo por mí. Él siempre decía que ya tenía una familia. Y, durante un

tiempo, la mayoría de nuestra vida en común, estuve de acuerdo, pero…

—Las cosas han cambiado.

Demasiadas horas siendo la psicóloga de sus usuarios.

—Sí, tengo que encontrar a mi hija. A su familia, si la tiene. Dar la cara. Reparar las heridas del abandono.

—Y porque su promesa al barón ha prescrito…

Begur sonrió para sí.

—¿Tan pragmática me cree?

Vermell se encogió de hombros.

—Necesitaré toda la información que pueda proporcionarme: fechas, registros, si la niña fue bautizada…

La puso al corriente. También le dio el nombre de la residencia de ancianos en la que la Beni pasaba sus últimos días sin Antonio. Un hombre bueno con el que Livia continuó en contacto a lo largo de los años.

—Está muy mayor, creo que tiene demencia. Calculo que Benita debe de rondar los noventa años, pero siempre fue una mujer fuerte.

Vermell dobló el papel. Guardó la dirección en el bolsillo interior de su americana.

—Me acercaré en cuanto pueda.

—Lo último que supe es que la niña acabó en Puerto de Sagunto.

—Baronesa, con todos mis respetos, de eso hace más de cincuenta años. Quizá ni siquiera esté en Valencia. Verá —dudó la detective sin asociados—, eso no es lo que me preocupa.

Los ojos de Begur la interrogaron.

—Y lo que le preocupa es…

—Los casos de bebés robados son muy complicados de rastrear.

—No creo que mi caso sea uno de ellos. Fui consciente de mis actos en todo momento.

Livia se juzgaba duramente. Una migrante joven, sin recursos, que vio el cielo abierto cuando le arrebataron a una niña que no tenía ni idea de cómo cuidar.

—Con todo, una vez localizados, los casos de personas adoptadas son complejos. Son hostiles, beligerantes. Y en su caso… Digamos que hay un agravante.

—Mi fortuna.

—Exacto. Aun así, entiendo que está dispuesta a continuar.

No sería barato. Le dijo sus honorarios.

—Se lo repetiré solo una vez: ¿está segura de que quiere localizar a su hija?

—No he estado más segura de algo en toda mi vida.

48

Veintiuna horas antes de la tragedia

Begur boquea como un pez fuera del agua cuando se cruza con Mar por los camarotes de primera.

—Querida… —comienza a decir.

Se escabulle de su abrazo. Mar no puede cuidarla.

Tiene que localizar a Germán. Esconderlo.

La obsesión ha escuchado sus plegarias. La pareja se encuentra frente al camarote veinticuatro. Se abrazan. Le besa el pelo, la cara. Lloran. Tienen tanto que contarse. Debe advertirle. Pero, antes, están las preguntas… Necesita averiguar qué es lo que no ve, qué es lo que no encaja. La megafonía se empeña en anunciar que la cena se servirá en minutos. Son poco más de las nueve de la noche. Ven con sorpresa cómo los pasajeros se dirigen de nuevo al comedor, dislocado tras una batalla campal. El aroma a comida recién hecha invade la sala y reconforta los instintos más primarios. Germán y Mar aprovechan para cambiar de planta. Suben. Se refugian en la sala de lectura, junto al espacio del mirador. Como pronosticaban, está desierta.

—Tengo que hablar contigo.

—Yo también.

La reacción de Germán la desconcierta. Su tono suena a

confesión. No sabe por dónde empezar. Él se viene abajo. Solloza como un crío.

—Lo que sea que tengas que contarme —dice Mar—, tus sentimientos hacia mí, el divorcio, ya veremos qué hacemos con Cruz. Todo eso puede esperar.

La mirada de él, indescifrable.

—Estás en peligro, Germán.

—Todos lo estamos. He estado haciendo algo… Y no sé si estoy a tiempo de revertirlo.

—¿De qué me estás hablando?

—He saboteado el sistema eléctrico del dirigible.

—¡¿Que has hecho qué?!

—Si nada lo impide, al tomar tierra, comenzaremos a arder. Verás… Es complicado de explicar. La nave cuenta con una antena de radio…

—Pero si no hay comunicación con el exterior…

—Claro que la hay, Mar, ¿cómo no va a haberla? Comunicación por radio de onda corta, solo que no funciona porque Schäfer ha ordenado que esté replegada durante el trayecto. La antena de los dirigibles, a diferencia de la de otros vehículos, es un cable enrollable.

Maravillas imagina una bobina de hilo larguísimo.

—La antena es nuestro punto flaco, y, por tanto, ideal para un sabotaje.

Le explica las vueltas que dieron Peiró y él para reproducir el accidente primigenio del Hindenburg…

«¡El fuego de san Telmo!», concluye Mar.

La llamarada de la respuesta la abrasa. Desconoce en qué consiste exactamente. Lo necesario para medir el peligro que corren.

—Y ese cable está… está… abajo, ¿verdad?

Germán asiente.

—Sí, cerca de nuestra cabina. La antena está en el puesto de mando.

La escalerilla de servicio da a la sala de radio, ubicada en la góndola externa.

Entonces las piezas casan. El cambio de cuarto. Las conversaciones incendiadas. Su mala conciencia alertándole en sueños sobre el fuego de san Telmo.

Sobrevuelan el Gran Banco de Terranova, la noche es cerrada como boca de lobo. A lo lejos, sobre las aguas, un carguero dirige sus focos a una cita con la muerte.

Un resplandor.

A los tres segundos, un trueno.

Una tormenta eléctrica les da la bienvenida.

—Pero… un sabotaje, ¿por qué?

—Al principio fue sencillo —dice Germán—. Manipular cuatro sensores en la sala de máquinas, cerca de la estructura metálica. Jugar al despiste con Schäfer y desestabilizar sus altímetros, bajadas en la potencia, apagones… Comenzó como cortina de humo, Mar. No estoy orgulloso, solo quería asustarte.

—¿A mí?

Dice que sí con la cabeza.

—Mar, yo solo quería que me necesitaras.

Maravillas enmudece.

—Sé que es una estupidez, pero vi en este vuelo una segunda oportunidad.

—…

—Una oportunidad para comenzar de nuevo, para recuperarte.

—El gesto grandilocuente de Germán iba a matarlos a todos—. Pero Peiró es insaciable… Yo solo me metí en una trampa de la que no supe calcular las consecuencias… Pensé que sabría manejarle.

—Todas tus desapariciones… —Ata cabos—. ¿Era eso? ¿Por eso discutíais?

Germán no responde a eso.

«Estaba tratando de volverse atrás», piensa Poquet.

—No fue premeditado. Te lo juro, Mar. Encontrármelo aquí fue una sorpresa. ¿Quién iba a prever que Peiró sería parte de la tripulación? Tampoco nadie habría esperado que tú me arrastraras a esta travesía…

Se equivoca. Su asistencia en el Embryo estaba calculada desde el principio. Por su parte, el profesor se enroló a sabiendas. La fundación pagaba bien y escaseaban los ingenieros que aceptaran ocuparse del mantenimiento. Hasta Alemania no llegó el runrún mediático ni su radicalización.

—Sin embargo, Peiró tenía un plan…

—Sí, estrellar el Embryo. Poner el foco en el supuesto fraude del hidrógeno verde. Acabar con los vuelos transoceánicos.

—¿Llevándose la vida de cuatrocientas personas por delante?

—Lo sé. Lo sé. Cuando me di cuenta de lo que pretendía ya era demasiado tarde.

Germán se excusa por haber conseguido su objetivo: Mar está aterrorizada.

—No te reconozco, Germán. ¿Qué has hecho? ¡¿Qué habéis hecho?!

La tormenta crece.

La proximidad entre los destellos y los truenos se acorta. Un relámpago ilumina la biblioteca como si fuera de día.

—Tenemos que regresar a la cena antes de levantar sospechas, y

tú, Germán, tienes que ocultarte a plena vista si quieres seguir con vida.

—Mi vida ya no importa, Mar. Creo que no lo entiendes. Debo solucionar la manipulación de la antena antes de que la corriente estática genere una descarga. Si ese cable se electrifica, la más mínima chispa hará que los tanques de hidrógeno exploten como una bomba.

Parpadea.

—Germán, tienes que arreglarlo.

—Lo sé.

Su boca está seca.

—Y tú, ¿qué querías decirme?

Mar valora sus opciones. La vida de un ser desquiciado, horrible, a quien a pesar de todo aún ama, a cambio de la de centenares de personas.

No hay mucho más que pensar.

El tiempo que le quede de vida lo empleará en reparar ese cable.

—Nada relevante.

«A esta Vaca —se dice— la sacrifico yo».

49

Un mes antes de la tragedia
Barcelona

Els Lliris estaba a las afueras de Barcelona. Una casa apacible y tranquila que la Beni hubiera aborrecido con todas sus fuerzas antes de perder la cabeza. Tan solo el comedor de aquella guardería de ancianos la hacía sentir como en la Bonaventura.

El centro pertenecía a un fondo que reventaba a la plantilla. La rotación laboral, unida a las hechuras de madre de Vermell, lograron que la recepcionista hiciera la vista gorda por un día. El nombre inventado no figuraba en la lista de visitas.

—Benita Blanes López.

La mujer se rascó la cabeza.

—Vengo a ver a mi madre.

Tecleó el número de expediente de nuevo.

—Por Blanes no me viene nada.

—Eres nueva, ¿verdad?

La chica no quería problemas. Tampoco llamar a la supervisora.

—Benita López Urgell es mi madre. Yo soy Benita Blanes. Mira, *maca*, le he traído *cocotets* artesanos. Llevo horneándolos toda la mañana.

El envoltorio de las pastas, en la guantera del coche.

Sonó el teléfono.

—Está en la sala conjunta. Hoy le toca terapia cognitiva.

Un celador arrastraba un carrito de batas.

El teléfono no paraba.

—Oye, por fa, acompaña a esta mujer a la zona común.

El chico caminó al lado de Vermell unos minutos en silencio. Parecía un buen tipo. Cuando localizaron a la abuela, la Beni babeaba levemente.

—Mira, Beni, ha venido tu hija.

La anciana miró a la desconocida desde su silla de ruedas, y sucedió lo que Vermell temía.

—*Jo no tinc cap filla*.

Vermell fingió disgusto.

—¿Cómo que no tienes hijas, Benita? —Un gesto de ternura—: No se lo tenga en cuenta, es el alzhéimer el que habla por ella.

Se dirigió a la anciana:

—Mira, Beni, te han traído pastas.

La mujer se iluminó como una *gaita*.

Los abuelos son golosos.

—Mírelo por el lado bueno. Hoy el día acompaña. Está parlanchina. —El hombre empujó pesadamente el carrito.

—No se moleste. Ya saco yo a la *mare* al sol.

La Beni en efecto tuvo un buen día. Devoró hasta el último de los dulces y le proporcionó una pista de la que tirar. Tras un sinfín de favores, y semanas de callejones sin salida, Vermell hizo justicia a la fama que la precedía y dio con un nombre.

Y una ubicación.

También con la calle de una mercería donde no quedaba en pie

ni un solo bar.

50

Veinte horas antes de la tragedia

La góndola externa del dirigible está a oscuras. También la sala de radio.

El Embryo duerme exhausto tras un día inacabable. La lluvia ha amainado su fiereza, pero se mantiene constante. Los destellos no dan tregua. Atraviesan la noche con un brillo fatídico. Faltan veinte horas para Lakehurst. Germán sabe que la aproximación al mástil de afianzamiento no será fácil. Demasiados factores que tener en cuenta en un vuelo experimental: aliviar los depósitos, compensar la presión, evitar que la antena se enrede con los amarres… Reza por que la tempestad haya disminuido para entonces, pero la previsión les es desfavorable. La borrasca no se movería un ápice en las próximas horas. Si no repara la antena, no lo conseguirán.

El tiempo juega en contra.

La sala de control está vacía. Un fogonazo le saca de su error: un operario dormita con una traducción de *La luz más vibrante* en el regazo. Tiene un dormir subrepticio. En su mano, una botella de licor que Germán no sabe identificar. Ha sido el alcohol y no la prosa de Savaté quien ha tumbado al lector de *bestsellers*. Aprovecha la ventaja para neutralizar el fuego de san Telmo. La superstición bautizó al hechizo con el nombre del patrón de los marineros. Los

mismos que atribuían una explicación divina al resplandor violáceo que chisporroteaba en sus mástiles. El procedimiento para replicarlo, según Peiró, era relativamente sencillo. Tan solo había que pelar la antena y esperar a que se ionizara. La diferencia de carga eléctrica le haría llegar al umbral para emitir la luz más vibrante: el fuego de san Telmo.

Esa chispa acabaría con todo.

Ni todo el santoral intercedería por ellos si Germán no actuaba de una vez.

Continúa caminando con sigilo hasta divisar el carrete anclado que conecta con el panel de comunicaciones. El suelo de linóleo cruje bajo sus pies. El operario de radiofrecuencia emite un gemido. La respiración de Germán se acelera, teme despertarlo, pero tan solo cambia de postura y continúa respirando con fuerza. Ronca. La bobina se ilumina con cada relámpago. El cable, grueso como el pulgar de un gigante, desciende hasta desaparecer por una hendidura del suelo, extendiéndose hasta el vacío exterior. Es la salida natural de la antena de radiofrecuencia que conecta el Embryo a la esperanza. Se agacha. Ya en cuclillas, recuerda al tacto dónde estaba el problema: a medio metro de la base de la rueca. Allí la goma oscura ha sido arrancada. La bobina muestra el cobre pelado, listo para generar una chispa al primer contacto.

Sudoroso, Germán saca la cinta americana del cuartito de mantenimiento. Armario que ha frecuentado para proveerse de material en las sucesivas bajadas de tensión de sus ausencias. Intenta rasgar la cinta fría, pero, al separar la superficie pegajosa del cilindro, esta hace más ruido del que espera. Utiliza los incisivos para cortar un gran pedazo de la banda gris. Lo hace a dentelladas. El sabor a goma dulce le produce náuseas pegajosas. Un fragmento se le adhiere en la barbilla. Tira de ella. Duele. Es firme, de eso no hay

duda. Desgaja otro pedazo y, al alejarlo, no está seguro de su tamaño. Tendrá que valer. Rodea con él parte del cable, asegurándose de cubrir bien la parte pelada. Tiene que impermeabilizarlo de nuevo. Es una chapuza. No es la solución idónea, pero al menos impedirá el desastre, siempre que la bobina no haya sido seccionada por algún otro punto. Imposible saberlo a oscuras. El cable enrollado puede medir más de treinta metros. Coge de nuevo la tira adherente y, a la desesperada, intenta cubrir gran parte de la superficie dando vueltas sobre el pulgar del gigante. Una, dos, tres, mil veces. Una vez restañada la zona, cuando la superficie queda convertida en un amasijo plateado y pegajoso, Germán da por finalizada su misión.

Llueve con ganas. Un trueno le saca de su trance. El aerostato se estremece y vira bruscamente, lanzándolo contra la pared. Las manos del ingeniero se aferran a la culebra durmiente. Calambrazo. Una mordida intensa le trepa por la extremidad. «¡Dios! No ha funcionado. La estática se está acumulando». Su mente trabaja deprisa. Tiene que cortar el suministro eléctrico antes de que sea demasiado tarde. Su lucidez se apaga al recibir un fuerte impacto.

Un profesor enjuto tironea de sus piernas escaleras arriba. Peiró se desfonda en cada uno de los escalones metálicos emitiendo un sonido sordo.

La cabeza de Germán golpea cada peldaño. La respiración acompasada del operario es su diapasón.

51

Dieciocho horas antes de la tragedia

Muy cerca de allí, el cuerpo de Ponce Savaté aguarda desnudo. Mar lo observa desde la entrada con aprensión. Arreglo a lo acordado con Patricia, ha empujado la puerta con naturalidad y esta se ha vencido por el peso. A pesar de las horas, el trasiego es incesante. Allí abajo trabaja sin descanso una legión de personal médico. Son cautos: dejan su bata blanca colgada en el distribuidor, pero ese olor reconocible los delata. El hedor a desinfectante y sanación se les queda pegado. Mar camina sigilosa en deportivas y ropa cómoda. Tras la ducha para la reunión informativa, la etiqueta ha quedado en segundo plano. Luce sudadera, pantalones de deporte y una bandolera azul cruzada, el uniforme de los viajes largos. No sabría decir cuántos años tiene la ropa que lleva, a excepción del bolso, de temporada. Se sonríe por la coincidencia feliz de encontrar uno idéntico sobre una silla. La bandolera azul, sabrá después, pertenece a la ayudante de Nanshan, con la que han quedado.

Ni rastro de la investigadora.

En cambio, a unos metros está Aguilar. Está frente a las cámaras frigoríficas, con la sábana que cubre a Ponce en la mano.

Se saludan con un cabeceo.

Maravillas se acerca lo suficiente para intuir la cremallera de

carne que se pierde torso abajo. No se atreve a seguir el curso de la hendidura. El bolso se precipita de la impresión y lo deposita en la silla, sobre su gemelo.

El ruido ha sido sordo. Alcanza a Pat.

—Mira: tiene dos incisiones en los costados.

Aguilar menciona algo sobre compatibililidad renal.

«Me estoy mareando —piensa Mar—. Incisiones en los riñones tras una noche de excesos». Se siente la protagonista de una leyenda urbana. La escucha parlotear como debajo del agua: «Yo no soy una experta, pero juraría que estas marcas se corresponden con una extracción. O, al menos, compatibles con un sondeo». El peligro la enfrenta a su fragilidad como un espejo. En realidad, lo está. Desvía la mirada, la cámara frigorífica refleja la parte opuesta de la sala. Con una cualidad onírica, la clínica parece expandirse a su espalda, infinita. La instalación no parece acabar nunca, deforme por la superficie reflectada. Al fondo, intuye algo más. Alguien se mueve agitado. Voces. Mar desconfía de su propia percepción. Decide inspeccionar y sus pies la sorprenden recorriendo el final de la sala.

—Vuelvo enseguida, Pat.

Aguilar continúa tomando fotos de las heridas del guionista. Necesita documentarlo. Habla sobre la mala pinta del impacto del occipital. La escucha a lo lejos, como un rumor. Sus ojos la engañan, tienen que hacerlo. En la otra punta del cuarto diáfano hay alguien reclinado. Está cubierto con muchas mantas. Los párpados cerrados. Una mujer con hechuras de soprano vela su sueño. Unas máquinas grandes zumban a su alrededor. La figura lleva una vía de suero. El brazo libre recibe sin ganas el plasma dializado de los órganos externos de Hans. Monika Volkers vela el proceso. Una madre que sufre por un hijo que se apaga en el vuelo de la fortuna.

Todo lo que importa está en el aire.

Como una canción comercial, el goteo marca el ritmo de una espera silenciosa.

Una voz altera a Maravillas.

—¿Qué hace usted aquí? Esta zona es de acceso restringido —dice el topo. Nunca la han reprendido en un tono tan bajo.

La amiga de Aguilar tironea de ella con fuerza hacia la salida. Se está jugando mucho ayudándolas. La escolta con presteza al distribuidor, donde han dejado sus pertenencias. Mar la evalúa. Es joven, quizá un par de años menor, pero tiene una complexión muy similar a la suya en cuanto a peso y altura.

—No podéis estar aquí —dice cerrando la cámara frigorífica. Envía a Ponce a dormir—. Tenéis que marcharos.

Está visiblemente nerviosa. Tartamudea. La mirada de Aguilar la pone en alerta: algo no va bien.

—Pero si nos has convocado tú… ¿Qué querías contarnos?

La chica tiembla. Las voces lejanas se escuchan más claras. No hay duda, es Volkers. También distingue otros timbres masculinos. Reconoce el tono de Nanshan, y el del jefe de seguridad. Entonces lo sabe: la chica está tratando de advertirles. Su lenguaje corporal es de huida: posición defensiva, manos en jarra, pies apuntando hacia la salida. Toma uno de los bolsos azules de la silla y se lo cruza por la cabeza. Su voz aúlla:

—Ya han localizado a la Vaca. La extracción comenzará en unos minutos. Están preparando a Hans. En cuanto acaben con la diálisis, sedarán al donante.

—¿Por qué es necesario sedarlo? —pregunta—. Si se trata de compatibilidad sanguínea, con una simple transfusión sería suficiente.

—Porque nadie en su sano juicio donaría la cantidad necesaria. —Aclara que son cinco litros—. Además de sus riñones…

Pat la mira.

La ayudante la saca de dudas:

—Lo intentaron con Ponce.

—Lo sabía.

—No funcionó. Su plasma era del grupo correcto, pero no contenía la enzima que buscamos.

—Solo por curiosidad, ¿qué grupo buscan?

Se lo dice. Y se extraña porque Germán tiene un tipo mucho más común. El que comenta la investigadora es el suyo, el de Maravillas Poquet.

—Pero eso ya no importa. El sujeto que buscamos, además de tener la enzima, está emparentado de algún modo con Hans.

Ve sus caras.

—Sí, ha sido una sorpresa para todos. Entre el Heredero y la Vaca hay una relación de consanguinidad, de parentesco de tercer grado.

—¿Quiere decir eso que Germán y Hans son primos? —dice en voz alta.

Niega con la cabeza.

«No entiendo nada».

La mujer sentencia:

—El Heredero y la Vaca son tío y sobrina. La Vaca es una mujer.

La investigadora mira por primera vez a Maravillas Poquet a los ojos.

—Lo siento.

Cierra tras de sí al salir.

La cancela se bloquea automáticamente. Los pasos se acercan presurosos.

Aguilar y Poquet están atrapadas.

Entonces, Mar lo entiende todo.

52

Dos semanas antes de la tragedia
Alcossebre

El coche de Ramos era una máquina del tiempo. El hombre de confianza de Begur la conducía a un futuro posible con su hija mientras su mente viajaba al pasado; a ese lugar donde todo es mejor porque solo se recuerda lo bueno.

«Son conocidas numerosas fuentes de agua dulce en la costa, algunas de ellas incluso bajo el nivel del mar…», dijo la emisora.

Ramos sintonizó otro dial. La playa de Las Fuentes le traía sin cuidado.

—No cambies, Ramos. Conozco bien ese paraje.

El programa sobre la Costa del Azahar la devolvió a los pies de aquella orilla. Los paseos al atardecer con Albert cuando Alcossebre era una promesa. El agua dulce de Las Fuentes haciendo irregular sus pasos empapados, necesitando su abrazo a cada avance. La complicidad, la plenitud de los nuevos comienzos. Aquel sol interior. A la derecha, el poblado marinero vestido de domingo. A la izquierda, el faro de Irta se desperezaba.

El locutor parloteaba sobre el Instituto Geológico Nacional. Sobre la peculiaridad del entorno y otros caprichos de la naturaleza.

—Begur, ¿estás bien? —Ramos solo la tuteaba en privado.

—La nostalgia, hijo, que se me ha metido en el ojo.

Alcossebre fue testigo de su relación con el barón. De sus escapadas desde Barcelona. La costa les brindaba la oportunidad de pasear de la mano. Con la excusa de supervisar el inmobiliario familiar, Albert Salvador de Begur viajaba a menudo a El Baix Maestrat. La vida le había tratado bien. Descendiente de Ares del Maestre, su abuelo se casó con la menor de un terrateniente de Alcalá de Xivert. Los peores cultivos, los más salinos por su proximidad a la mar, fueron para las mujeres. Su padre supo sacar rendimiento a aquellas tierras baldías cuando el cielo se enladrilló. Aquellas fincas yermas sirvieron para alumbrar el puerto deportivo, urbanizaciones de lujo y un camping con playa calma. El dinero trajo privilegios de nuevos ricos. Mudarse a Barcelona, comprar un título, el más modesto del escalafón nobiliario que había quedado extinto en los sesenta. Pagar las tasas pertinentes, olvidar los orígenes, fingir abolengo. El barón que conoció Livia Ferrante sabía que vivía de prestado. Se labró su futuro en una entidad financiera. Cuando todo se precipitó, no le costó dejar la vida resuelta a sus hijos y a su primera esposa. Habían sido felices. Con sus inversiones, su trabajo y un par de propiedades junto al mar le bastaron para comenzar de nuevo. A Livia le pareció bien con una condición: formalizarían su unión en separación de bienes.

—Begur, es aquí. Ya hemos llegado.

La máquina del tiempo se detuvo en Puerto de Sagunto.

—¿Seguro que es aquí?

—Sí, baronesa. El navegador indica que la calle es perpendicular a la avenida principal.

Anna Livia Ferrante le sonrió. El conductor conocía su pasado. También que no era discreto pasear escoltada por un barrio como aquel.

—¿Sabes? Siempre me reconfortó que mi hija también viviera frente al mar. Pero… ¿esto?

Ramos miró en derredor. La reconversión industrial había arrollado al progreso como un tren de mercancías.

—Estaré por aquí.

Livia se apeó. Acordaron que él estacionaría sin perder el contacto visual. Estrujó el retazo de papel: la dirección de una pequeña mercería que Vermell le había entregado. Como en Alcossebre, también olía a sal. Pero allí sintió inquietud y frío. La humedad de Puerto de Sagunto no se apiadaba de nadie. A pesar de ser abril, el ambiente era fresco y húmedo. Había llovido. El mar quedaba, expectante, a escasos metros. Sentía pánico de encontrarse a solas con su hija. Un bebé del que se desprendió, fruto de una pasión fugaz con un hombre de ojos grises y discreto sello de oro. Con el correr de los años, el padre de Milagros Tirado se había convertido en una de las fortunas más relevantes del país. Imposible no seguir en *Expansión* el rastro a quien se convertiría en el dueño de Indace. Por su parte, Acevedo nunca tuvo noticias del embarazo de la italiana.

Aquella criatura tendría ahora más de cincuenta años. Le suponía una vida que no habría sido fácil. «Tampoco yo la he tenido, maldita sea». El temor, las posibles alteraciones efecto de la dioxina, demasiadas decisiones para una joven de Seveso de dieciocho años. Se observó en una de las lunas de los escaparates vandalizados de la avenida 9 de Octubre: ni rastro de aquella chica fiera en el reflejo. Desearía haber decidido no soportar tanto peso, como hizo Clara.

Dilatando el encuentro, deambuló por la zona. El Alto Horno número 2, fantasmal y grotesco, imponía su monumental presencia de pieza de museo. Muy cerca, los almacenes y el sistema de transporte de mercancías, la fundición; al fondo, las primeras

estribaciones de un puerto industrial moribundo. Caminó en dirección contraria a donde debía de hallarse la calle Progreso y clavó su mirada en un memorial herrumbroso. Ofrendas humanas al dios del trabajo.

Las campanas de la iglesia de Begoña tañían a muerto.

Giró sobre sus talones y se arrebujó en el abrigo. Vermell se lo había advertido: el recibimiento podría ser desalentador. Quizá la Beni hubiera mentido en los setenta y los adoptantes no fueran mandamases en la fundición metalúrgica. Tal vez, el padre de familia engrosaba la lista de obreros fallecidos en accidente laboral, del monolito helado. No culpaba a la Beni. Se limitaba a resolver los problemas de otros.

Las campanas de Begoña no cejaban de sonar. Las de una iglesia que, en los años veinte, satisfizo las necesidades de culto de un barrio en expansión industrial. Un siglo después, ni rastro de aquel milagro económico. Sucursales bancarias extintas, individuos angulosos evitando la mirada. El desempleo fosilizado y sus salidas fáciles por mar. Callejeó hasta dar con la calle Progreso. Dio con el número seis. Sin embargo, Begur llegó tarde. La mercería La Milagrosa estaba cerrada. El candado, brillante, le hizo pensar que la quiebra debía de ser reciente.

Encontró la cara interior de la vía más animada por la oficina de desempleo, el Bar Quijote y una casa de apuestas donde el futuro se fundía la suerte del barrio. La calle hervía. Cualquiera de aquellas personas podría ser su hija.

Una extraña.

Begur entró al bar dispuesta a enfrentarse a los gigantes de viento.

Apenas cuarenta minutos después, la baronesa se reunió con el conductor.

—¿Todo bien? —preguntó Ramos.

Asintió.

El encuentro no había ido bien, pero al menos tenía la información que había ido a buscar.

—Vamos a Castellón, a la calle de Enmedio.

El reloj marcaba las diez de la mañana. Dependiendo del tráfico, podrían estar en algo menos de una hora.

—¿Algún destino en concreto, baronesa? —Los dedos prestos sobre el GPS.

La dirección era la de una tienda de ropa usada.

Aquella mujer no dejaría nunca de sorprenderle.

53

Dieciocho horas antes de la tragedia

—Detengan a la Vaca.

Patricia y Mar se miran. El empresario les traba el paso. Su equipo sabe cómo proceder. Se dirigen a la Afortunada.

Maravillas no está acostumbrada a tener tanta suerte.

«La Vaca soy yo».

La reducen sin esfuerzo.

Sabe que morirá si la hipótesis de Savaté y Aguilar es correcta. El olor a aséptico es insoportable. Cree que Patricia la ha traicionado.

—¡Me has metido en la boca del lobo! ¡¿Cómo has podido venderme así?!

Su cuerpo avanza en dirección contraria a la salida. Levita, sus pies apenas rozan el suelo, dos hombres la arrastran. Le clava los ojos. El cabello encrespado de Pat chisporrotea de incredulidad, de rabia.

Patricia no contesta.

—No es tan lista —dice Acevedo.

Otro esbirro agarra a la segunda mujer con fiereza y la insta a caminar. Lo hace sin oposición, unos pasos detrás del séquito. Ni siquiera se revuelve. La líder de la Resistencia no ofrece ninguna.

También lo sabe: las dos están muertas.

Avanzan en silencio hasta llegar a la zona diáfana donde la sala experimental se amplía. Atrás, la cámara frigorífica, y al frente, la zona de diálisis donde descansaba Hans. El sillón reclinable está vacío.

—No es tan lista —repite Acevedo—. La identidad de la Vaca ha permanecido en secreto hasta hace unas horas. Ha sido una revelación incluso para nosotros.

Sientan a Aguilar a la fuerza, muy cerca.

—Esta tonta solo ha hecho lo que se suponía que debía —dice el patrón—. Hace días que la monitorizábamos. Se traía algo entre manos con Savaté. Al principio creíamos que tenían un *affaire*. Después, vimos que era algo más serio. Es complicado mantener secretos en un espacio cerrado.

—La técnica de laboratorio —maldice Patricia.

Acevedo dice que sí.

—Fue ella quien nos dijo que habías cambiado de bando, Aguilar. Que buscabas aliados para tu pequeña Resistencia. Nos habló de tu delirio por los garabatos del guionista y de que perseguías divulgar esa información al exterior, en Lakehurst. Sí, ya sé. —La mano en el pecho de Acevedo con afectación—: Desenmascarar a los malos, denunciar los desmanes del poder y todo eso. En fin, sandeces.

No dan crédito. Continúa:

—Solo hemos tenido que reconducir tu energía. Los conversos sois tan predecibles… Pactar con la asistente de Nanshan que os atrajera a ti y a la Vaca, a la hora convenida. El resto lo habéis hecho solas.

Volkers y Nanshan se unen a la conversación. La genetista luce el mismo aspecto agotado de quien acompañaba a Hans. El parecido con la Piedad se ha esfumado.

—No lo hemos matado, estúpida. —Mira a Aguilar—. La muerte

de Ponce Savaté fue accidental, ¿recuerdas? Tú misma preparaste los argumentarios. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Su caída no beneficiaba en nada a la fundación.

Demasiadas explicaciones en el aterrizaje que trastocaban planes.

Volkers odia improvisar.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¡Hemos visto las incisiones en los costados! —dice Mar.

Ni se molesta en responder. Nanshan lo hace por ella:

—No podíamos desperdiciar la coyuntura. Cumplía con muchos de los requisitos. Nos llegamos a plantear un trasplante de urgencia. Lamentablemente, y a pesar de la compatibilidad, el riesgo de rechazo era muy grande. Algo que, en el estado del chico, no nos podíamos permitir.

—Estoy segura de que eso no los ha detenido —dice Pat.

El investigador baja la mirada, se sube el puente de las gafas.

—Había pasado demasiado tiempo. Los órganos de Savaté ya no servían.

Acevedo pierde la paciencia.

—Acabemos con esto. Prepárenla para el procedimiento. —Mira a Aguilar. Sus ojos se despiden—. Ya saben lo que tienen que hacer.

—Un momento. —La Vaca intenta ganar tiempo—. ¿Por qué yo?

—Supongo que le debemos una explicación… —Mira a su esposa. Monika asiente. El lechero le concede su última cena en forma de respuesta—: No es nada personal, Maravillas. Solo necesitábamos reunir a los Afortunados, personas que habían desarrollado ciertos cambios por su exposición a las tragedias químicas más relevantes de nuestra era.

—Así es. Ese patrón, el de los cambios de los supervivientes, se debe a la epigenética —explica Monika—. Lo descubrimos por

casualidad hace una década, con el diagnóstico de mi hijo. Entonces Hans tenía cinco años. Mi cruzada, como madre y como médico, fue encontrar, si no una cura para mi niño, al menos una mejor calidad de vida para esos enfermos. Comenzamos a trabajar con cientos de voluntarios, miles… A procesar sus muestras, pero no funcionó. Empezar a colaborar con China me abrió los ojos.

«Cierto. En China no son tan escrupulosos con la protección de datos», piensa Mar.

—El fichaje del doctor Wu Nanshan supuso un antes y un después. Justo por aquella época, firmó un interesantísimo artículo no exento de polémica. *Science* publicó que algunos sujetos habían desarrollado habilidades puntuales tras sobrevivir a ciertos cataclismos. Madres que habían levantado vehículos tras siniestros de tráfico para salvar a sus hijos y cosas así. Ese fenómeno se había estudiado de modo residual, calificado de pseudociencia. Nanshan defendía que algunos efectos podían prevalecer en el tiempo más allá del síndrome postraumático. En su *paper* aseguraba que los accidentes de orden químico podían causar una reacción inesperada en el plasma. No se trataba tanto de una modificación del ADN, sino de algo más sutil. Una activación de ciertos interruptores de un puñado de supervivientes. Se refirió a estas personas como «afortunados».

—Sí, la toxicidad alteró sus procesos esenciales sin cambiar la secuencia del código en sí. Fuera como fuese —se lamenta Nanshan —, el gobierno chino me retiró la financiación. Nos quedamos sin fondos.

—Que ese artículo cayera en mis manos fue providencial. Los honorarios del doctor Nanshan no eran descabellados. Quería continuar con la investigación en el país que fuese.

»Resultó sencillo llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas

partes. En cuestión de semanas ya estábamos trabajando en Frankfurt. Comenzamos a abundar en el término de Afortunados, a identificar las tragedias más relevantes del globo, localizar supervivientes, conocer su identidad, su trayectoria, acceder a sus expedientes. Muchos habían muerto, otros no llevaban unos hábitos óptimos después de semejante grieta vital… El resto, ya lo sabe.

—No, no lo sé.

Volkers suspira.

—Al principio me engañaba diciendo que íbamos a ayudar a mucha gente. A los ocho meses, dejamos de buscar una patente para la cura. Al año, reorganizamos las líneas de investigación del resto de las enfermedades y desistimos de explorar. —Ve la cara bovina de Mar—. ¿Inmoral? Puede. Decidí emplear un ejército de personas para salvarle la vida a mi niño. No puedes entenderlo, tú no tienes hijos. Pasaron los años en un suspiro. Cuando quise darme cuenta, la fundación iba camino de la década. Se impuso la obligatoriedad de las memorias de sostenibilidad para hablar del impacto de una labor social que no realizábamos. Hace dos años contratamos a una publicista para crear un departamento que se encargara de esas cosas.

«Pat».

Aguilar se revuelve en su silla.

—Fletar el Embryo fue idea suya. Y, sin saberlo, creó las condiciones óptimas para reunir a los Afortunados. Una locura logística que, gracias a las dos, hoy acaba aquí.

—No ha respondido a mi pregunta —insiste.

Exhala sonoramente el aire por la nariz.

—Por probabilidad, sabíamos que uno de los Afortunados sería compatible con Hans. Pero los análisis arrojaron un milagro: una persona entre las cuatrocientas era cien por cien compatible.

Nanshan confirma el pálpito. Explica que Mar es pariente del Heredero, que tiene el grupo sanguíneo indicado y su enzima es de una calidad excelente. ¿El motivo? Haber estado sometida a dos catástrofes. Al menos, indirectamente.

—Yo no, no…

Maravillas no procesa la información. Todo ese tiempo ha pensado que la Vaca era Germán. Sus piernas se niegan a sostener el peso.

—Eso no es posible. Yo solo viví en Namie un tiempo, hace mucho…

—Lo sabemos. La exposición a la fuga de Fukushima fue tangencial, pero alguien que estuvo en otra tragedia química en los setenta te ha legado esas variantes epigenéticas. El hallazgo fue tan valioso, tan formidable, que es una lástima que no podamos publicarlo —dice Volkers—. Al ver que estabas emparentada con Hans no lo podíamos creer. Lo comprobamos tantas veces… Por algo os llaman los Afortunados, querida. Vimos que alguien del pasaje guardaba un segundo grado de consanguinidad contigo. Una mujer que sobrevivió a la tragedia de Seveso.

—Pero los Afortunados son estériles. No pueden tener hijos —grita Pat.

—Te equivocas de nuevo, Aguilar. La Vaca, aquí presente, demuestra justo lo contrario.

Una idea la atraviesa. La sinapsis de las neuronas de Mar va por libre. Una imagen emerge cristalina con la precisión de las mentiras que se cuenta a sí misma. El susurro de Begur llevándose la mano a la boca cuando la mesa diez narraba sus miserias.

«Seveso».

Está segura, su amiga la baronesa dijo «Seveso». Y eso solo puede significar una cosa: la baronesa de Begur es la abuela de

Maravillas Poquet.

Entonces…, ata cabos. El empresario gris y la noble invisible tuvieron que ser amantes en algún momento. «Pero ¿cuándo? ¿Dónde?».

El tiempo de las preguntas ha acabado.

Mar se rinde a su destino.

54

Once horas antes de la tragedia

Las manecillas del reloj continúan ajenas al ritmo de sus pulsaciones. Una aguja penetra en su antebrazo atravesando el suave tejido de la sudadera. El cuerpo de Mar se desmadeja por el relajante muscular. Patricia no tiene tanta suerte. Otro tipo de sedación avanza hacia ella. Consigue zafarse del hombre con sus movimientos de gata. Casi logra escapar. Avanza un par de zancadas. La atrapa. El cuello de Aguilar queda encajado en el antebrazo de un agente de Acevedo. Sus piernas trepan por la pared, intenta tomar impulso, darle un codazo en las costillas a quien la alza en volandas de un gesto. Una vez eliminado cualquier punto de apoyo, Pat se queda sin opciones. Su corazón frenético bombea. La presión aumenta. La llave de estrangulamiento impide irrigar su consciencia. Aguilar se va a negro.

Nanshan pide una camilla para Mar. Las ruedas chirrían. Una luz cegadora la recibe: los halógenos del quirófano del Embryo.

Mientras, Germán recobra la conciencia a oscuras. Le cuesta abrir los ojos, respirar. El corazón le atruena en las tripas, en la garganta, en el lugar difuso donde Peiró le hirió de gravedad. Un olor reconocible,

a suciedad apelmazada, le acaba de ubicar. «El cuarto de mantenimiento». El habitáculo es poco más que un armario grande. Las paredes barrocas le asedian. Apenas cabe tumbado en diagonal sobre su estómago, en la superficie de linóleo. En la boca, un regusto metálico. El reguero de la mejilla conduce sus dedos río arriba, hasta la brecha que acartona el impacto. Todavía palpita, pero parece sellado.

Germán se incorpora a oscuras, pero su sistema no responde. Se marea. Imposible calcular cuántas horas han transcurrido desde que reparara la antena, pero han sido muchas. Tuvo que ser su profesor quien lo arrastró, tironeando hacia arriba, hasta el armario. Los peldaños le han poblado de morados. Sus costillas astilladas deciden despertar. En su duermevela, delira. Teme que el aislamiento de la cinta americana no dé resultado, que no aguante. O que Curro Peiró haya pelado el cable en cualquier otro punto. Mantiene el equilibrio a duras penas. Se pone de rodillas cuando todo deja de moverse. Se hace la luz. Ha conseguido incorporarse y encender el interruptor. La bombilla oscilante del techo le muestra la puerta. La salida está bloqueada. A ambos lados, estantes metálicos. Se apoya en uno de ellos. Tantea la parte alta. «Tienen que estar por aquí». Busca las cizallas que vio al coger el rollo industrial. Toma impulso. Un pie, luego otro. Trepa por la repisa. El Embryo da un bandazo cuando Germán roza la herramienta sobre la taquilla. Ya casi las tiene. Solo un poco más. Coloca otro pie en la penúltima balda. Una, dos sacudidas, y el taquillón plúmbeo vence. La tormenta no se apiada de los Afortunados. Una cascada de herramientas lo baña. Logra esquivar las tijeras.

No tiene tanta suerte con la vitrina. El mueble macizo aplasta su

conato de heroicidad.

55

Siete horas antes de la tragedia

Mar no había vuelto a pensar en aquella chica desde hacía años. La sonrisa de la auxiliar en los ojos, trepando por la mascarilla.

—He conocido a alguien. Nos vamos a Roma.

Recuerda aquel terror. Peritonitis. Y, sin embargo, los sanitarios trasegaban en el quirófano con ligereza, hablando de sus cosas como si nada. Hoy, diez años después, no es muy distinto. Diferente espacio. Mismo procedimiento. En el cuarto día de travesía del Embryo, Hans aguarda en la mesa de operaciones. Acercan su camilla. Pitidos constantes. Destinos acompasados. El equipo médico habla del tiempo:

—¿Planes para el fin de semana?

—Pues quería regresar ya, pero con esta previsión…

La borrasca persistiría varios días.

Charlan sobre qué harán cuando todo acabe. Tras la delicada operación, su cometido habría acabado y cada cual regresaría a su país de origen. Han sido muchos meses. Han hecho piña. Prometen seguir en contacto.

—¿Y qué harán con los restos, por cierto? —pregunta un enfermero. La versión oficial diría que el guionista se indispuso y fue derivado al Presbyterian, al pabellón que los filántropos habían

contribuido a ampliar. En la misma ambulancia privada, viajarían los restos mortales de Maravillas Poquet.

Mar llora bajito.

—Por supuesto ese vehículo no llegará nunca a su destino.

—¿Y cómo avisarán a los nuestros, al personal de tierra? —dice la anestesista.

—Ni idea. Schäfer prevé establecer contacto poco antes del aterrizaje.

Los halógenos blancos la deslumbran. Tiene que esforzarse por mantener los párpados abiertos. Las puertas de ojo de buey se abren. Si ladea la cabeza, alcanza a ver quién accede. Es Nanshan. Le siguen, intuye, el cirujano y su cohorte, que asistirán su desconexión. El miedo se pega a su sábana. Los recién llegados comparten su dudas respecto al tiempo. En circunstancias normales, para asegurar la viabilidad de la intervención, necesitarían ocho horas. El asesinato deberá cometerse en menos de siete.

La doctora Volkers acompaña a su hijo en la sala aséptica. Acevedo ha preferido quedarse en la unidad de visionado, tras el ventanal del teatro. En cuanto comience, deberá organizar el aterrizaje y el traslado de los cuerpos. Demasiados quehaceres. La Vaca lo mira como si estuviera lejos. Debe de ser el relajante muscular. Juraría que, tras él, en el teatro quirúrgico, acaba de ver a Patricia Aguilar con un botiquín. Antes de desaparecer, le pide silencio con un gesto, como una enfermera de un póster de los ochenta.

La charla se suspende.

Coincide con la llegada del nefrólogo que trata al Heredero.

—¿Cómo estás hoy, Hans? —Sonríe bajo la máscara. Su

presencia da paso a un silencio reverencial—. Ha llegado el día, chico.

Hans hace lo posible por responder. A nadie parece importarle que Mar esté consciente todavía. Los facultativos repasan la jornada maratoniana. Hablan del trasvase, de la enzima haciendo su magia en el organismo del receptor. De cómo eso podría llevarles cuatro horas.

«Espero que mereciera la pena —se dice Mar—. Que hicieran mucho el amor, que lanzaran la moneda, que disfrutaran del helado», su mente se ancla a la ternura, escapa de lo que le espera: la incisión, la extracción, las toxinas. El sellado de unos conductos que deben quedar alineados en tiempo récord en el cuerpo de otro.

—Conocemos el protocolo. Mi única preocupación es el tiempo, doctor. El despertar del paciente. Si se produce la más mínima complicación, si llegamos a Lakehurst a la hora prevista, no podremos mantenerle en la sala de despertares. Ya habremos llegado a puerto.

—El plan de vuelo se mantiene —le dice a la anestesista—. Descenderemos a las siete y media de la tarde.

«¿El tipo sería decente? ¿La quiso nada más verla?», arruga el cubre. Hiperventila.

No es la única. Hans gorjea, inquieto. El desembarco de alguien convaleciente complicaría las cosas.

—No te preocupes, Hans. —Una voz sincera le habla en contrapicado. Le muestra un inyectable—. Tenemos naloxona. Lo ideal sería no usarla, pero, llegado el caso, un pinchacito de esto y podrás salir del Embryo por tu propio pie. —Se muerde la lengua, sabe que no podrá cumplir su promesa. El delirio de la cura solo alargaría la vida de Hans Acevedo unos pocos años más. A pesar de la fundación, la dolencia del chico es y será incurable.

«¿Seguirán juntos? Diez años son muchos años. Quién sabe. Quizá sí».

Mira a Hans. Sus ojos se abrazan.

Le conoce por el bosquejo que Ponce hizo de él, de sus charlas en cubierta y que supo transmitirle a Begur. Su alegría le ha llegado en diferido a través de su abuela. Que es divertido, le han dicho, que sabe escuchar. Lamenta no haber podido conocerlo mejor.

«Tenía toda la vida por delante. Aquella auxiliar parecía buena persona».

Se pregunta si Hans también lo sería. Si alguien le habría pedido opinión en algún momento, si estuvo en su mano detener su asesinato.

—Estamos listos.

La anestesia induce a Mar a una noche profunda.

«Sí. Fueron felices. Estoy segura. Tuvieron que serlo».

56

Semanas antes de la tragedia
Castellón

Begur estuvo estacionada durante varios días, observando a su nieta. A diferencia de la persona resentida que se negó a escucharla, quizá con la hija de su hija tuviera una oportunidad. Cuando se dispuso a bajar del coche de lunas tintadas, un repartidor se lo impidió.

Tuvo que regresar varias veces, siempre en sábado, hasta reunir la determinación de conocer a aquella chica ceñuda de la que le había hablado Milagros. El día que se vio con fuerzas, Mar se hallaba en Cofrentes tratando de reclutar a un marido esquivo. Begur tuvo la prevención de cambiar su aspecto al entrar a la Fea. En una tienda de modas, quizá alguien pudiera reconocerla. Solo tuvo que dejarse caer el pelo sobre la cara, despojarse de las joyas y lucir ropa impersonal de grandes almacenes. El superpoder de los viejos funcionó. Ya en la tienda, seleccionó algunas prendas de baja calidad y entabló conversación con una Elena aburrida, con ganas de hablar. Sobre el mostrador, una novela de Ponce Savaté. La radio, de fondo, parloteaba sobre el enésimo Afortunado. De forma natural, la charla derivó hacia el Embryo. Elena anhelaba exagerar su amistad con quien cerraba la lista de la fortuna: Maravillas Poquet. Esa

misma tarde, Begur empleó parte de su herencia en un pasaje de primera clase. La aproximación con Milagros había sido terriblemente torpe, precipitada. No estaba dispuesta a cometer el mismo error con su nieta. Quiso pensar que a Albert le agradaría la idea a pesar de todo.

El dirigible le brindaba cuatro jornadas completas de redención para ganarse la confianza de Mar.

Tropezarse allí con Acevedo sería inevitable.

Confiaba en que el español de sello dorado no la asociara con Milán.

Livia Ferrante era solo un fantasma.

57

Dos horas antes de la tragedia

A dos horas escasas del aeropuerto, Germán vuelve en sí. La luz escueta del armario se balancea como un péndulo maldito. Ilumina su misión inacabada: regresar a la sala de comunicaciones, alertar sobre la muerte de Savaté. Si sobreviven, sería el fin de la fundación.

«Tengo que alcanzar la radio».

Encuentra las fuerzas. Gira sobre sí mismo, desplaza el estante lo justo para liberarse. Su pierna sangra con profusión. Deja un zapato como rehén. Cojeando, busca algo con lo que abrir la cancela. Imposible dar con las cizallas en el mar de utilidades despanzurradas. Aporrea la chapa con su hombro izquierdo para forzar su huida. No consigue gran cosa. Las dimensiones del cuartucho limitan la maniobra. Sin embargo, los impactos repetitivos llaman la atención de Pat Aguilar, que desanda sus pasos por el pasillo de servicio. Hace horas que busca a Germán, a cualquier aliado que enrolar en la misión de rescate de Maravillas.

—¿Hola?

Silencio.

Germán duda. No sabe quién puede estar al otro lado.

La publicista insiste:

—¡¿Hola?! Germán, ¿eres tú?

Pat lo ha estado buscando tras conocer los planes de redención del ingeniero.

—He pasado por aquí mil veces, Germán. Estaba buscándote.

—Ábreme.

La abertura está atrancada desde el exterior. Escucha cómo la pericia de Aguilar abre la puerta. La luz de la galería alumbra el aspecto del hombre. Es deplorable. Se miran. El de Pat no es mucho mejor: lleva una bata de laboratorio arrugada. Muy mala cara. La pierna de Germán gotea ostensiblemente.

—Acompáñame a la sala de control —dice él.

Las últimas horas son un gran misterio para él. Desconoce qué se ha perdido.

—No. Primero tenemos que salvar a Mar. Si al menos conserva el flujo de uno de los dos órganos, quizá tenga una oportunidad.

Germán trata de comprender.

Se roban la palabra.

Patricia le actualiza.

Germán tiembla.

Suben las escaleras de dos en dos hacia los compartimentos del piso superior. El paso de Germán se ralentiza. Su pernera, rasgada, teñida de rojo. Si quieren ocultarse a plena vista, tendrá que adecentarse. Tan solo una parada en boxes para no levantar sospechas, pero, sobre todo, para convencer a la persona que necesitan para cumplir su cometido: salvar la vida de la Vaca y la de los pasajeros del Embryo.

Saben a qué puerta llamar.

La número cuarenta.

El camarote de la abuela se abre de par en par.

—¿Que mi nieta es qué? —se delata la aristócrata.

—Begur, no hay tiempo para juegos —ataja Germán.

—Maravillas Poquet es la Vaca y está en serio peligro.

Begur procesa el resumen ejecutivo de las últimas horas: la agresión a Germán, la existencia de un laboratorio clandestino, la ocultación de Patricia tras haberse recuperado de su asfixia inducida y cómo, tras recuperar la conciencia, salió por la puerta principal con una bata del equipo técnico. La mesa de operaciones, se quita mérito, monopolizaba la atención de los genetistas. La anciana rebusca el Ventolín en la consola del baño. Envejece a cada alivio aspirado. Se ahoga. Las pertenencias de Begur, perfectamente empacadas, esperan a ser devueltas a la bodega para su descarga. Son las seis de la tarde. A las siete y media del 6 de mayo el tiempo se detendrá para el vuelo de la fortuna.

—¿Y qué planeas, hija?

—Llegar hasta el recinto secreto —dice Pat—. Sacarla cuanto antes de allí. Como sea. Y, en paralelo, poner en funcionamiento el equipo de radio. Germán cree que ha podido reparar la antena, pero tiene que regresar para activarla.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Te necesitamos, Begur. Tenemos que dividirnos. Quizá no podamos hacer las dos cosas a la vez.

Los ojos de la baronesa hablan. Sus labios verbalizan sus dudas.

—¿La radio?

—Schäfer acatará órdenes, pedirá una ambulancia fantasma donde ocultarán los restos de Ponce y, si no lo impedimos, también los de Mar. Te necesito para que bajes conmigo a quirófano.

Mientras tanto, Germán comprobará si, revertido el sabotaje, podemos comunicarnos con el exterior.

—Alertar de las aberraciones del Embryo.

—Eso es.

Minutos después de atender a Germán, el equipo se divide.

Las mujeres toman el corredor que desciende al laboratorio.

Observan a Germán alejarse en dirección opuesta. Arrastra el pie descalzo.

Aún no lo saben, pero será la última vez que lo vean con vida.

58

Una hora antes de la tragedia

La tos ahogada de Begur tritura los nervios de la mujer que abre la clínica del Embryo. Patricia procede sin esfuerzo. La tarjeta del bolsillo de la bata les allana el camino. La batiente emite un zumbido digital y la luz cambia a verde al contacto con la banda magnética. Entran sin ser vistas. Aguilar guía a la abuela a la sala de operaciones donde debe de estar Mar. Caminan pegadas a la pared, dejan atrás las neveras, pero pronto sus precauciones ya no son necesarias. Contienen la respiración ante las puertas altas, coronadas por sendos ojos de buey, que dan a la atmósfera estéril.

Miran por uno de los ventanales: allí no hay ni un alma. Algo no va bien.

El personal parece haber abandonado la sala de estampida. Mascarillas, bisturíes y gasas se apilan sobre el mobiliario auxiliar. Pat se aferra a su mochila y continúa con paso firme hacia el quirófano. Las puertas gomosas se abren pesadas. Ni rastro del equipo médico: cirujano, nefrólogo, anestesista, enfermeros. Nada. Tampoco del Heredero.

Las mujeres se miran perplejas.

Sobre la mesa de operaciones, sola y desnuda bajo los potentes focos, Maravillas Poquet yace exánime como un residuo sanitario.

—Hemos llegado tarde.

Begur rompe a llorar junto a la camilla quirúrgica. Su llanto es quedo, como el de los acostumbrados a sufrir.

Patricia se acerca a la Vaca, esa mujer inteligente y luchadora que ha dado su vida por el esclarecimiento de la verdad y que merece todo su respeto. «No puedo creer que haya contribuido a este horror». Desde su posición, acierta a ver a una Mar entre los electrodos. Por su respiración acompasada y el bip constante del soporte vital, se diría que está bien.

Maravillas Poquet continúa viva.

Se lo dice a Begur:

—¡¡Está viva!!

Su asma lo celebra.

Patricia comprueba la anatomía del pequeño milagro. Su cuerpo está intacto.

Algo no ha salido según lo previsto en la carrera por salvarle la vida a Hans Acevedo. El rastro de sangre en el suelo, de unas ruedas apresuradas, explica una historia plausible: Hans no pudo resistir una intervención tan invasiva y entró en parada. Las pisadas acompañando la camilla lo confirman. El cambio de escenario por el fallo multiorgánico obligó a interrumpir el proceso prácticamente al inicio. Desde entonces, el chico lucha por su vida en la unidad de estabilización anexa.

Por su parte, Maravillas lleva desnuda y abandonada a su suerte casi seis horas. La anestesia pronto comenzará a remitir, pero no es factible desplazarla en ese estado de seminconsciencia.

En apenas una hora arribarán a Lakehurst.

—Tenemos que moverla. —Begur zarandea a su nieta, que está fría como el hielo—. Patricia, tenemos que despertarla, llevárnosla de aquí, pero ¿cómo?

La droga es la respuesta.

Aguilar rebusca entre su bolso y se corta. Una hendidura profunda en su índice izquierdo comienza a manar. Un reguero de sangre roja y vibrante le mancha la bata.

—Mierda. —Su mano ha tropezado con el instrumental sustraído.

Sus dedos torpes dan con una fina inyección, similar a las de insulina.

—¿Qué es eso? —pregunta la tos de Begur.

—Naloxona. Tenemos que despertar a la bella durmiente.

—¿Funcionará?

—Ahora lo veremos.

59

Cincuenta minutos antes de la tragedia

El frío me cubre los pies y trepa por mi cuerpo como la lengua de un viejo. Es la humedad de mi niñez. La cercanía al mar de la casa del Puerto de Sagunto no perdona. Mi madre siempre decía que hay personas que llevan la tormenta dentro. Debo de ser una de ellas. El agua está helada. Sin embargo, hoy hace un buen día. Las olas están en calma y veo mis pies a través del agua. Juguetean mis dedos con guijarros de la orilla. Llevo las uñas pintadas. Me adentro un poco más, el oleaje suave cubre mis muslos, mis caderas, mis pechos. El sol tibio comienza a cubrirse por unas nubes aceleradas por un mando a distancia. Una gaviota gravita a mi alrededor. El cielo se abre. Intento desandar el camino, pero la corriente me arrastra mar adentro. El agua fría cubre mi boca, mis ojos. Borrosa, diviso el espejismo de una playa animada. Nadie me ve.

«¡Eh, estoy aquí!». Braceo. No hago pie.

La gaviota grazna. El cielo negro se ilumina.

De repente, una descarga.

¡Ay! El muslo me arde por la punción de un ente abisal.

Más luces. Me hundo.

Dejo de respirar. Descanso.

Es liberador dejar de sentir esperanza.

Mi último pensamiento es para Germán.

—¡Patricia! ¡No respira! Tienes que hacer algo.

Tras el picotazo de la pierna, otro aguijón la espabila. Esta vez en el hombro.

Mar no lo sabe, pero la naloxona inunda su sistema y abre los ojos. La primera bocanada la devuelve a la consciencia.

Ya recuerda. Continúa en la sala de intervenciones del Embryo. Los halógenos la ciegan. La prominente nariz de una gavina italiana le da la bienvenida.

La playa se va.

La manta de frío se queda.

Pasan largos minutos hasta que sus constantes se regulan. Vomita de modo automático un par de veces. Necesita eliminar los narcóticos de su organismo. Está ridículamente débil y febril. La tormenta del vívido sueño es ahora una terrible borrasca que azota el dirigible. Las condiciones meteorológicas son fatídicas a menos de una hora del descenso. El suministro eléctrico duda antes de dejarlas a oscuras cuando alcanzan Nueva Jersey.

—¿Mar, puedes caminar?

Su abuela la ayuda a bajar de la camilla. Poquet contiene las ganas de llorar. «Ya tendremos tiempo», se dice, equivocada. La mujer le tiende un vestido feo y un calzado enorme.

—Los ha elegido Germán —dice Begur.

Aun a oscuras, sabe que miente. Una abuela no puede dejar de serlo.

Maravillas arrastra los zapatones. Lastra a su equipo.

—Gracias por regresar a por mí. No sé cómo agradeceros esto,

pero no hago más que retrasaros. Voy muy despacio. Me muero de frío.

Aguilar se quita la bata robada y se la tiende a oscuras. Mar se la abotona hasta la garganta. El sistema eléctrico lucha por recobrar la normalidad. Se enciende el generador de emergencia al tiempo que salen al pasillo de servicio. El corredor es un ir y venir de tripulantes. No obstante, nadie demuestra el más mínimo interés en las tres figuras. El cielo truena. Están organizando el aterrizaje, a pesar de las centellas. La razón, el mensaje por megafonía:

«Queridos pasajeros, estamos preparando la maniobra de descenso. Llegaremos a destino según lo previsto. Nos congratula informales de que, a pesar de las circunstancias adversas, aterrizaremos con veinte minutos de antelación si nada lo impide. Les rogamos permanezcan en sus camarotes hasta que sea segura la operación. La torre de control ha autorizado la aproximación y los equipos de tierra preparan ya el mástil de amarre».

—Es imposible que Lakehurst nos haya autorizado. No en estas condiciones —dice Begur—. He viajado lo suficiente para saber que ningún país aprobaría una maniobra aérea tan arriesgada.

Está en lo cierto. La Fundación Embryo se juega demasiado. Una vez el trasvase de Hans ha resultado fallido, la suerte del resto de los viajeros los trae sin cuidado.

—Tienen que cubrir sus huellas —dice Aguilar—. Además, es imposible que se hayan comunicado con el aeródromo sin liberar la antena.

Begur coindice.

—Vayamos a mi camarote.

Su nieta disiente. Camina lento, pero piensa rápido. Una corazonada le indica que tienen que huir de la popa, de la cabina de la baronesa. En la proa estarán más seguras, como pasó en 1937.

—No, debemos desplazarnos hacia el morro.

—En ese caso, subamos al salón panorámico. Al menos disfrutaremos del espectáculo de amarre.

Cuando acceden al imponente comedor, las vistas de Lakehurst son sobrecogedoras, y el descenso, evidente. Schäfer está liberando carga de los tanques de hidrógeno. A pesar de la negrura de la tarde, la proximidad al mástil se observa a la perfección. La torre donde se anudará el crucero del aire es impresionante: una menuda torre Eiffel de cincuenta metros de altura. Están muy cerca del suelo, tal vez a sesenta, setenta metros. El zepelín oscila a merced del viento. Diluvia. Los operarios de tierra están empapados. Lucen en sus monos de trabajo un logotipo familiar: el de la Fundación Embryo. También la ambulancia que espera a pie de pista, rotulada en clónicos tonos suaves. El hecho de que todo el personal de tierra pertenezca a la organización inquieta a Mar, que teme por su marido. Le preocupa la suerte de un hombre que nunca creyó en el azar.

La nave se aproxima con lentitud al asta, a pesar de la tormenta. El viento racheado no lo pone fácil, el Embryo está perdiendo estabilidad. Tiembla, zozobra.

—¿Qué viene ahora? —pregunta Mar.

La publicista se lo sabe de memoria. Ha decantado la redacción del dosier hasta que la maniobra fuera digerible para la prensa generalista.

—El Embryo es como un velero. Al igual que los barcos, el mastodonte alado está provisto de maromas que se anudarán a un amarre similar al de un puerto. En circunstancias normales, se arrojaría el cable principal de proa para enlazarnos con la torre de

atraque. Después, se autorizaría el lanzamiento de los otros dos cabos auxiliares de la góndola.

«Donde debe de estar ahora mismo Germán».

—Pero has comentado en «circunstancias normales» —dice Begur.

—Claro, si yo fuera Schäfer, no lanzaría esos cabos esta noche. Pero continuar planeando hasta que el temporal amaine tampoco es una opción.

Se ha liberado demasiado hidrógeno, y la toma de tierra es inminente.

—Como en el Hindenburg, la electricidad ambiental hará del aeródromo una ratonera —dice Mar—. Schäfer se queda sin alternativas.

Se miran con desesperanza.

Un espectáculo azulado les da la razón. El patrón de los marinos ofrenda su precioso resplandor azul. Un fuego de san Telmo ilumina la noche americana y señorea su poder en el horizonte eléctrico. La naturaleza es majestuosa. El fulgor que fascinó a los navegantes del medievo se despliega ante los ojos del progreso.

Un rayo las advierte.

Las saluda desde el ventanal del salón.

—Debemos prepararnos para lo peor. La atmósfera está tan cargada que ha electrificado la estructura del Embryo. No resistiremos el impacto de un rayo. La más mínima chispa…

Los puntos suspensivos cuelgan de la boca de Aguilar.

—¿Y qué sugieres?

La adrenalina rescata el cuerpo de Maravillas del sopor.

—Tenemos que estar preparadas para saltar. —Aguilar dirige la vista a los enormes vitrales del salón que propone destrozar, y dice —: Vamos. ¡Arranquemos los cortinajes del escenario para

amortiguar la rotura!

A estas alturas las tres descartan un descenso ordenado por la escalera retráctil. Mar niega con la cabeza.

—No, Pat. Disponemos de más información que el resto. Debemos ayudar.

60

Quince minutos antes de la tragedia

La maniobra de amarre ha comenzado. Germán la presencia, oculto, desde la góndola externa. Schäfer parece enajenado.

—¿Altitud?

—Doscientos pies y bajando.

—Lancen los cabos auxiliares de proa.

—Señor, desde tierra nos desaconsejan la maniobra.

—Ciento noventa pies.

Germán entiende que la antena lleva horas en funcionamiento. La emisora chisporrotea. El desastre es inminente. El capitán reestablece contacto con la torre de control. El personal de tierra podrá está comprado, pero la maniobra no cuenta con autorización oficial estadounidense.

Schäfer toma el interfono. Se salta lo convenido con Acevedo. No puede obviar por más tiempo su responsabilidad.

—Lakehurst, tenemos un problema. ¿Me reciben? Aquí el capitán Schäfer. ¿Me reciben? Necesitamos su ayuda, Lakehurst. ¡Respondan!

Lakehurst protesta, ininteligible.

—Señor, entiendo sus reservas de «Ya se lo advertimos» —dice al controlador aéreo—, pero tiene que escucharme.

Su interlocutor desautoriza el descenso como un disco rayado.

—*Um Himmels villen!* —Maldice el capitán—. ¡¿Acaso no entiende lo que le estoy diciendo?! Tienen que activar el protocolo de emergencia, Lakehurst. Es muy probable que no lo logremos. Avisen a los hospitales más cercanos. Si nada lo impide, nos enfrentamos al incendio más pavoroso de la historia de la aviación moderna.

La nave inicia un giro descendente alrededor de la pista. Lo hace hacia la izquierda para orientar el morro hacia la pequeña torre Eiffel. Continúa el proceso de liberar lastre: lo hace expulsando emisiones de los tanques. Lentamente, el dirigible reduce su altura y velocidad: ciento ochenta pies, y bajando.

—Estamos orientados hacia el mástil, capitán.

—Preparados en tierra para contacto. Procedan a anudar el cabo principal a la plataforma del cabestrante.

La orden, sin embargo, no llega a ejecutarse. Una virulenta ráfaga de viento húmedo aleja al Embryo del poste y lo acerca al final de su fortuna.

—¡Alineen la nave! Rectifiquen la posición de la proa.

Pregunta por la fuerza del ciclón. Se la dicen.

Germán presencia cómo Schäfer cierra los ojos. Cincuenta nudos es un temporal extremo. El titán es una hoja a merced del torbellino.

En una maniobra tan compleja, el giro del Embryo, un sublime latigazo en forma de S, hace el resto. Un chasquido terrible de una zona alejada sucumbe a la tensión estructural. El daño ya está

hecho, pero ni Germán ni Schäfer pueden escuchar al asesino silencioso. El movimiento súbito ha causado una rotura en una de las celdas de hidrógeno en la parte posterior de la nave. La fuga de gas ha comenzado.

Los inofensivos cabos de metal recubiertos de lino son la mecha que la mala suerte necesita.

—Lanzando cabos.

Otro bandazo.

La sacudida hace que la antena con un aislamiento deficiente deje a la vista un pelado mucho mayor. El rayo goloso duda por qué elemento deleitarse: la antena de radio o una de las cuerdas que también ha perdido su revestimiento aislante. La ventisca despeina las guedejas con odio. Las enreda, mojadas, como un pulso de lenguas. Que el rayo contacte con una mecha metálica no es ya algo evitable.

La deflagración de la popa del Embryo hace estallar las primeras celdas de hidrógeno verde.

Una sacudida enorme provoca que Germán quede al descubierto en una cabina de control donde reina el caos. Schäfer lo mira con curiosidad.

El dirigible comienza a perder altura de un modo vertiginoso por la parte trasera. Se desinfla mientras se precipita como un suflé.

El último viaje del Embryo arderá en minutos.

61

El comienzo de la tragedia

La sacudida sorprende a Poquet, Begur y Aguilar arrancando los cortinajes del escenario del salón donde han buscado refugio. La explosión deja paso a una llamarada alimentada por el hidrógeno, altamente inflamable. El revestimiento de la estructura, una tela con tratamiento de aluminio, no ayudará.

El Embryo es una tea.

El zepelín, que se hunde en el aire por la parte posterior, tocará suelo en minutos. Las sillas, mesas, platos y demás enseres del inmenso salón comienzan a precipitarse hacia la izquierda de la estancia como atraídos por el imán de un coloso invisible. Mar lucha contra la gravedad, intenta encaramarse al escenario.

—Begur, ayúdame.

Con la ayuda de su abuela, accede al micrófono del escenario donde Arya Devant lució su talento. Quiere alertar al pasaje. Está apagado, paralizado por las circunstancias. Desesperada, recuerda que la mesa de mezclas se ubica tras el escenario. La vio mientras sustraía la llave de Ponce de la chistera hace ya tanto… Consigue caminar hasta allí, agarrándose a las estructuras ancladas.

—Pat, vosotras romped una de las cristaleras. Intentadlo con las menores, obviad el ventanal principal —dice Mar.

Alcanza la mesa de mezclas. Aprieta todas las clavijas que encuentra, interpreta una pieza musical que suena a plegaria.

El aparato resucita.

Su mensaje resuena por todo el Embryo. Indica a los pasajeros más cercanos a la proa que se dirijan al comedor. Comparte con los oyentes el plan: saltar al exterior a través del salón panorámico. Desde allí, los viajeros que se lancen a tiempo quizá puedan burlar las llamas, como en el siniestro original.

—Coged todo lo que podáis —dice Mar a sus cómplices—. Lo que pueda amortiguar la caída: manteles, cortinas, destripad las sillas… No sabemos cuántas personas pueden haber escuchado la advertencia y tenemos que estar preparadas para socorrerlas.

Otro estallido concatenado hace que el Embryo vaya perdiendo altura. Son las celdas de hidrógeno ardiendo una tras otra. La popa tocará suelo americano convertida en una bola de fuego.

—¿Cuántas personas piensas que lo lograrán? —pregunta Begur.

—Las suficientes.

Obedecer le cuesta la vida a gran parte del pasaje. La recomendación de Schäfer de permanecer en sus camarotes le hiela la sangre a Mar, sitiada por el fuego.

«La suerte juega con el destino, y nosotros somos sus fichas».

62

El humo comienza a invadirlo todo. Una cincuentena de fichas alcanza el espacio del nivel superior. Las personas que han conseguido escapar de sus camarotes van a medio vestir, otros lucen vestimenta formal para impresionar a las decenas de medios acreditados.

Quienes alcanzan el salón van ligeros de equipaje. Unos acuden solos, otros han ayudado a sus compañeros de planta a escapar de las llamas. La mayor parte del pasaje, dirá el informe pericial, perderá la vida arrastrando sus pertenencias o intentando abrir cajas fuertes cuya combinación habían olvidado.

Mar observa con admiración cómo Aguilar dirige la operación de salvamento en mitad del desastre. No resulta sencillo mantener el equilibrio, el Embryo continúa con su desigual precipitación.

Begur, políglota, recibe a los pasajeros de la ONU volante y los desvía hacia los ventanales del fondo. Pronuncia la palabra «saltar» en más idiomas de los que sabe. Su respiración agitada se resiente. La humareda pronto será irrespirable. Se asfixia. El flujo de personas aterrorizadas puebla el salón. En sus ojos la certeza de la muerte.

—¿A qué altura estamos? —dice alguien.

—No sé, quizá cinco o seis metros.

El estado del globo es crítico. Sin fuelle, el desplome es

inminente.

—Vamos a impactar. ¡Salten! —dice Aguilar.

Las mujeres, bravas, han realizado una cadena. Una vez orientadas por Begur, Mar les indica por megafonía qué ventana han forzado y Aguilar les facilita los ropajes. Algunos de los viajeros, los menos, portan colchones. Algunos Afortunados conservan la templanza de compartir las migajas de su suerte. Rajay Kumar, el damnificado de Bhopal, es uno de ellos. Desgarra con la boca una sábana cara. Envuelve su mano con el trapo y despeja la superficie dentada de otro vitral para facilitar la huida.

Arya Devant prueba por qué es una estrella: ha anudado sus telas para facilitar el desalojo de los niños. Tavo Méndez se arroja al vacío en solitario. El oligarca ruso sigue su ejemplo, olvidando a su hija tras el cristal.

La pequeña no lo consigue.

—¡Dos metros! —dice Aguilar—. ¡Salten!

—¡Salgan antes de que la proa se hunda! —dice Mar, aferrada al micrófono.

El morro del Embryo también impacta.

La noche se ilumina.

El coloso está en llamas.

Un olor reconocible, a carne asada, deja en silencio a los supervivientes que dudan. Amigos, familiares y compañeros gritan en puntos difusos. La tela del techo se funde con la estructura. Consumida la solidaridad, la grandeza se apaga. Terror, carreras, rabia atropellada.

Mar presencia cómo un filipino menudo es sepultado por el colapso estructural. Nuevas lenguas de fuego asoman por la puerta contraria al comedor. Están sitiadas. El estallido es cegador. Los cristales de las ventanas vuelan pulverizados como proyectiles

etéreos.

Aguilar empuja a Begur fuera del dirigible y salta tras ella antes de que el fuego atrape a regazados como Aurora Mengual. Los gases inflamables sorprenden a Volkers y Nanshan buscando un acceso natural por la sala de lectura.

No son más que cenizas.

El Embryo es ahora una bola de fuego cuyo vientre reposa sobre el suelo de Lakehurst. Una ballena en un océano en llamas. Las sirenas rodean el dirigible. Lo último que intuye Mar es cómo, desde el exterior, equipos de profesionales, sanitarios y bomberos auxilian a los Afortunados que han logrado escapar por las salidas naturales: el salón panorámico y la góndola exterior.

La prensa convocada revive la transmisión de Herbert Morrison bajo la lluvia.

Oh, the humanity!

Nadie vuelve a tener noticias de Maravillas Poquet.

Su nombre y el de Germán Casals figurarán en el recuento oficial de víctimas.

63

Un mes después de la tragedia
Madrid

—Siempre he querido saber quién vendría a mi propio funeral —dice Mar. Su madre tensa los labios y le acaricia los dedos magullados que asoman por el cabestrillo, porque hoy lo presencia.

En el funeral de Estado por las víctimas del Embryo, están la madre y la abuela de Maravillas Poquet. Por supuesto, su padre y Elena. Si se piensa detenidamente, no tiene mucha más familia que esta que la vela hoy en Madrid.

También intuye, a lo lejos, a Ernesto Acevedo y a Cruz, la aspirante a viuda de su marido.

La ceremonia en la Almudena resulta sobria. Están los reyes, la presidenta del gobierno y representantes de ejecutivos autonómicos. Entre los presentes, diplomáticos europeos y la representante estadounidense. Según los datos oficiales, una decena de las víctimas del Embryo eran de nacionalidad española. Se consensuó que el homenaje fuera en Madrid. El embajador alemán ha acudido al acto, como a tantas otras exequias celebradas en diferentes países en las últimas semanas. El vuelo de la fortuna partió de

Frankfurt, sede también de la Fundación Embryo. Su representación no deja de sonar a cierto duelo culpable: una década mirando hacia otro lado. La anuencia de los mandatarios con el poder.

La presidenta del gobierno saluda uno a uno a los supervivientes. La reina, impecable, mira a los ojos a los nuevos Afortunados con su empatía fría y escuálida. Cuando llega el turno de Mar, no sabe por qué, la abraza. Algún asesor debe de haberle comunicado su tragedia: que ha perdido a su marido y que la dieron por muerta las dos semanas que estuvo inconsciente en el hospital. La identificación de los cuerpos carbonizados ha sido un despropósito.

—Lamento su pérdida y toda la confusión —dice Su Majestad.

Lo ha visto en otras catástrofes, como en el funeral de Estado por las víctimas de la Dana, la ceremonia es poco más que un teatro donde la tristeza de los familiares es parte de la tramoya solemne. «Al menos en esta —se dice Mar— han invitado a todos los allegados».

La mandataria, ampulosa, se une a la conversación. Una de las múltiples cámaras que sigue la ceremonia en directo enfoca a la presidenta. El diálogo es indistinguible para la audiencia, pero Maravillas se lo sabe de memoria. Su desgracia ha sido últimamente un disco rayado para los curiosos.

—Gracias, estoy bien —dice Mar con su brazo recogido, tras la segunda operación—. Al parecer, no se lo puse demasiado fácil a los equipos de rescate. Cuando me hallaron inconsciente, con el brazo triturado y con graves quemaduras en las piernas, lo único que importaba era salvarme la vida. Estabilizarme, intervenirme. Éramos muchos.

Los fallecidos del Embryo se contaron a cientos.

—Demasiados —se hace cargo la Reina.

La sororidad de su abuela la rescata.

—Tampoco ayudó que la bata médica conservara la identificación de una investigadora europea de una complexión similar a la de mi nieta.

«Mi nieta». La familiaridad con la que Begur habla de ella le derrite el corazón. Se emociona. El lagrimeo confunde a su Majestad. Condescendiente, le pone la mano en el hombro. Mar solo tiene ganas de que caiga el telón, de irse a casa. La presidenta del gobierno la mira expectante. Sabe lo que viene ahora, la confusión del bolso azul.

—No se preocupen, nadie podía prever que esa mujer conservara mis objetos personales. En la bandolera, hallaron mi dispositivo móvil junto con mi documentación. Confundieron nuestras identidades.

La ceremonia continúa. Las autoridades se despiden y avanzan a la siguiente cara compungida con su pésame afectado. Se saltan deliberadamente la hilera de Ernesto Acevedo. Los medios han criticado hasta la extenuación su permiso especial para asistir a la ceremonia. Un abrigo ajeno cubre sus grilletes. La vida del empresario asturiano ha quedado reducida a cenizas, pero el poder continúa inmune a ciertos privilegios. El abuelo de Mar ha perdido a Monika y a su hijo en la tragedia. La reconstrucción de los hechos apunta a que Hans no sufrió. Que ya estaba muerto cuando el sueño de la sanación fue devorado por las llamas. En cambio, la agonía de Monika Volkers es una conjetura. El infierno del empresario la deja fría. Su psicólogo le dice que en algún momento tendrá que llorar.

El homenaje ha finalizado.

Livia Ferrante le acaricia el pelo. Caminan hacia la salida con pasos lentos. Su nariz de gaviota gotea y tose brevemente. En las iglesias siempre hace frío. Su madre la toma del brazo malo. Ramón y Elena cierran la comitiva. En la salida, ven cómo la pareja de Germán atiende a los periodistas. Mar esquiva las preguntas sobre su marido, también sobre su abuela: ¿cómo Acevedo pudo no reconocerla? Sortea a los redactores, pero sobre todo elude a Cruz y el dardo de su mirada.

Le debe una respuesta.

Los adelanta la comitiva real. Su paso deja flotando en el aire una fragancia tenue, a nuevo día. Antes de regresar al coche oficial, la reina tiene un gesto con la familia de Ponce Savaté. Su Majestad es una gran lectora. La televisión recoge las palabras que dispararán las ventas de un escritor que hizo lo correcto. Maravillas sonríe desde la distancia. Otra fan. Pero ella solo puede pensar en la pérdida. En esa chica. Y en la criatura de ambos, tan pequeña todavía.

Por fin, rompe a llorar.

Por ella, por Cruz, por Germán.

Sus lágrimas ruedan rostro abajo. No hace nada por contenerlas. Se precipitan al llegar a su mentón, como de un acantilado.

Rompen las gotas en la playa de su falda.

Epílogo

Dos meses después de la tragedia
Castellón

—Gracias por venir, Mari Cruz.

—Cruz, puedes llamarme Cruz.

Maravillas agradece el detalle de la mujer de la vida de su marido. El gesto de proporcionarle un nombre menos familiar para una conversación grave.

La mujer bonita se lo pone aún más fácil.

—Solo Germán, aparte de mis padres, me llamaba Mari.

Para Mar, Cruz siempre fue «Cariño».

Los ojos de las viudas se preñan de lágrimas.

—Cruz, te debo una explicación.

—Me debes muchas cosas… ¿Cómo pudiste?

Mar baja la mirada y finge estudiar la carta del bar de la calle de Enmedio, junto a su tienda. Disimula para ganar tiempo. No le entra nada.

—No soy la misma persona que conociste en Ayora.

No miente. El vuelo de la fortuna ha cambiado a los treinta y siete supervivientes para siempre.

—Germán tampoco —dice Cruz—. En realidad, no era la persona que creía, el hombre perfecto con el que pensaba que iba a

casarme. No le reconozco en la caricatura que los medios muestran de él. Esas teorías disparatadas sobre el colapso del planeta…

—Creo que fue una sucesión fortuita de acontecimientos, Cruz. Nadie, excepto quien fletó la nave, podía saber que yo le convencería para que embarcase. Que allí se encontrara con Peiró fue una broma del destino. Ese hombre supo manipularlo. Supongo que Germán estaba muy alterado desde que yo pulsé su resorte.

Cruz asiente. Nunca soportó a ese profesor.

Piden té humeante con dos azucarillos. Desde el Embryo, Mar ha dejado el café.

—¿De qué resorte hablas?

—De ti, Cruz. De mi chantaje. Hablo de ti, pero eso ya lo sabes… Germán entró en el Embryo para que yo saliera de su vida. Para que le concediera el divorcio.

Cruz se lleva la bebida a los labios. Elige callar con fingida sorpresa. Los medios llevan semanas narrando la vida y milagros de los pasajeros. Maravillas lleva una versión indolora bajo el brazo.

—Quería compartir su vida contigo.

—Pero continuaba enamorado de ti.

Mar se ahorra la parte de la verdad que más duele. A veces, la sinceridad solo sirve para empeorar las cosas. Y esta vez es una de esas veces. Cruz está en lo cierto. Las teorías de la fatiga del planeta no guardan relación con la verdadera obsesión del ingeniero: Maravillas Poquet.

Peiró se había radicalizado, sí, pero Germán no. Si bien era cierto que su futuro en la central le preocupaba, el encuentro con su mentor fue providencial. Le brindó una estrategia perfecta para recuperar a Mar a través del miedo. Si ella ya no le amaba, al menos

podría forzar que le necesitase. «Eso, en Japón, esa dependencia nos funcionó durante un tiempo». Al principio, tan solo fueron bajadas eléctricas para asustarla. Pero Peiró le exigía una mayor implicación, y el sabotaje fue escalando. Eligió mal sus tácticas. Decidió seguirle el juego a un lunático. Y los pirados, por definición, son impredecibles.

—Estaba loco por ti —repite Cruz.

—Pero ¡¿qué tonterías estás diciendo?! —dice Mar. La noche de amor con Germán, clavada todavía, le impide arrepentirse por el tono.

—Lo comprobé en cuanto pusiste un pie en nuestra casa, en cómo te miraba. Antes del siniestro, ni siquiera sabía que había estado casado. Pero tu presencia, la felicidad fugaz que experimentasteis en Namie, se le quedó pegada. Estabas por todas partes, Mar. Ahora lo sé. La presencia de las personas que no podemos olvidar es una película de polvo en suspensión que cubre los muebles de una casa cerrada. Tu fantasma se sentaba con nosotros a la mesa, se enredaba entre las sábanas. Tu recuerdo planeaba sobre nuestros aniversarios felices, nuestras vacaciones en la playa.

La dependienta mira el azucarillo. Lo rasga y el contenido se esparce por la mesa como las partículas en suspensión de las que le hablan.

—Pero al ver tu desesperación de entonces, al confesarme Germán tu negativa al divorcio, lo vi… Trece años, Mar, trece. Nuestro futuro secuestrado por una maldita firma…

—No sé qué es lo que viste, pero te equivocas. Entre Germán y yo no quedaba nada.

La contradice:

—Comprobé que tú también lo querías sin saberlo. Que aún lo

haces, a tu manera. Ese modo terrible que teníais de necesitaros, fiero y egoísta, no deja rehenes. Él trató de olvidarte en otras camas. ¿Crees que no lo sé? Toda esa rabia…

Lo intuía. La maldición de los hombres bellos.

—El cordón umbilical del alquiler de esa tienda tuya, otra evidencia. ¿Sigo?

—No hace falta.

Sigue igualmente:

—Tu negativa a la firma era un modo de atarlo a tu vida.

Mar nunca lo había visto así, pero quizá Cruz esté en lo cierto. «Mejor tener un poco de Germán que nada en absoluto», se sorprende.

—Firmé los papeles, Cruz. Solo quería que lo supieras. Yo ya no soy un obstáculo. Las implicaciones se las llevó el fuego, pero estoy aquí para hacer lo correcto. Sé que os acababais de comprar una casa.

Ante la ley, continúa siendo la heredera de Germán.

—Eso no tiene ningún tipo de validez legal. Ya lo sabes.

—Yo no quiero nada de Germán. Esa casa es vuestra. También esto.

La propietaria de la Flea Market deposita un ostentoso llavero sobre la mesa. Son las llaves de un establecimiento que ha recuperado el lustre de la letra L. Lo hace despacio, el brazo ha soldado bien, pero necesitará rehabilitación para recuperar la movilidad. Las quemaduras de las piernas son ya otra historia.

—He adecentado la tienda, cambiado los maniquís y remozado el letrero de la entrada. Me gustaría que te quedaras con ella. A fin de cuentas, ha permanecido viva gracias a Germán. Lo he consultado con Elena y está de acuerdo en continuar trabajando para ti, si te parece bien. Es lo justo.

Se siente mezquina. La indemnización por la tragedia del Embryo hará que no tenga que madrugar nunca más. Que pueda comprar el tiempo que siempre ha anhelado para poder escribir. «Las cosas llegan cuando una ya no las quiere».

Cruz mira perpleja a Mar.

—No quiero tu maldita tienda, estúpida.

Ahorra explicarle que la Fea por fin es lucrativa. Los curiosos hacen cola durante horas para comprar cualquier prenda que haya rozado la Afortunada maravillosa.

—Y entonces ¿por qué has venido? ¿Qué quieres de mí?

—¿Qué tal la verdad, Mar? Quiero saber cómo murió Germán.

Mar se toma su tiempo, porque no lo sabe. Le ofrece un consuelo plausible.

—Cambió de idea, Cruz. Y nos salvó. Sospechaba que Schäfer liberaría la antena antes de aterrizar y regresó al puente de mando. Quería pedir ayuda.

Cruz se muerde el labio.

—En cierto modo, Germán fue un héroe. Se sentía responsable por haber manipulado el sistema eléctrico. Todos aquellos apagones y bajadas de tensión… Lo que ignoraba era que nadie podría haber cambiado el curso de los acontecimientos. La tormenta resultó fatal.

»Pudo ponerse a salvo, pero eligió inmolarse. Aguilar recelaba de que Schäfer pidiera ayuda y le instó a que se comunicara con la redactora. La misma que contactó contigo y con mis padres. No sabemos en qué momento tuvo acceso a la radio, pero lo hizo. La alemana fue la primera en desvelar los tejemanejes de Acevedo y la fundación. Germán, en última instancia, eligió proteger la verdad.

—No creo que eso lo convierta en un héroe. Solo era un infeliz torturado por su mala conciencia.

—A veces, los héroes son personas comunes haciendo lo

correcto. —Mar se encoge de hombros—. Y sí, Cruz, nos salvó de la posverdad, de la narrativa que construyen los amos del mundo. Ese relato que nos cuenta que la salud se puede comprar, que todos los partidos son lo mismo, que el cambio climático no existe o que los impuestos no sirven para nada. Esa fórmula mágica de soluciones sencillas a problemas complejos.

—Y, entonces, ¿quién mató a Ponce? ¿Es cierto que la fundación no tiene nada que ver con su muerte?

Maravillas Poquet mira su taza.

—Sé lo mismo que tú, Cruz. La versión que ha trascendido es que Monika Volkers contactó con Arya Devant para proteger a Ponce y que la maga hizo todo lo contrario. Confesó haberlo asesinado con un utensilio de su espectáculo: una de sus esferas de cuero y arena. Una discusión que se le fue de las manos. Admitió el homicidio involuntario durante las primeras horas, casi a pie de pista, en estado de shock. Sus abogados están preparando la estrategia de defensa.

—Pero ¿actuó por despecho, entonces?

Mar se acerca casi a la verdad.

—Eso nunca podremos saberlo. Aunque no es ningún secreto que no llegó a superar la muerte de Sira. Siempre se culpó por haber dormido con Savaté la noche del siniestro de su hermana. Quizá se dejara llevar por el dolor. La ira no deja espacio para nada más. Con todo, no pinta mal el proceso. Sin pruebas y sin cuerpo del delito, será difícil demostrar según qué cosas.

—Yo había oído que el asesinato ni siquiera está relacionado con la Moleskine.

—Es probable. —Mar recuerda el tacto de la libreta—. Que Arya memorizara el galimatías de Ponce no significa que necesariamente descifrara su clave. Supongo que Arya solo tenía buena memoria.

—Sus talentos eran otros.

Mar reflexiona sobre el suyo: el último vuelo de la fortuna merece ser contado. Para redimir a Ponce, a Germán. Para cambiar el relato.

A fin de cuentas, su ídolo le regaló la inspiración que buscaba.

Se produce un silencio incómodo.

—Una última cosa.

—Tú dirás…

—¿Qué fue de la trabajadora de la fundación que salvó tantas vidas?

Se refiere a Patricia Aguilar. Acevedo la ha inculpado.

—Está en prisión provisional a la espera de juicio. Conseguirá un buen trato. Al menos, eso espero. —El vínculo con Patricia es ya de por vida.

Se hace el silencio.

El té está frío.

Cruz se incorpora, dispuesta a marcharse. Tiene la sensación de que se va con más preguntas que respuestas. No es el cierre que necesita, pero es un punto final decente para pasar página.

—Que tengas suerte, Mar.

Las llaves de la tienda continúan sobre la mesa.

La mujer guapa también ha resultado ser elegante.

Mar alza la vista y ve el sol radiante a través de la ventana. La cálida luz de Castellón invade el local. También ve a dos mujeres, madre e hija, al otro extremo de la calle. Las divisa a lo lejos, sonriendo desde la acera de enfrente, ondeando la manita. La han venido a buscar.

«Que tengas suerte», le ha dicho Cruz.

Y, sí, se sabe afortunada.

Recoge las llaves de la tienda de Elena y se fija en el sobre desparramado.

«La suerte es como el sol: siempre está ahí, pero solo la vemos cuando brillamos».

Arruga el papel y lo arroja al cesto.

Ya no necesitará más profecías.

El sol está alto.

Agradecimientos

Si estás leyendo esto —siempre he querido escribir algo así— es que este zepelín ha llegado a buen puerto. Hubo muchos momentos en los que no estuve segura de conseguirlo. Han pasado demasiadas cosas en el transcurso de esta novela. En la literatura, como en la vida, hay un imponderable que es la suerte, tan caprichosa como esquiva. No hay recetas infalibles para conjurarla.

Mi madre solía ponerle perejil a san Pancracio para que no faltara salud para ir a la obra. Supongo que el trabajo es lo más parecido a la suerte en casa de los humildes. La buena fortuna ha sido una de mis obsesiones desde niña, quizá porque mi abuela Matilde fue curandera. Mi padre y yo íbamos a verla los domingos a su piso con humedades de El Cabanyal. Nos hacía esperar, como al resto, mientras enmendaba torceduras y empachos. Yo mataba el tiempo pintando sus cartones de entablillar, recortes de galletas maría. Mi abuela no sabía hablar castellano, tampoco sabía leer. Qué país tan exótico fueron los ochenta.

Dicen que la gracia salta una generación. No, a mí no me miréis. Se la quedó toda mi hermana Manuela; yo me tuve que conformar con este bendito humor negro. A cambio, la enfermera con hechuras de madre me regaló estoicamente libros por cada cumpleaños, por cada Navidad. Yo fingía no preferir cualquier otra cosa. Esa fue mi

suerte. Su amor por la lectura en una casa donde crecimos sin libros.

Los autores somos lectores que, a veces, escribimos y, en contadas ocasiones, publicamos. De ahí que la primera mención en este capítulo de mi vida sea para Manuela Valiente. Gracias, hermana. Te quiero infinito.

Mi segundo agradecimiento es para el jurado de los Galardones Letras del Mediterráneo. No sé cómo agradecer a la Diputación Provincial de Castellón este vientecillo en el pelo, esta felicidad, ojalá nuestra historia llegue al corazón de miles de lectores. Es un orgullo representar el nombre de Castellón.

Gracias a Silvia Bastos, a Pau Centellas y equipo por inaugurar la primavera.

A Núria Ostáriz por tener cuatro hojas.

A Alberto Marcos por retarme con sus sugerencias certeras.

Al equipo de Penguin Random House al completo, desde la luz de Carmen cuando nos recibe en Luchana hasta Garo Reyes o Aurora Mena por su amor por el texto.

A vosotros, lectores, libreros, clubes de lectura, bibliotecarias, organizadores de ferias y festivales…, GRACIAS. Gracias a vosotros hay tercera novela.

A Tuéjar, por Víctor del Árbol.

A mis amigos.

A los escritores integrantes de ese chat literario en el que solo escribo yo.

A Javier Alandes, que me sostiene a cada paso. Recuerda mi propuesta de matrimonio, amigo, solo nos faltan veinte años.

A Marta y Marcos, por esos días en Jávea.

A Lucía, Isabel Adam, Isabel López, SoniLo, Rebeca, Maydo, Raquel y Chelo, ese gran descubrimiento.

A mis chicos de Avaesen.

A Mariola Guarinos, *project manager* de la Comisión Europea, por sus aportaciones sobre el hidrógeno.

A mi familia, que tampoco me ve los fines de semana porque también estoy escribiendo.

A quienes disfrutáis de una buena historia.

Y a quienes no creéis en la suerte. Estoy de acuerdo. Yo tampoco lo hago. Todo lo que merece la pena está al otro lado de la constancia, y eso es lo único que no se puede dejar al azar. El trabajo gana al talento. En cambio, al cariño de los lectores, no le gana nada.

Y en esa fortuna, en vosotros, sí creo.

Aislados sobre el océano, a merced de una terrible tormenta, atrapados con un asesino a bordo.



Noventa años después del vuelo del Hindenburg, un nuevo zepelín surca los cielos recreando aquella travesía épica. ¿Correrá la misma suerte?

Mientras un lujoso zepelín atraviesa el Atlántico Norte, Ponce Savaté, el escritor del momento, aparece asesinado. Todas las sospechas apuntan a Maravillas Poquet, una mujer obsesionada con el autor, que ha robado su cuaderno. Incomunicados en mitad de la nada y golpeados por un fuerte temporal, cuatrocientos pasajeros quedan atrapados junto con un asesino. Pero El vuelo de la fortuna encierra un enigma aún mayor: el de una fundación que ha recreado el mítico viaje que el Hindenburg realizó noventa años antes. A bordo,

algunos de los patrimonios más influyentes del mundo… y siete pasajeros de procedencias muy concretas, los Afortunados. Nadie sabe por qué fueron seleccionados. A medida que el caos se adueña del dirigible, surge otra posibilidad aterradora: ¿y si los Afortunados han sido elegidos por motivos más oscuros que el azar?

Tras el éxito de *Veintitrés fotografías* (Plaza & Janés, 2023) y *El reloj del fin del mundo* (Plaza & Janés, 2025), Sònia Valiente se consagra como una de las damas del thriller nacional con una obra donde la ciencia y la superstición juegan al escondite, premiada con el Galardón Letras del Mediterráneo 2026.

Sònia Valiente (Valencia, 1975) es escritora de thrillers contemporáneos. Ha publicado ocho libros, entre ellos *Veintitrés fotografías* (Plaza & Janés, 2023) y *El reloj del fin del mundo* (Plaza & Janés, 2025).

Periodista y doctora cum laude en Comunicación, en 2026 recibe el Galardón Letras del Mediterráneo por «su capacidad para perfilar personajes heridos, ambientaciones envolventes, así como la construcción de un universo propio».

Entre el suspense y la aventura, sus novelas sobre los límites del progreso han cautivado a miles de lectores.

El vuelo de la fortuna (Plaza & Janés, 2026) es su obra más reciente.

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Sònia Valiente
Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

El jurado del Galardón Letras del Mediterráneo decidió
el 27 de junio de 2025 premiar a Sònia Valiente Alber por su trayectoria literaria
y la aportación al engrandecimiento de la literatura española.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: fotocomposición a partir de imágenes de © iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de

lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03924-9

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El vuelo de la fortuna
Prólogo
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Segunda parte
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Tercera parte
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Sònia Valiente
Créditos